

A woman with long brown hair, wearing a vibrant red, long-sleeved dress with a scalloped hem, stands in a misty, purple-hued cityscape. A large, bright full moon hangs in the sky above her. The background shows the silhouettes of buildings and a church spire. The overall mood is mysterious and atmospheric.

de

A decorative border featuring intricate black and white floral and butterfly patterns, framing the title text.

**La sombra
de la araña 2**

AMAYA FELT

Lectulandia

Mi nombre es Victoria. Era una estudiante más de tercero de la ESO hasta que me dieron una beca para un internado en el Pirineo y me tocó compartir cuarto con la alumna más odiosa y rica de mi instituto. Pero ni ella, ni sus amigas, ni el chico que parece empeñado en sacarme de mis casillas son nada comparado con mi primer examen: desde la planta más alta, salir del edificio. Algo que sería sencillo si no fuera porque intentan matarnos por el camino.

El internado esconde un secreto. Algo oscuro. Algo que parece buscar devorarnos a todas.

En esta segunda parte, Victoria deberá enfrentarse a la magia, a sus consecuencias, y elegir entre Víctor y Gabriel.

Lectulandia

Amaya Felices

La sombra de la araña 2

La sombra de la araña-2

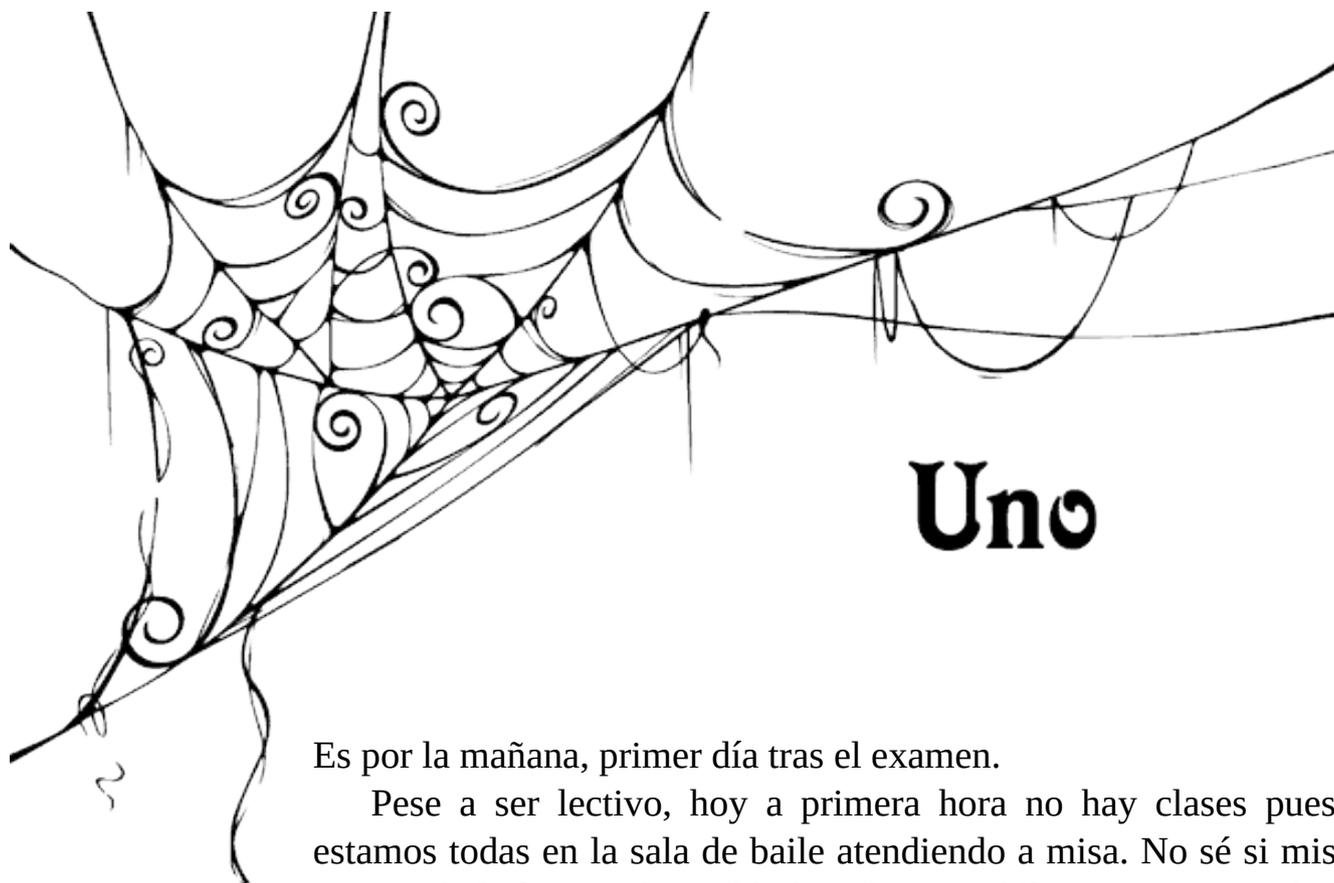
ePub r1.0

fenikz 04.09.16

Amaya Felices, 2011

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Uno

Es por la mañana, primer día tras el examen.

Pese a ser lectivo, hoy a primera hora no hay clases pues estamos todas en la sala de baile atendiendo a misa. No sé si mis sueños habrán estado poblados de pesadillas porque no los recuerdo. Tampoco he visto a Paula, debió de acostarse más tarde que yo y levantarse más temprano. Lo que sí sé es que todavía no he sido capaz de asimilar lo que pasó, ni la cantidad de sentimientos contradictorios que me asaltan; así que me concentro en mirar por los ventanales, en seguir la caída de la nieve. La tormenta está amainando, pero mucho más despacio que el ritmo frenético al cual se formó. Tenía razón mi abuela, este invierno va a hacer mucho frío.

Que quede claro que yo estoy que trino con esto de mi percepción aumentada, sexto sentido, o como quiera que pueda llamarlo. Sí, que trino. Ya estoy harta de sentir al edificio como si fuera un ser vivo o la prolongación de ella. Cansada de la maldad que sentí ayer durante el examen, del ansia y la expectación de las paredes cuando casi me matan, del placer que las recorrió cuando liberé mi poder. Un gozo que se amplificó de tal manera por los muros y el suelo, resonando hasta en mis huesos, que incluso yo lo sentí. Y me gustó. No quiero que me recuerden algo así, no ahora nada más levantada. Estoy harta de que hasta el salón de baile parezca latir hoy. Pulsar, vibrar, agitarse... de una manera vasta e incluso maliciosa. Es como si tomara el estado de ánimo de ella, de Eloísa, y lo aumentara como ayer hizo para mí. Es más, incluso lo siento tantearme con respeto. De locos, lo sé; pero ahora mismo no tengo muy claro nada, ni siquiera mi propia cordura.

—Celebramos la misa aquí porque este es un lugar muy apreciado por mí —nos está diciendo la directora. Lo cierto es que un salón de baile no parece el lugar más indicado para una ceremonia religiosa—. Sus padres oficiarán una misa oficial por aquellas que ya no están entre nosotras. Yo solo deseo que digamos unas palabras por

ellas, con el corazón. Empezaré yo. Lamento que cayeran las que tenían potencial, ya que estas fueron las únicas que realmente estuvieron en peligro, que tenían un examen que aprobar. Fue necesario que participaraís todas, pero solo unas pocas fuisteis de verdad examinadas. Por ello, por estas bajas de alumnas con talento, convoco a la magia de sus almas a volver al mundo. Y ahora, señoritas, pueden pasar una a una.

Estamos todas de pie y han colocado una especie de mesa llena de flores y velas en el centro. Su luz vacilante, la única que ilumina la sala, se refleja en los múltiples espejos, ayudando a la directora a crear un ambiente de solemnidad. Eloísa se aparta y nos conmina con la mano a acercarnos. Yo no puedo, me siento incapaz; pero veo que hay chicas que sí. Y lloran. Dicen unas palabras amables y sentidas sobre sus compañeras. Me pregunto por qué no están tan aterrorizadas como yo. Ha habido demonios. O eso creo. Vi a uno asesinando a Kate y yo los maté; además, así nos lo confirmó la directora. Sé que suena a locura pero yo me lo creo, algo dentro de mí me dice que es verdad. Y las chicas... esas mismas que han entrado aquí asustadas y que ayer me rehuían por los pasillos, están hablando sobre sus compañeras muertas como si hubiera sido todo un accidente en vez de una encerrona de ella. De Eloísa. La directora, la madre de Víctor, la que mueve los hilos del internado y cuya imagen cada vez está adquiriendo un tinte más siniestro. Somos pocas, muy pocas, las que actuamos atemorizadas o como si todavía estuviéramos en estado de *shock* por lo que pasó anoche. Las demás... es como si estuvieran racionalizando lo sucedido para poder seguir adelante, como si estuvieran deseando esta ceremonia para poder pasar página. Muy raro, sus ojos... parecen vidriosos, vacíos: no recuerdan, no tienen miedo y están como en trance. Debería dedicar más tiempo a esto, a intentar averiguar qué narices pasa; pero todavía me parece estar oyéndola a ella diciendo que los convocaremos, que los dominaremos. La imagen me atrae; me tienta, me llama. Había algo adictivo en el poder que sentí anoche. Anoche... quizá no los maté, quizá tan solo los desterré de vuelta al Infierno. No lo sé. Lo que está claro es que los monstruos no se convocan, se eliminan; pues por algo se los llama monstruos. Me siento culpable, me reprocho esa vocecita interior que me dice emocionada que yo soy más de lo que siempre he creído, que soy alguien especial.

Me centro en el ahora.

No entiendo esta pantomima de misa por las chicas que Eloísa ha asesinado. Es surrealista. Aquí estamos, diciendo palabras bonitas por ellas, soltando una lagrimita y ya... ya pasó. Solo nos faltan unas palmaditas en la espalda como se les hace a los bebés. No. No deberíamos estar haciendo esto sino llamando a la policía. Huyendo de aquí. Pero qué curioso: hoy no hay línea telefónica. Al levantarme he ido a llamar a Ana y no había señal. Tampoco internet, lo he comprobado. Tengo miedo. Miedo a qué es esto, a qué hago en un edificio en medio del monte con una directora psicópata. Mírala. Satisfecha, con una sonrisa en sus labios cuando aún está fresca la sangre en las paredes. Y no solo son las que fueron asesinadas en el edificio; ha

habido cuatro chicas (o eso nos ha dicho) que murieron arrastradas por la tormenta, al no saber volver a entrar ayer en el internado. Esto, esta pantomima absurda, es un insulto a esas chicas. Estoy perdida, no sé qué hacer. Y no puedo hablarlo con nadie porque todas me rehuyen. La mayoría ya no con miedo pero se siguen apartando cuando me acerco, como si un instinto las avisara para que lo hicieran. Hasta Noelia. Es como si yo tuviera la peste.

Estoy viviendo una maldita locura surrealista. Ni que me hubieran echado cocaína en el café. O eso me parece hasta que ella vuelve a tomar la palabra.

—Se acabó la comedia. No se llora por las incompetentes. —Su voz resuena en la sala fría como la nieve que está cayendo afuera; clara y nítida, en medio del repentino silencio—. Ni por las rivales. Ahora a estudiar, señoritas. Esta tarde se reanudan las clases. Esto ha dejado de ser un juego.

De repente un estallido recorre la sala. Es como un terremoto cuyo epicentro es Eloísa pero en vez de tierra temblando es el aire el que nos sacude. Todas lo escuchamos y sentimos las súbitas ondas de presión. Yo, con el colgante otra vez muy caliente contra mi pecho, como a cámara lenta. Veo cómo los ojos de las alumnas se van vidriando uno a uno conforme les alcanza la ola, se vuelven todavía más vacíos, más ausentes de raciocinio. Cuando llega a mí alzo la barbilla desafiante. También aliviada, pues si olvido toda esta pesadilla (eso nos dijo ayer, ¿no?) quizá mi vida pueda volver a ser sencilla. Pero no pasa nada. ¡Nada! Kate sigue desapareciendo delante de mí, la sangre manchando las paredes, esa cosa alargando sus tentáculos para devorarme... y yo canalizando un poder desconocido a través del latido de mi sangre. El colgante, el del chico rubio, en el centro de todo, ayudándome.

Me siento frustrada, utilizada y engañada.

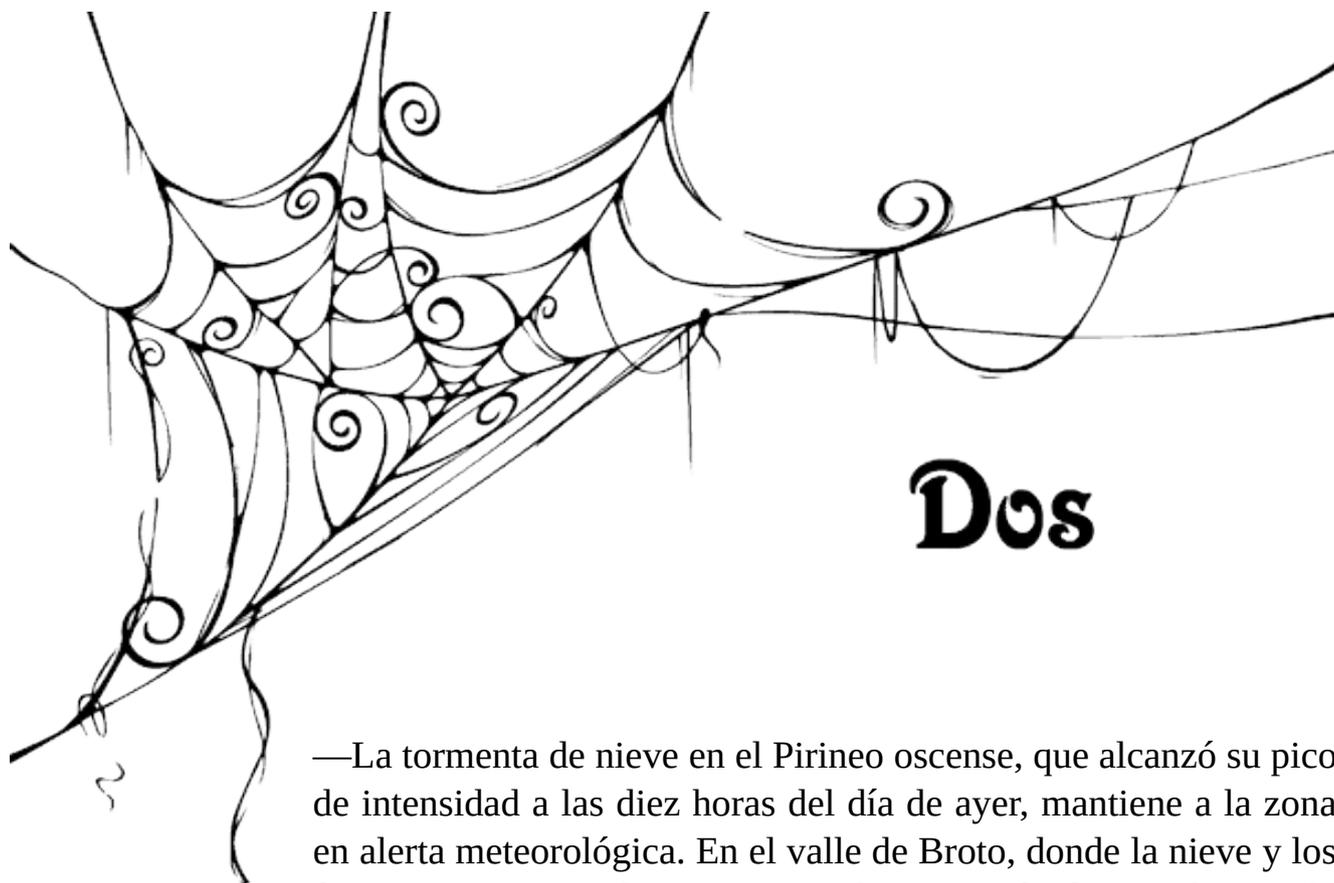
Quiero gritar. No lo hago.

¿Por qué yo no olvido?

Me giro. Casi todas lo han hecho, lo distingo en la pose de sus cuerpos, triste por la misa pero relajada, como si esas muertes hubieran sido por algo natural. Noelia está entre ellas. Paula no, Gema tampoco. Nos miramos. La garza parece desafiarme, como si no estuviera de acuerdo con mi nota de ayer y ella misma estuviera dispuesta a estudiar más para ser la mejor.

«¡Joder!» —no puedo evitar jurar para mí—. «¿Qué más me da toda esta mierda? Paula está loca y yo me voy a llamar a mis padres para irme a casa en cuanto pueda. Que se quede ella ese premio, sea cual sea. Que se quede también a Víctor, al fin y al cabo es el hijo de una psicópata».

Porque ya estoy harta de estar aquí.



Dos

—La tormenta de nieve en el Pirineo oscense, que alcanzó su pico de intensidad a las diez horas del día de ayer, mantiene a la zona en alerta meteorológica. En el valle de Broto, donde la nieve y los fuertes vientos se han concentrado con más fuerza, ha tirado postes telefónicos incomunicando a varios de sus pueblos.

Marta se levantó del sofá para bajar el volumen del televisor y encarar a su marido. Por la tensión de sus rasgos y la fuerza con la que aferraba el mando, se notaba que la noticia no la había dejado indiferente.

—Yo sigo sin poder hablar por teléfono con el internado. Estoy muy preocupada, Mario, imagina que le haya pasado algo.

Los ojos del hombre, que intentaban transmitirle calma, se desviaron con nerviosismo hacia la pantalla del televisor. Se veían imágenes de la zona del día anterior, árboles arrancados y el temporal que dificultaba la grabación. Y decían que apenas estaba amainando.

—Tranquila, el edificio es nuevo y moderno. La directora tendrá a todo el mundo dentro hasta que pase. A salvo. Y ya conoces a nuestra Victoria, mantendrá la calma y hará lo que le digan. En cuanto vuelva el teléfono será de las primeras en llamar a casa, ya lo verás.



Sigue sin haber teléfono. Esto es una mierda. Voy a la sala común a pillarme una pepsi y distanciarme un poco de todo esto. A ver si soy capaz de verle algún tipo de perspectiva, de mirarlo desde fuera, como me suele decir mi madre cuando mis cosas me parecen problemas irresolubles. Así que intento alejarme un poco, mental y

emocionalmente. Pero no me dejan.

La sala común está llena. Parece que todo el mundo ha acudido allí, como si sintieran la necesidad de no estar solas después de la misa. Paula está sentada en uno de los sofás y noto sus ojos taladrando mi espalda cuando me dirijo hacia las neveras de las bebidas. Me mira mal. Las demás, sin embargo, se apartan de mí con miedo, respeto o sin saber muy bien por qué. Sus motivos varían pero todas lo hacen con los párpados bajados hacia el suelo. Me dan ganas de decirles que no muerdo; aunque yo no soy así, por lo que no lo hago. El problema es tener que recordarlo.

Paula intenta capturar mis ojos y paso de ella, la dejo con la palabra en la boca. No le gusta. En el silencio que domina la sala todo el mundo puede oír con claridad su voz irritada.

—Victoria, que no se te suba. Solo ha sido una nota, una prueba. Nada más. Eso no te va a crear un club de fans.

Ni me giro. Pero estoy frustrada y harta, así que me paro. Encima de no poder hablar con mis padres, ni dar un paseo (está prohibido a causa del tiempo), solo me falta que la garza se ponga idiota. Le contesto sarcástica.

—¿Qué club de fans? ¿Uno de ególatras como el tuyo?

Noto como se mueve hacia mí. Mi colgante comienza a calentarse. La muy zorra quiere jugar en otra liga.

—Esto es para que veas que no eres la única que ha aprendido algo en el examen —me susurra en la nuca mientras agarra mi mano derecha.

Ni lo pienso. Ni me giro. Puedo notar el poder en sus dedos y respondo de un modo instintivo, brutal, con una fuerza que no sabía que poseía; una como la de ayer pero mucho más aterradora; una que viene potenciada por toda la rabia que sentí el día que me tiraron al suelo y golpearon.

De todo mi cuerpo sale una enorme oleada, devastadora, incontrolada, que consume el chisporroteo de su mano y llega hasta ella. Como si fueran las ondas de presión de una explosión, la levantan por el aire y mandan contra la pared. Escucho el sonido que provoca su cuerpo cuando colisiona.

Yo sigo de espaldas. Una parte de mí desea girarse y ver si está bien, si le he hecho daño, pues todo ha sido muy rápido. Pero la otra, la que clamaba justicia, esa que se ha enfriado como mi collar, pasa completamente de Paula.

Como ya no me apetece tomarme algo, sigo mi camino hacia la salida, la del otro acceso de la sala. Puedo oír a Gema al lado de la garza, llamándola asustada. Puedo notar las miradas de incredulidad en mi espalda.

A mí ya me da igual. No lo entiendo muy bien, ni siquiera sé si llevo dos días con drogas en el desayuno; pero siento la aprobación del edificio, siento los labios de Víctor sobre los míos, siento sus palabras burlonas transformándose en otras de alabanza. Si esto no es ser digna de él, que me digan qué lo es. Y, sobre todo, me siento bien. Me siento poderosa. Sé que este poder que emana de mí ha estado allí siempre, esperando su momento para despertar, para romper, para hacerme estar más

viva que nunca. Es algo tan natural que no puedo menos que asumirlo. Y si Paula está herida, que se joda. No será la primera alumna de esta escuela que vaya a la enfermería.

Con cada uno de mis fuertes taconeos sobre las baldosas del suelo las conversaciones, los cuchicheos, comienzan a surgir a mis espaldas.



Por la tarde, cuando comienzan los remordimientos por lo que he hecho y las dudas sobre si no habré soñado todo eso del poder, noto una extraña división en la escuela. La mayoría de las chicas siguen hablando como si nada cuando yo paso a su lado. Parece que ya no les queda ni ese instinto de apartarse de mí porque yo maté a esos seres; de hecho, ni siquiera parecen recordarlo o estar traumatizadas (como yo debería estarlo) por lo del examen. Ni por lo que le he hecho a Paula. Pero otras, unas pocas, me miran asustadas y se apartan a mi paso. Eso refuerza mi teoría paranoica de que ella, Eloísa, les ha hecho algo durante la misa, algo que las condiciona a recordar tan solo lo que ella desea, que las hace bailar al son que les marca. En cuanto a la minoría restante, cuyos ojos me indican que recuerdan tanto el examen como lo que ha pasado antes, se pegan a mí e intentan reír con mis palabras, como si yo fuera graciosa, o se muestran de acuerdo con todo lo que digo. Es una sensación muy rara, esta de ser de repente algo así como la chica más popular, aunque solo sea de un grupillo que antes seguían a Paula. A la garza, sin embargo, solo la acompaña Gema; mas antes de que pueda preguntarme demasiado sobre ello, una voz que reconocería en cualquier parte, esa con el chorrillo justo de licor de indiferencia, me saluda en los pasillos.

—Victoria... qué agradable sorpresa.

Su sonrisa es espléndida y generosa. Solo para mí. Porque por un momento mira hacia Paula y su boca se cierra y curva burlona. Noto la furia de la garza pero no tengo para ella más que un segundo de mi atención, ya que Víctor se me acerca, enlaza su brazo con el mío y comienza a dirigirme hacia la puerta principal del edificio.

Me ensañaría con Paula diciéndole que tiene que raparse el pelo pero, considerando que Kate está muerta, no creo que su apuesta siga teniendo validez alguna. Así que la dejo a mis espaldas, mirándome con veneno, mientras mis pupilas se pierden en los azules iris del chico.

—¿Puedo tomarme la libertad de suponer que deseas acompañarme en un paseo por los jardines?

Una sonrisa devastadora acentúa la prepotencia de sus palabras. «Debe de ser efecto de esa cocaína del desayuno», ironizo para mí, porque me siento bien al saber que me ha elegido a mí y no a otra. No a ella.

Lo sigo. Ya no hechizada por su belleza pero sí pendiente del todo del movimiento de sus labios, los cuales ya he probado. Mi corazón late demasiado rápido, anticipándose a lo que este paseo puede significar. Entonces las palabras frías de Paula rompen el día de verano absoluto en el que me ha sumido su presencia.

—No se puede salir. Está prohibido.

Víctor le contesta. Su voz suena tediosa, como si tuviera que explicarle algo evidente.

—Paula, el temporal ha remitido en parte. No vamos a alejarnos y mi madre me ha dado permiso.

—¿Tu madre?

Me giro. Él no lo hace pero yo sí. Veo cómo los ojos de la garza se agrandan, incrédulos.

—¿Es que no sabes atar dos más dos? De verdad, Paula, no es que tuvieras mucho potencial al lado de Victoria, pero esperaba un poco más de tus capacidades.

Si esto debería sonarme mal, no lo hace. Él es mío, yo he pasado su prueba. Ella no. Debería estar horrorizada ante su soberbia pero no es así, ya no me afectan los remordimientos. Su olor, su presencia, son como una especia energizante que me eleva otra vez a esa sensación de poder que he sentido esta mañana cuando me he defendido de la garza. Y estaba en mi derecho, al fin y al cabo, ella pretendía herirme con el poder que estaba chisporroteando en su mano. Así que dejo de pensar y me limito, de una puñetera vez por todas, a sentirme bien. A disfrutar de estar cogida de su brazo, pletórica, con mi sangre resonando al ritmo de su corazón y la cabeza embriagada por la posibilidad de volver a sentir sus labios contra los míos. A saborear la deliciosa y cálida sensación de la energía acumulándose otra vez en mi cuerpo.

Cierro los ojos un segundo, extasiada, mientras avanzo al lado de Víctor.

Me dirijo junto a él hacia los jardines.



Habían pasado la noche fuera, apretadas en la estrecha cavidad que dejaba una roca entre su base y el suelo horadado por las gruesas raíces de un pino. Apenas había sitio para que se acurrucaran dos y ellas eran cuatro. Les había dado igual. Al amanecer, solo tres seguían vivas. En medio de la difusa luz que conseguía penetrar el temporal de nieve y viento, el cual seguía siendo furioso aun en medio del pinar, dejaron a su compañera y siguieron avanzando. No lloraban. Las lágrimas se helaban y ya tenían demasiado frío en el cuerpo. Lo que debía haber sido un paseo de hora y media en condiciones normales se había convertido en una pesadilla pero cada vez que querían dejarse caer y olvidar, las imágenes de esa cosa matando a las que habían estado con ellas en los pasillos del internado, de la sangre y las vísceras salpicándolas, las hacía seguir avanzando. No era volver a abrazar a los suyos lo que las motivaba. Nunca lo

fue. Era el miedo. Si tenían que morir, que fuera lo más lejos posible de esa aberración.

A sus espaldas, el cuerpo de su amiga, aún tapado por la roca, comenzó a cubrirse de blanco.



Tres

—Sígueme, tienes aún una hora hasta que empiecen las clases.

Apenas oigo su voz, es tan solo un murmullo dirigido a mis oídos. Su brazo sigue unido al mío, calentándome. No es la primera vez que lo toco y esta vez, como no me está besando, no puedo atribuirlo a mi propio ardor. Víctor parece tener fiebre, de tan elevada que es la temperatura de su contacto. En todo caso, tampoco es que tenga tiempo para preguntarle. Estamos ante la puerta que da a los jardines, cerrada. Él introduce una clave que la abre y el blanco frío nos saluda.

Es posible que el temporal haya remitido algo. De hecho, Víctor está a mi lado y puedo verlo con bastante claridad, e incluso oírle. Sin embargo eso no significa que el tiempo se haya calmado, para nada. La nieve sigue cayendo, menos furiosa, pero sigue golpeándome mientras ando. Y el suelo, los árboles, el edificio a mis espaldas... no son más que formas nevadas, como supongo que lo serían los montes si la tormenta me dejara ver más allá de un par de metros.

—¿Dónde vamos? —Elevo la voz para que pueda escucharme.

—Paciencia...

—Eres un imprudente, no deberíamos salir con este tiempo. —Me siento culpable, les prometí a mis padres que tendría cuidado con el temporal.

—No te vas a perder, cosita. ¿Y quieres decirme que después de lo que has vivido te preocupa un poco de frío?

Tiene razón. No me preocupa. En absoluto. Es tan solo que me cuesta aceptar lo que ha pasado estos días, pensar en mí como en una especie de superheroína que tira bolas de energía y, lo más importante, con el poder para no dejarse ningunear por nadie. Porque lo que es la seguridad en mí misma y en hacer lo que considero correcto ya la tenía: tan solo me faltaban los medios.

Él debe notar lo que estoy pensando de algún modo, porque me sujeta por la

cintura, me eleva del suelo y se desplaza un par de metros conmigo cogida. Los justos para dejarme con brusquedad contra la nívea pared del internado. No me da tiempo a sentir el frío, porque su boca se pega a la mía, posesiva, al igual que el resto de su cuerpo. Confirmado, Víctor está ardiendo; pero yo también. Me quedo absorta en las sensaciones que su cercanía y la presión de su cuerpo anguloso me despiertan, con la cabeza nublada, sin entender muy bien el cambio de su actitud pero aceptándolo: es como si él ya no tuviera que actuar o que contenerse. La rudeza de su beso remueve en mí unos instintos que no sabía que tenía y lo rodeo con mis brazos, hundiendo mis dedos con tanta fuerza en su pelo que tengo que hacerle daño. No protesta, me sigue besando como si llevara siglos esperándome. Me ahogo en el abrasador viento desértico que son su aliento y el peso de su cuerpo; es tan solo la nieve que cae helada sobre mi rostro, fundiéndose al contacto, lo único que me ancla al mundo. Entonces me doy cuenta: estoy consumiéndome. De verdad. De mi estómago y el resto de mi cuerpo surgen espasmos de poder que crepitan y pasan a Víctor como un enfebrecido oleaje. Abro los ojos. Puedo ver la energía, como un movimiento borroso en el aire, fluyendo hacia él y por unos instantes siento miedo hasta que me doy cuenta que Víctor también la tiene. La tiene y la derrocha, como yo, de tal modo que ambas energías se unen y rodean nuestros cuerpos entrelazados como una deslumbrante antorcha. Sin dejar de besarle, sonrío. Él lo nota. Levanta los párpados, me pierdo en su mirada azul gélido que se ha tornado fundida, que captura mis ojos y que hace que sus manos se vuelvan más atrevidas. Bastante más. Jadeo, me entra otro tipo de temor y, rompiendo el trance en el que estoy, me escabullo de sus brazos con un pulso fuerte de mi poder que nos separa apenas unos centímetros. Muy despacio, mientras su respiración me llega todavía agitada, pasa sus dedos por sus labios, allí donde los míos han estado hace escasos instantes, y me sonrío burlón. Después me toma de la mano y me lleva de vuelta al edificio. Al separarme de la pared, noto que en un radio de más de cuatro metros alrededor de donde estábamos la nieve se ha fundido en un charco líquido. Es la única marca que rompe el manto uniforme y blanco que parece envolver el paisaje (los jardines, las cercanas montañas...), esa enorme capa invernal que silencia lo que ha ocurrido estos días con su inexorable quietud. Mirándola, me doy cuenta de que nuestro beso es lo único real, un grito ardiente en medio de ese frío que juraría ha sido creado para cubrir los estertores agónicos del examen.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto una vez dentro, mi respiración aún acelerada.

Más por el miedo a cómo me estaba dejando llevar por su cuerpo que por la antorcha humana.

—¿Te refieres a lo irresistible que eres o a tus poderes?

Estamos entrando en la zona prohibida de edificio, él me guía y yo le sigo. No es una en la que yo desee estar pero por lo menos aquí estamos solos, podemos hablar tranquilos sin los ojos de las demás estudiantes clavados en nosotros.

—Está claro que a mis poderes.

Se me hace extraño decir algo así. O al menos sin bromear o considerarme loca de remate. Pero las pruebas son las pruebas y, además, sigo sintiendo que es como si esta energía sea algo que me haya acompañado siempre. Y, sobre todo, centrarme en lo práctico me permite no fijarme en la sonrisa jactanciosa que curva sus deliciosos labios y no recordar el calor abrasador que he sentido por su proximidad apenas unos minutos antes.

—Bueno, todo llegará, preciosa, todo llegará...

Por su mueca ambigua sé que se está refiriendo a mi manera de evadir cualquier tema de conversación que tenga que ver con nuestro beso. Enrojezco.

—Cosita, no eres para nada la poquita cosa que te crees a nivel físico. —Me mira de arriba a abajo, con descaro. Me pongo aún más colorada—. Pero no es eso lo que me atrae. Es lo otro. ¿Es que no te has dado cuenta? ¿Es que crees que tu sitio especial en el comedor y otros privilegios que tienes son producto del azar? No eres quién crees. —Continúa ante mi desconcertado silencio—. Tu padre y tu madre no son tan normales. O al menos uno de ellos. Desciendes de un linaje donde la magia es fuerte.

—¿Qué?

Me paro en seco. ¿De qué me está hablando?

—¿Magia? —mi voz suena incrédula.

—¿Y te sorprendes más por eso que por que te diga que estás buenísima?

Se para y me mira burlón. ¿Es que este tío no cambia nunca? ¡Madura!

—¿Magia? —repito.

Parece que la palabrita me ha aclarado las ideas y sacado del sueño en el que me tenían sus brazos. Porque de repente noto como un soplo de aire helado recorriéndome la nuca. Y me fijo. Estamos en un pasillo algo estrecho y hay una enorme mancha de sangre en una de las paredes. Rojo oxidado contra blanco reluciente. Siniestro. Me estremezco.

—¿Qué te crees que es lo que sacas de tu interior? ¿Fuegos artificiales?

Qué a gusto le daría una torta, este tío es insufrible. ¿Cómo he podido estar a punto de hacer algo más que besarme con él? (Porque si no llego a darme cuenta y separarme...). Me vuelvo a estremecer. Igual de asustada. Pero esta vez no precisamente por la mancha de sangre.

La cual por cierto, ya podría Eloísa mandar limpiarla. Menudo recordatorio macabro.

—Cosita, a esta zona no viene nadie que mi madre no quiere que venga.

—¿Qué?

—Es fácil leerte la cara. Te estás preguntando si no es peligroso tener la sangre aquí, sin limpiar todavía. La gente que ha olvidado no va a venir a esta ala. Y el resto... son cosas de mi madre. Ella sabrá quién necesita que le recuerden lo que pasó.

Un pensamiento horrible devasta mi mente, como un relámpago.

—¿Te ha pedido ella que me traigas?

—No pongas esa cara. Lo del beso ha sido cosa mía.

—Te ha pedido que me traigas... —repito despacio, dejando que cada palabra se asiente entre nosotros como si estuviera hecha de sangre, de sangre que fluyera goteando de las paredes y nos separara.

—Cosita...

Alarga su mano para coger la mía y no le dejo, la retiro. Él se encoge de hombros.

—Muy bien, Victoria, como deseas. Seré sincero. Llevas una mariposa y has venido con una beca completa. Es más, yo te vi y te recomendé. Deseaba tenerte aquí. —Los lagos helados de su mirada se vuelven líquidos, como si el «deseo» pudiera evaporar esa sangre que en mi imaginación nos separa—. Te vi y me hechizaste.

Me siento estremecer. Estoy enfadada. Sigo enfadada. Pero la idea de que yo lo hechicé en vez de ser al revés, la posibilidad de que yo pueda ser tan femenina o poderosa... ese pensamiento ejerce una gran fuerza sobre mí. Tanto que ignoro las manchas rojas de las paredes, la retorcida voluntad de Eloísa, y dejo que lo que haya entre nosotros se evapore. Él no se me acerca más, no le hace falta. Lee en la nueva postura tensa de mi cuerpo que vuelvo a desear estar a su altura. Magia... la palabra ya no suena tan mal. Si elimino demonios, ¿por qué no puede ser magia?

No debería haberme sorprendido. Está claro que mi parte racional, lógica, ha intentado no ver lo evidente porque no encaja con lo que me han enseñado sobre cómo es el mundo; pero está claro que lo que yo hice, hago, niega la física tal y como la conocemos.

Magia... la palabra reverbera en mis huesos y en mi mente.

Nos miramos, fijamente. Más de un minuto. Después, él me tiende su mano y yo le doy la mía. Está muy caliente. Cada vez menos. O él está bajando su temperatura o yo la estoy elevando. Qué más da. Caminamos en silencio, disfruto de ser la que está a su lado.

—Oye... eso del linaje donde la magia es fuerte, ¿a qué te refieres? Suena raro, como a descendientes de reyes —le acabo preguntando, mi curiosidad me puede.

—Victoria... no lo conviertas en un cuento de hadas. Es mucho más sencillo: no eres humana.

Me paro en seco. Eso es demasiado friki hasta para esta situación.

Él, que ha avanzado un par de pasos más, se queda quieto también, sin girarse hacia mí. Puedo ver su espalda ancha e imaginarme la expresión seria de su cara. La misma que llevaba cuando me ha dicho eso de que no soy humana.

—Victoria... somos de otra raza, una con poder. Eso de que pasaste mi examen... —Noto como sus hombros se yerguen orgullosos—. Era lo que yo esperaba: en mi familia las mujeres siempre han sido fuertes.

—No te entiendo.

Avanzo ese par de pasos y toco su espalda. Bajo su ropa, la noto a la misma temperatura que mi mano. Por mi cabeza pasa una especie de *flash* de nuestro

apasionado beso y la retiro como si me hubiera quemado.

—Ya lo harás. —Se gira hacia mí y enarca una ceja, burlón, toda su seriedad borrada de golpe—. Además, ahora tienes que pensar en otras cosas. Como nuestra cita.

—¿Cita?

Diría que este chico sí que sabe cómo desconcertarme; sin embargo, en estos últimos minutos estoy como en otra dimensión, en un sueño donde todo es posible, tal es la cantidad de nueva información que me llega.

—Bueno, me debías un pícnic... así que lo vamos a hacer dentro.

—¿No íbamos a dejarlo para el buen tiempo? —Sonríó al recordar el día que lo sorprendí con su halcón.

—Demasiado esperar. Te veo en dos noches. En el salón de baile, el gimnasio, ya sabes. —Me guiña un ojo y me sonrío de un modo muy arrebatador, muy *Víctor*—. Ven sin cenar. En cuanto a qué ponerte... con un vestido de noche estarás fabulosa. —Menos mal que no ha dicho «a mi altura» o alguna otra de sus frasecitas estrella—. Y no te preocupes, que mi madre no nos dirá nada por ir allí.

Ni me da tiempo a pensar. Se me acerca más, devorando los escasos centímetros que nos separan y deposita un beso leve en mis labios. Vuelve el verano, vuelve esa sensación de plenitud total y absoluta; pasados unos instantes, de un modo tan rápido como ha venido se va. No ha sido más que eso, una suave presión como invitándome, tentándome, a lo que vendrá en dos noches. Por suerte, antes de que pueda quedar como una boba alargando mis manos hacia su rostro para volver a atraerlo contra mí, se gira y sigue andando.

Menos mal. No me apetece perder la poca cordura que me puede quedar después de estos últimos días. Lo sigo. Callada. El ruido de nuestros pasos como único signo de nuestra presencia por los cada vez menos oscuros y estrechos pasillos.

Antes de despedirnos, en el límite con la zona común, rompo el silencio. Hay algo que quiero saber, algo que está rebotando contra la parte más valerosa de mi mente, intentando salir. Sé que si no se lo pregunto no me quedará tranquila.

—¿Por qué tenía yo que ver esa mancha? ¿Es que tu madre cree que no lo recuerdo?

Como si pudiera olvidar algo tan siniestro.

—Está claro que sí, preciosa. Pero es bueno observar que lo aceptas y que no estás triste. Al fin y al cabo, si no dieras la talla, tu sangre sería la que adornaría las paredes.

Abro la boca. Y la vuelvo a cerrar. De golpe. Debatiéndome entre el sentido común y lo bien que estoy a su lado cuando me dejo llevar, aceptando sin más todo lo que aquí ocurre como algo predestinado.

—Eso es, cosita —me susurra mientras se me acerca para darme un beso de despedida en los labios—, enfádate. Estás mucho más guapa.

Mientras me voy a por los libros, a paso ligero para no llegar tarde a clase, no

puedo menos que pensar que me estoy dispersando. Y mucho. Porque no debería asimilar lo que ocurre con tanta facilidad. ¿Pero cómo no voy a hacerlo si al lado del cuerpazo de Víctor todo lo demás parece desdibujarse hasta no cobrar ninguna importancia ni sentido?



Entro en clase.

La profesora es Eloísa. Me extraño porque no nos tocaba con ella. Taconeaba hacia la pizarra digital una vez estamos todas sentadas, poniendo una presentación en Power Point que tenía ya cargada en el ordenador antes que tocara el timbre.

—Buenas tardes, señoritas, espero que hayan reposado la comida porque les espera un día de lo más atareado. —Su voz es tan clara y firme como siempre.

Sus labios se curvan en una sonrisa ambigua; en eso se parece mucho a su hijo.

—Observarán que no están todas en clase. —Cierto, estamos muy pocas, apenas las que no hemos olvidado—. Lo cierto es que tenemos organizados unos vídeos alternativos en otra aula. Lo que voy a explicarles solo les atañe a ustedes.

Su sonrisa se torna irónica, como si estuviera deseando comprobar con cuántas de nosotras esa afirmación es errónea. Me estremezco, pues parece que me esté mirando fijamente mientras sus pupilas adoptan para mí un brillo malicioso y burlón; uno que yo conozco demasiado bien, en unos ojos que por lo visto han calcado sus expresiones de los de su madre. Le sostengo la mirada. No pienso ser yo la que no esté lista para lo que vaya a revelarnos. Porque estoy segura que se trata de eso, de dejarnos ya de tantos rodeos. Ya nos ha probado, ya ha separado la paja del grano y yo estoy entre las elegidas. Me permito contestar a su sonrisa. Ella cabecea aprobadora, lo cual me grajea unas cuantas miradas de envidia. Yergo mi espalda. No es momento de dejarse amedrentar por unas chicas que no están a mi altura.

—No sois adolescentes normales. Aunque claro, eso ya lo sabíais. —Su boca se curva irónica, otra vez—. No sois más listas, ni más guapas, ni más fuertes, ni más altas. No. Sois mejores. Todavía no es el momento de desvelaros el porqué. —Su mirada se desplaza por nosotras, recorriéndonos de una en una—. De hecho, me decepcionaríais mucho si tuviera que contároslo al final. Espero más de vuestra... iniciativa. Y ahora, señoritas, vamos a lo que nos importa. No, señorita Pérez, baje el brazo porque no voy a contestar a ninguna pregunta.

La aludida lo hace, como avergonzada. La directora la mira escéptica, ante lo cual ella sabe que está siendo reevaluada. Yo comienzo a sentirme mal porque por un momento me he visto relamiéndome ante la caída de otras, contagiándome la actitud de Eloísa. Pero antes de que pueda volverme del todo el sentido común, ella comienza a contarnos de qué van todas esas asignaturas.

—Veréis, esto es una escuela para pulir vuestras habilidades mágicas. Para

afilarnos como los potentes bisturís que sois. Y si alguna encuentra la más mínima analogía con Harry Potter, ya puede ir saliendo por esa puerta.

Si hubiera habido alguna risita tonta, eso las habría cortado en seco. Pero como no las había, su discurso tan solo sirve para hacernos más conscientes de lo que nos estamos jugando con el graduado. Sí, más conscientes; por lo visto no soy la única que ya sabía lo de la magia.

—Esto no es una escuela de magos —continúa tras una de esas pausas dramáticas que parecen gustarle tanto—. Ni de brujas. Sois lo que sois. Ya lo descubriréis. Por ahora, lo que deseo explicaros es que todas estas asignaturas que hemos estado viendo, que en su mayoría se alejan del todo del currículo aragonés, tienen su razón de ser. —Con el lápiz toca la pantalla y entra la primera diapositiva—. Más tarde os daré una copia. Ahora prefiero que atendáis a que estéis tomando notas, porque lo que importa no es el desglose de asignaturas sino lo que yo os quiero transmitir. Y eso, señoritas, no es más ni menos que el hecho consumado de que formáis parte de una élite. Una que tiene el control sobre la magia, que puede llamarla y acumularla a voluntad. —Toca la pantalla y sale otra diapositiva—. La magia no es algo «mágico», tiene sus bases en la física. Por decirlo de algún modo, es una forma de energía. Si hasta ahora habéis oído aquello de que «la energía ni se crea ni se destruye: se transforma», pues bien, yo os diré que para nosotras va a seguir siendo cierto, ya que lo que hacemos es transformar unos tipos de energía en otro. En uno muy concreto: el de la magia. Para poneros un ejemplo, esas oleadas de poder, bolas, rayos... o quiera que lo hayáis materializado, no eran más que energía mágica. Una que, debido a vuestro entrenamiento prácticamente nulo, ha venido en la mayoría de los casos de la transformación de los alimentos. Sí, como oís. En vez de usar la energía de esos enlaces químicos en otra cosa, la habéis acumulado en el cuerpo. Vosotras sentiríais nervios, estrés, dolor de estómago. —Para mi sorpresa veo como Paula y otras más asienten—. En realidad era energía mágica la cual, debido a los hechizos que he lanzado sobre este edificio, erais capaces de generar de modo espontáneo. O, mejor dicho —vuelve a sonreírnos ambigua—, movidas en la mayoría de los casos por vuestras emociones, que os hacían transformar y acumular magia de manera instintiva, como pequeñas baterías andantes. Pero podéis sacar la magia de más sitios. —Vuelve a cambiar de diapositiva—. Podéis ver que de cualquier tipo de energía. Hasta de la nuclear. Aunque lo más sencillo será que la saquéis de la luz del sol, el calor de la tierra o la velocidad del vuelo de un pájaro. Solo las más poderosas de vosotras, o las más entrenadas, podréis hacerlo de los seres vivos, de sus células. Esa es un arma muy peligrosa que quizá, con suerte, una o dos de vosotras consigáis dominar algún día. —Me mira sin pestañear al decirlo. Sé que se refiere a mí. No estoy entre sus favoritas por nada—. Como no voy a responder preguntas, pasemos a ver las asignaturas una a una.

Pone la siguiente diapositiva del Power Point y da unos pasos hacia nosotras, avanzando hasta quedarse a la altura de la última fila. Siento sus ojos clavados en mi

nuca.

—Meditación aplicada. ¿Muy útil, verdad? Sé que a alguna le ha venido muy bien para controlar esa acumulación de energía mágica y no volverse loca. —Se ríe. Sé que esto va por mí—. Y en realidad sirve para eso. Para transformar la energía en energía mágica, llamarla, y controlarla sin que se nos vaya de las manos su poder. Danza moderna. Esta la usaremos para los rituales mágicos de convocación. ¿O pensabais que tanto escorzo y contorsión eran para bailar más monas en las discotecas? —Ya no me mira, por cómo se tensa Paula a mi derecha, esta va por ella. Sonríe—. Pues no. La convocación es un arte mayor. Sirve tanto para puertas a otros planos como para traer aquí a otros seres, sean de este mundo o no. Pero... ser capaz de abrir un portal... Señoritas, eso es mucho prestigio por aquí. Ya lo iremos viendo.

Vuelve a avanzar hasta el inicio de la clase, donde toca la pizarra digital para que entre otra diapositiva y se queda otra vez mirándonos a todas desde delante.

—Declamación de poesía para saber cómo entonar los hechizos y los cánticos que necesitaremos en los rituales. Códigos y pictogramas... —Enarca una ceja—. ¿He de explicaros que son las palabras reales de nuestro lenguaje mágico? Una lengua muerta, señoritas, tan antigua que no figura en los registros históricos. Pero que nosotras no hemos olvidado. —Sonríe, sin aclarar quiénes son «nosotras»—. Y por supuesto, si los códigos son las palabras, los pictogramas son su representación mágica, formas en las que vertemos el poder para usarlo cuando lo deseemos, ya sea en forma de ritual o de sello. Hay sellos muy poderosos pero los dejaremos para cursos más... avanzados. Sigamos. Física y química, en fin. Considerando que hemos estado calculando transformaciones energéticas y entalpías químicas, creo que ya tenéis una ligera idea de por dónde vamos a ir, ¿no? Será la parte científica, esa que hará que veáis la magia como lo que es: una manifestación física más. No una clase de pociones en Hogwarts.

Se dirige hacia su mesa y se sienta, controlando la pizarra digital desde el ordenador. Deja el lápiz en la mesa y continúa hablándonos.

—Literatura fantástica... en fin. Habéis trabajado comentando algunas obras sobre criaturas fantásticas. A partir de ahora veréis las reales y cómo se fueron modificando hasta verse convertidas en bestias tradicionales, tipo dragones o unicornios. Pero no os emocionéis. Hace muchos siglos que no los traemos a este plano. No nos sale rentable empezar una guerra.

Su voz se vuelve amarga, de un modo que no la había notado antes. Me preguntó a qué guerra se refiere, quiénes podrían iniciarla si traían esas criaturas a nuestro mundo, qué enemigos pueden tener unas mujeres tan poderosas como ellas. Quizá si encuentro las respuestas a esas preguntas, descubriré por qué ni yo ni nadie que conozca hemos oído hablar de ellas, por qué poseen el poder de la magia y se ocultan en las sombras.

—... en Botánica —nos estaba diciendo— vamos a aprender qué tipos de flores nos pueden servir de ayuda. Pero no para bebedizos, pociones o inventos semejantes,

sino para que su olor al ser secadas y quemadas nos ayude a centrarnos en nosotras mismas y nos sea más sencillo entrar en un estado de trance desde el cual transformar la energía en mágica. Estoy hablando de grandes rituales colectivos, como el que realicé yo con mis seguidoras para hechizar este edificio. Lo cual, evidentemente, es más complicado que entrar en contacto con la magia de una en una. Cuando se hace en grupo es necesario ir todas a la vez y en eso las plantas pueden ayudarnos. Etiqueta... bien, esta asignatura es para que sepáis cómo moveros en nuestra sociedad. Lo siento si pensabais que era para relacionaros con la nobleza. —Sonríe irónica hacia Paula y Gema—. Astronomía es interesante para que conozcáis las estrellas, para que sepáis en qué lugar de la Tierra estáis, tanto en este plano como en otro; por si alguna aprende a abrir planos, para que no se me pierda. —Nos quiña un ojo, maliciosa—. Cocina... no es nada raro, lo siento. Una habilidad básica, al igual que los idiomas o las matemáticas. Pensar que la mayoría os mezclaréis en la sociedad humana. Y si estáis pensando donde está nuestra ciudad, país o lo que sea... seguir pensando. Además veremos otras nuevas asignaturas, como la sociedad en la que os vais a mover cuando os graduéis. Una matriarcal, señoritas, así que espero que aprendáis bien el papel que os va a tocar representar. Habíamos visto ya sociedades antiguas, pues me interesaba que aprendierais un poco de las culturas clásicas. Pues bien, señoritas, la nuestra es aún más antigua. Y estoy segura de que os gustará.

Eloísa finaliza la presentación, quedando la pantalla con la imagen del escritorio.

—Bien, señoritas, hay alguna más. Aquí están las fotocopias. —Señala un montoncito encima de su mesa—. Cogeos una de cada cuando me vaya. En breve vendrá la señorita Bloom a daros clase. Por ahora quedaros con que las chicas que no están presentes van a seguir pensando que sus asignaturas son raras, pero no esto. Así que os pediría que no les dijerais nada, para no confundirlas. Llevan un hechizo que es producto de un ritual que yo y las profesoras lanzamos en el salón de baile, el cual, por cierto, es el centro de poder del edificio. Este hechizo, que actuó durante la misa, les hizo olvidar el examen y, además, las condiciona para racionalizar todo que puedan. Y lo que no, olvidarlo. Es decir, si vuelven a ver algo raro, extraño, inusual... se limitarán a darle una explicación sencilla y racional. Ahora les pido que observen a sus amigas, las que no aprobaron, porque son sus rivales: sepan que, si demuestran ser dignas, vendrán aquí. Y que ustedes, si bajan sus capacidades, su esfuerzo, irán allá. —Se encoge de hombros con despreocupación y acaba rápidamente su discurso—. ¿Alguna pregunta?

Nadie se atreve. Ni siquiera yo.

—Muy bien. Un placer señoritas. Hasta mañana.

—Disculpe...

Parece que a la garza le ha costado tomar fuerzas para intervenir. La directora le dirige una mirada glacial.

—¿Sí, señorita Martínez? Un poquito a destiempo ¿no?

—Yo... —Se encoge de manera visible—. ¿Qué somos?

Eloísa se ríe. Con una carcajada que me resulta algo siniestra. No sé por qué viene a mi mente la imagen de una araña, una enorme y negra, que ha tejido su red alrededor de todas nosotras.

—¿De veras tiene que preguntarlo?

Se levanta, coge su lápiz de memoria del pc y se lo echa al bolso. Mientras se va taconeando le contesta, justo antes de salir y dejar que la puerta se abra, sin tocarla, para ella.

—Hechiceras, señorita, somos hechiceras.

La puerta se cierra a sus espaldas con un sonoro portazo. Una vez el ruido se ha extendido como pólvora por el silencio de la clase y se ha ahogado, las miro. Paula, Gema (se nota la ausencia de Kate), las mariposas y cuatro chicas más. Una selecta minoría. Bien. No está mal para comenzar a aprender en serio.



Cuatro

Victoria,

si te llega esta carta y aún no hemos conseguido localizarte por teléfono o email, por favor, escríbenos de vuelta. No dejan acercarse a ningún coche. Las carreteras están cerradas por la nieve, no se puede llegar ni a Oto. Imaginamos que estás bien, que os quedaríais todas dentro del edificio cuando empezó la nevada. Pero estamos preocupados. Por favor, cielo, ponte en contacto si puedes.

Un abrazo,

tus padres.



La clase con Ashley ha sido de lo más interesante. Directa a la transformación y el control de la energía mágica, ahora que no tenemos que andarnos con subterfugios. Me parece mentira que el examen fuera ayer, que hasta entonces no tuviera ni idea, ni la más mínima sospecha, sobre que la magia es la clave de esta escuela. Al salir del aula Paula me para. Me ha oído preguntar a una de las chicas si sabe dónde están las demás y no se aguanta las ganas de ridiculizarme. Y sí, yo preguntaba por las demás pues estoy algo preocupada por Noelia. Me gustaría saber si está bien, si sigue sin recordar nada. Sobre todo ahora que, tras dos horas de esfuerzo, se me ha bajado un poco ese ego que se me sube cada vez que estoy con la directora o con su hijo. No sé qué narices hago creyéndomelo tanto.

—Cosita, pareces corta. —La garza se coloca delante de mí y, desdeñosa, me para

—. Tanto poder y tan cortica. ¿Es que no ves que las demás no merecen la pena? No valen. Luego no vienen a estas clases. Si siguen aquí, es por mantener las apariencias.

—Déjame, Paula. ¿O es que ya no te acuerdas de lo de esta mañana?

—Eso no ha estado bien, Victoria. Pero siempre podemos repetirlo cuando acabe el curso. Veremos quién aprovecha mejor las clases.

La miro muy mal. Y ella a mí. Creo notar como nuestros cuerpos comienzan a transformar y acumular energía mágica. El mío más. Las paredes del pasillo parecen contener el aliento, deleitadas. Y el medallón comienza a calentarse demasiado. Entonces, antes de que pueda caer en la espiral de poder que atonta mi cabeza como si la sumiera en un trance, en la sensación de euforia que me da soltarme, Gema le dice algo a la garza en el oído. Con odio, ella nos mira a las dos y se da la vuelta. Se va. Detrás de Gema. Yo me quedo rodeada por las demás chicas, que me manifiestan su apoyo con sonrisas. Una de ellas, de manera cómplice, me dice que ha escuchado lo que ha dicho Gema: «Déjala, no ves que ahora ella es la fuerte».

Ahora yo soy la fuerte...

Será verdad. Pero eso no implica que vaya a hacerme amiga de chicas falsas, algunas de las cuales incluso me dieron patadas aquel día en los jardines. Les dirijo una mirada fría y me voy. Ignorándolas. Sé que es una locura, pero alguna de ellas incluso intenta seguirme. ¿Quién me ha dado el puesto de diva? Porque, desde luego, ahora mismo no lo quiero. Haría crepitar mi poder a mi alrededor o algo así para alejarlas pero no tengo tal control. Todavía.



El día es duro, sin embargo, la tormenta ha remitido. Son tres y no saben cómo siguen vivas. O mejor dicho sí lo saben, pero no se lo creen. Una de ellas, de algún modo, ha conseguido que su cuerpo esté caliente. Mucho. Como si tuviera al menos cuarenta de fiebre. Y las otras se le pegan, la abrazan. Van todas juntas avanzando muy despacio, sin tener muy claro si están siguiendo el camino adecuado o dando vueltas entre los pinos. Pero siguen avanzando. Poco antes de que caiga la noche llegan a una carretera y sus ojos sueltan, esta vez sí, lágrimas de alivio. Hambre, frío... (sed no, está la nieve), cansancio... todo deja de importar al ver la salvación tan cerca.

Entonces llega la bestia y el miedo hace que se les hiele la sangre en las venas.



—Noelia, ¿qué tal estás? Te he buscado después de clase en la biblioteca pero no estabas. ¿Dónde te has metido? Me tenías preocupada.

Estoy entrando en el comedor y aprovecho para acercarme rápidamente a su mesa antes de sentarme en la mía. Quiero hablar con ella para quedarme tranquila, lo de

esos videos no me da muy buena espina.

—Victoria... en la ducha. ¿Estás bien? —Me mira con el entrecejo fruncido—. No entiendo tu pregunta. A veces estudiamos juntas pero que yo sepa no habíamos quedado hoy...

Me observa como si yo fuera un bicho raro. Me cuesta un poco darme cuenta de que lo que le extraña son las confianzas que me acabo de tomar con ella.

—Mujer, es normal que me interese, después de lo del examen... —le contesto algo atontada: no veo por qué no entiende mi preocupación.

—¿Examen? Por favor. No sabía que las mates te ponían tan histérica.

—¿Mates? —le pregunto.

En cambio pienso otra cosa:

«¿Histérica?, me parece que de verdad no recuerdas nada. No que te salvé. No que había demonios. No que eso nos acercó, nos hizo amigas, por llamar a la conexión que sentimos de algún modo».

—Ni que hubiéramos hecho algún otro examen, Tory.

Me está mirando muy extrañada. Con algo de su timidez inherente pero muy extrañada, como si yo estuviera yéndome de la cabeza. Genial. Porque por muy tranquilizador que sería creer que el examen fue de matemáticas (¿es eso lo que piensa, no?), que no existen los demonios, yo sé que esta vez la explicación correcta no es ni la más creíble ni la más sencilla.

—Perdona, qué tonta. —Amago una risita—. ¿Qué tal los vídeos de hoy?

—Muy bien. Siento que no estés en la clase de inglés avanzado. No es que seamos tan íntimas como para tener que darte explicaciones de a dónde voy pero me habría gustado verte por allí. —Me sonrío—. ¿Estás en la de francés?

—Eh... tampoco. Oye, tengo que irme que ya está casi todo el mundo sentado. Ya nos veremos.

La saludo con un cabeceo y me voy a mi mesa, dándome de tortas por ser tan idiota. Preocupada por ella... ¿Qué me pensaba que iban a hacerle?, ¿matarla por no dar la talla? Como dice Paula, las demás son un relleno para dar al mundo una imagen de normalidad. Y además, seguro que las tienen también en reserva por si alguna de nosotras deja de cumplir sus expectativas. Cuando me siento, la garza me sonrío irónica.

—¿Contenta?

Parece deleitarse con cada sílaba, como saboreando su superioridad.

—¿Perdona?

—Te lo dije, cosita, esas no se enteran de nada. No valen nada. Tu amiguita Noelia está en clases de idioma.

—¿Están todas las otras alumnas juntas dando inglés?

No me gusta deberle nada pero estar tan desinformada aún menos.

—No, todas no.

Me sonrío disfrutando del momento, sabiendo que voy a preguntarle. Las demás

mariposas se limitan a observarnos en silencio pero sin mostrar la sonrisita de suficiencia de Paula. Gema, su única seguidora fiel, ya no se sienta a esta mesa.

—Tú ganas, dime.

—¿Dime? —Enarca una de sus delineadas y perfectas cejas.

—Por favor.

Me cuesta decirlo. Hace unas semanas ni le habría dado importancia. «Por favor» no eran más que palabras de cortesía típicas. Pero ahora... ahora siento que por pronunciarlas me tengo que tragar el orgullo ante la misma chica que me pateó en la nieve, por no hablar de cómo se ha metido conmigo en esta escuela. Y son como pan seco atragantándose en mi garganta.

—Muy bien —me contesta despacio. No sabe ganar—. Eloísa ha hecho grupos pequeños, de unas veinte alumnas, y los ha llevado a otras aulas a hacer prácticas de conversación en inglés, francés o alemán. O a ver películas subtituladas.

—¿Alemán? —me extraño.

—Algunas alumnas de aquí saben, sobre todo las que vienen de los internados europeos. Y han metido allí a otras alumnas a aprender. Cualquier cosa, cosita, con tal de tenernos a nosotras solas para que aprendamos bien. Y qué curioso que haya aislado a las únicas que aprobamos su examen sorpresa, ¿verdad? Aunque claro, si tú no sabes ni averiguar por tu cuenta qué está pasando...

No le hace falta acabar la frase. Hasta yo recuerdo lo que nos ha dicho la directora sobre que nos buscáramos la vida. Mira por donde, aunque luego pienso contrastar todo esto para ver si es verdad, eso es lo que estoy haciendo.

Hablando de Eloísa... esto de darnos comunicados durante las comidas se está convirtiendo en una costumbre, porque está levantada detrás de su mesa reclamando nuestra atención. La obtiene en seguida, como para no dársela.

—... seré breve —nos está diciendo; aunque yo, con todo lo que tengo en la cabeza, no consigo hacerle demasiado caso—. La tormenta está remitiendo. —Se escucha algún suspiro de alivio, sobre todo entre las que parecen vivir en una realidad de normalidad paralela—. Mañana seguramente podremos enviar el helicóptero para avisar a las autoridades de las alumnas desaparecidas, para que organicen la búsqueda. No os lo hemos dicho para no preocuparos, pero algunas de nosotras hemos salido esta mañana y no hemos encontrado nada. Nuestras esperanzas están puestas en que se hayan podido refugiar en alguna casa abandonada. —Sonríe sarcástica, por lo menos no es una hipócrita.

Sí, bueno, hay algunas de esas casas por aquí, imagino. Al fin y al cabo esto estaba deshabitado antes de que viniéramos nosotras; pero dudo mucho que la directora tenga cuerpos que meter allí para simular sus muertes por congelación, no después de lo que vi aquel día. Un escalofrío se enrosca en mi columna y la va constriñendo mientras sube hacia mi nuca. No me gusta recordarlo. Las imágenes de esas cosas, los gritos y la sangre son demasiado recientes, demasiado terribles. No me extraña que esas chicas acepten que no pasó nada. Inducidas por Eloísa o no, es algo

que yo misma desearía creer si me dejaran.

—... esperamos poder restablecer pronto el teléfono e internet, para que vuestras familias puedan saber que estáis bien y además...

No puedo evitarlo. Me evado. Es más palabrería, más espejismos, como si ella fuera una enorme araña que tejiera una red hecha de engaños y sombras falsas. Ahora, mientras la ignoro e intento comer sin ganas, vuelven los recuerdos. Regresan furiosos, como garras de pesadilla clavándose en mi cerebro. Me entran ganas de llorar y no puedo, no quiero mostrarme débil o Paula aprovechará para atacarme. Hace unas horas, con Víctor, me sentía fuerte, pletórica, poderosa; sin embargo en estos momentos es como si toda la adrenalina se hubiera ido por el retrete y tan solo quedara el crudo silencio que seguía a cada grito y a cada succión del vacío, cada «glup» que indicaba la salida de esta realidad de esos monstruos. Con su comida.

O lo que quiera que fueran las chicas muertas.



—... ellas se creen que cuando el temporal arreció de golpe las chicas estaban en el monte, que habían salido a dar un paseo.

—Qué fuerte. ¿Cómo van esas bobas a creer que habían sido capaces de burlar la vigilancia de la puerta principal?

—Igual se creen que saltaron por la ventana...

Las risas de mis compañeras de mesa me resbalan. Me cuesta lo mío darme cuenta de qué están hablando: las demás alumnas creen que las desaparecidas estaban afuera en el momento del examen. Esto debe ser lo que Eloísa hizo en la misa, su hechizo o lo que fuera para cambiarles los recuerdos. Por mi mente pasa el examen de mates que me ha comentado Noelia; imagino que creen que todas estuvimos haciendo esa inexistente prueba mientras las desaparecidas se saltaron la clase porque no habían estudiado. Aunque ahora mismo ya me da igual, no estoy para seguir haciendo elucubraciones sobre el mismo tema.

—¿... imaginas que alguna de ellas recordara la verdad?

—Igual se nos volvía loca.

Más risas. Vuelvo a evadirme.



Tras la cena, apagada de ánimo, me acuesto pronto. Los demonios pueblan mis pesadillas.



—¿Qué es eso? —le susurró una de ellas, la de piel más pálida, a sus compañeras.

Ninguna le contestó. Le habría gustado ser capaz de mirarlas, de tener al menos una última visión que no pareciera sacada de una pesadilla irreal. Pero no podía. Sus ojos estaban clavados en el frente, en el bosque al que se habían vuelto hacía apenas unos segundos, olvidando la promesa de la carretera. Fijos, capturados por la nieve que caía y, bajo ella, una figura lobuna cubierta de un blanco prístino. Un blanco que, sin ninguna duda, ella sabía que no era suyo.

—¿Qué es?

La voz era lo único que aún le obedecía. Ni sus ojos, ni su nariz, ni su cuerpo... Pero ellas no le contestaron. Sus respiraciones sonaban superficiales, como la suya propia, como si no fueran capaces ni de llenar sus pulmones de oxígeno. Como si el mismo aire se hubiera congelado asustado y no quisiera levantar ni la más mínima brisa no fuera a ser que llamase la atención de la bestia. O como si su hedor fuera algo tan nauseabundo que el mero hecho de transmitirlo pudiera contaminar al mismo viento.

La bestia.

Un ser de pesadilla, con forma de lobo pero muchísimo más grande, cubierto de un falso blanco.

La bestia.

Y que con cada paso de sus garras de largas uñas, uñas que iban dejando un reguero de tierra en la densa capa de nieve, iba acercando su monstruoso aroma hacia ellas.

Fétido. Hediondo. Putrefacto. Fuera lo que fuera, ese ser era de una dimensión mucho más pervertida que la demoníaca.

Cuando estuvo tan cerca de las jóvenes que se podía ver el marrón negruzco de los pinchos que cubrían su cuerpo a través de su falso disfraz de nieve, la joven de piel blanca gritó. Era la única que aún tenía el control de su voz y, aterrada, chilló. Fue lo último que hizo. En medio de un líquido sonido de desgarró, su cuello quedó abierto en dos. Entonces fue cuando sus compañeras recuperaron el uso de su cuerpo, para salir corriendo hacia la carretera como si hubieran visto a la misma muerte.

Una de ellas, la de cabellos más rubios, no dio ni dos pasos. Cayó derribada sobre el nevado asfalto, su espalda rota en el acto por el peso de la bestia. Su columna quebrada, su cerebro liberado del dolor de un limpio zarpazo.

La restante, la que había impedido que murieran congeladas, corrió y corrió por la carretera, sin mirar atrás. Sin atreverse a asociar los gorgoteos rasgados y el sonido de cuerpos cayendo con el final de sus amigas, con las fauces pútridas que se cernían sobre ella, con las uñas quebradas que golpeaban el suelo detrás de sus zancadas, con la muerte hedionda que la cercaba.

Y se cansó, se cansó de huir. Sin saber por qué, en un único acto de rebeldía contra todo lo que le estaba pasando desde aquel examen maldito, contra las compañeras caídas, el dolor y el miedo, se dio la vuelta. La muchacha pareció arder

en fiebre y miró a los ojos amarillentos a la criatura hecha de músculos retorcidos. Abrió la boca. Pero no gritó. Ningún sonido audible por oídos humanos salió de su garganta. Mas sí protestó. Un vendaval atronador, una energía que vibraba a longitudes que se sincronizaban con el cuerpo aberrante de la bestia, brotó furioso de sus labios. El ser comenzó a temblar, como azotado por un huracán. Ella quedó exhausta, perdió el sentido y calló al suelo. Lo último que vio fue a la bestia, como desdibujándose de la realidad, ahora estando y al siguiente parpadeo no, agarrar el cuerpo roto de su amiga rubia y desaparecer de su vista. Con ella también se fueron el bosque, la carretera, el cielo blanco. Deseó que esa retirada no hubiera sido un efecto de sus ojos cerrados.



Es por la mañana. La nevada ha remitido bastante. Ahora los copos caen suaves, lentos, como si ellos también quisieran cubrir los horribles sueños de esta noche o, más probable, los cuerpos raptados y la sangre. Desearía que el examen hubiera sido una pesadilla.

Es difícil andar, me hundo en la nieve hasta los tobillos. Imagino que con la que ha caído debería ser más pero tampoco salgo de los jardines interiores, donde sin duda Eloísa ha realizado algún tipo de mantenimiento.

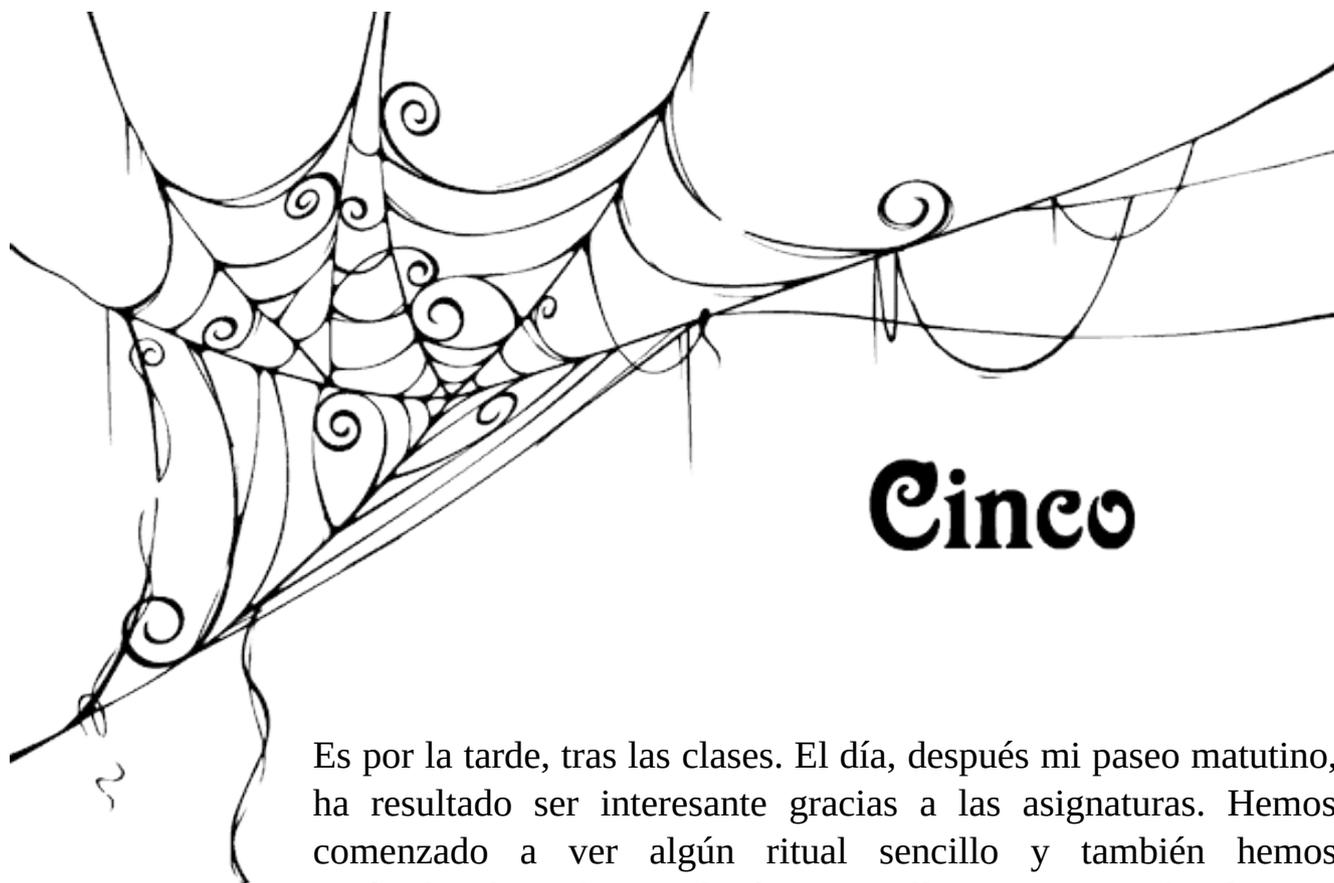
Ahora mismo desearía encontrarme con Víctor, arrancarle de esos labios (tentadores...) una explicación. ¿Qué es eso que nos dijo su madre de que soy una hechicera? ¿Y eso de una raza no humana? A estas alturas ya no me sorprende: parece que haya pasado un invierno entero desde que sentí el poder en mí. Ya no sé si es rabia, miedo, pena, deseo o curiosidad lo que siento cuando pienso en esa pesadilla, en esos seres demoníacos. Porque algo en mí está eufórico ante la idea de ser capaz de canalizar la energía así y no hago más que ocultar esa sensación extasiada bajo capas y capas de culpabilidad. Kate ha muerto. Otras chicas han muerto. Yo tengo que estar horrorizada.

Pero ya no puedo. No si recuerdo sus labios, el beso apasionado y mágico de ayer. No si pienso en poder ser como lo fui en nuestro abrazo que derritió la nieve: una hechicera.

Camino un poco más y me apoyo contra el tronco de un abeto cuya copa está cuajada de blanco. Siento la madera del grueso tronco cerca de mi espalda, las agujas de sus ramas a un palmo sobre mi cabeza. Me relajo un poco y suspiro. Como acompañando a la elevación de mi pecho, el medallón se enfría unas décimas. Lo saco de debajo del jersey y del abrigo, lo sujeto entre mis dedos. Los rasgos del chico rubio se dibujan con delicadeza en mi mente. Cierro los ojos para recordarlo mejor, lo veo con tal nitidez que me parece estar a su lado. Su boca se mueve, como si vocalizara algo. Es curioso, juraría que me está intentando avisar. Y justo cuando

comienzo a descifrar su mensaje silencioso, un ruido súbito me saca de mi abstracción. Abro los párpados y miro a mi alrededor. El ruido viene de arriba. Salgo de debajo del árbol y veo al helicóptero de la escuela abandonar el helipuerto. De camino al mundo exterior.

Ya era hora. Sonrío y vuelvo al edificio. Apenas soy consciente de que esta vez se forman charcos por donde camino.



Cinco

Es por la tarde, tras las clases. El día, después mi paseo matutino, ha resultado ser interesante gracias a las asignaturas. Hemos comenzado a ver algún ritual sencillo y también hemos profundizado en la sociología. Y aquellas matronas sobre las que habíamos estudiado, esas mujeres que llevaban las riendas de la familia y la política, no eran de ninguna sociedad extinta sino de la de las hechiceras. La información, que poco a poco empieza a encajar aunque esté dosificada con cuentagotas, ha hecho que todas sigamos las clases sin perdernos ni una palabra. Creo que ha sido la única vez de mi vida en la que nadie ni ha tosido en el aula.

Estoy con Noelia en la sala común. Cuando le he propuesto hacer algo juntas, ella ha sugerido estudiar en la biblioteca.

—Noelia, mejor no —he disentido—. Ten en cuenta que ahora estamos separadas en muchas clases con lo que nuestro nivel ya no es el mismo.

—Te puedo ayudar en idiomas, si quieres —me ha sugerido con una sonrisa tímida de las suyas.

—Mejor no... ¡Anda, vamos a tomar una Coca-Cola y a ver un rato la tele! Vamos...

Tirando de ella mientras arrastraba la última sílaba, me la he llevado a donde estamos ahora. No es el rincón más apartado de la sala común sino un sofá delante de la televisión, bien centrado. Tras el examen ya no me apetece pasar desapercibida o evitar problemas si está en mi mano. Al fin y al cabo, si Paula quiere buscarme lo hará esté yo en el mejor sitio o perdida en los jardines.

En cuanto a la garza, está aquí, como muchas otras chicas, pero nos deja tranquilas. Yo sigo intentando vestir como las mariposas. No me lo he replanteado. No sé si quiero seguir en pie de guerra pero sí que, vestida así, mi nueva posición se refleja mejor. Porque las alumnas lo saben. Puede que muy pocas recordemos el

examen pero deben notar mi poder de algún modo porque prácticamente todas me miran con respeto, miedo, admiración o una mezcla de las tres.

—¡Mira, es un helicóptero! —exclama una de las chicas más jóvenes.

Varias de las de segundo se arremolinan en la ventana desde la que se divisa el cielo.

—Es de la guardia civil de montaña —nos informa otra, en voz elevada, a toda la sala.

—¿Veis como os dije que había visto antes dos helicópteros dando vueltas? —pregunta triunfal otra de ellas.

Ni las demás chicas de mi nueva clase ni yo nos movemos. Nos limitamos a mirar desde donde estamos sentadas.

—Pero es que no entiendo cómo fueron tan idiotas de irse a los jardines siendo que nos habían dicho que no saliéramos por el riesgo de tormenta. Joder, si no quieres hacer el examen quédate en tu cuarto.

—Es que no fue un sencillo examen de matemáticas, cariño. —Paula, sin levantarse, eleva su voz y corta la conversación de golpe—. Ni se lo picaron. ¿No recuerdas los gritos y los seres oscuros?

—¡Paula! —no puedo evitar gritar horrorizada.

¿De qué sirve recordárselo si han tenido la suerte de poder olvidarlo?

—No te preocupes, cosita, que estas no memorizan nada.

—¿De qué hablas? —le pregunta una de las chicas de la ventana, la más decida.

—De esto.

La garza se concentra y de sus dedos sale una ráfaga de energía que provoca una llamita en la falda de la chica que le ha contestado. Esta, asustada, la apaga de repente, sus ojos iluminados por una súbita comprensión. Y después nada.

—Miriam, tía, ten más cuidado —le dice a una de sus amigas—. Vete a fumar al jardín o donde no te pillen, que me has quemado la falda.

Y todas, absolutamente todas, Noelia incluida, aceptan esa explicación como lo más normal. Olvidando en el acto la ráfaga de poder que ha hecho vibrar el aire desde los dedos de Paula; así como que la tal Miriam no tenía ningún mechero ni cigarro en la mano.

—¿Ves, cosita? —Su voz desdeñosa y divertida me llega a la vez que su taconeo, pues ella se ha levantado y caminado hacia mí—. Puedes hacer lo que quieras: ellas ni se enteran. Claro que, eso sí, no te pases o se puede enfadar Eloísa.

Sus carcajadas se alejan de mí a la vez que Paula, la cual ya me ha pasado de largo y se dirige a la nevera. La observo volver con una cerveza al sofá donde se sienta con las demás chicas de la mi nueva clase. Puede que ahora solo la idolatre Gema, pero ellas prefieren ir juntas. Hablando de Gema... no me mira como las demás: lo hace con rencor, con uno cargado de tanta inquina que me daría escalofríos si no fuera porque sé que no tiene mi poder. Imagino que recuerda que la salvé y que eso no es un plato sencillo de tragar para su orgullo.

En todo caso, antes de que pueda seguir hablando con Noelia, una chica irrumpe corriendo en la sala.

—Están aquí. La guardia civil. Las han encontrado.

—¿Dónde? —preguntan varias de las chicas más jóvenes a la vez.

—En un barranco, sepultadas por la nieve.

El coro de conversaciones que se forma de repente no me deja oír mucho más. Todas están como fascinadas por lo morboso que resulta hablar de la muerte. No sé qué tiene este internado que las está volviendo a todas idiotas. Me pregunto dónde estarán las amigas de las chicas caídas, si ellas también, en vez de llorar, estarán haciendo cábalas sobre los detalles de su fatal accidente.

Accidente, ¡ja!

Me despido de Noelia y salgo de la sala. Gema me sigue mirando muy mal, peor incluso que Paula. Nada más cerrar la puerta a mis espaldas, me encuentro con Víctor, que parece estar de camino hacia la planta de arriba.

—Buenas tardes.

Le obsequio con las dos palabras que forman mi seco saludo favorito cuando no tengo ganas de pararme a hablar.

—¿Malhumorada, cosita?

Se coloca de manera estratégica delante de mí, bloqueándome el paso con su cuerpo y sus brazos extendidos.

—¿Tú qué crees? —bufo.

—Que esa amiga tuya se piensa que podría haber salido viva del examen sin tu ayuda.

—¿Quién?

Reconozco que este chico siempre me sorprende. Ahora que ha conseguido mi atención, siento el magnetismo puro que irradia.

—La rubia que te miraba con tanto rencor.

—Ah, Gema... Vale. Ahora que ya me has dado tu opinión, ¿me dejas pasar?

Yo quería preguntarle algo... pero no estoy en el estado de ánimo más adecuado para ello. Estoy demasiado harta de todo, actitud de mis compañeras y profesoras incluida.

—Soy un Astaquin, un mago-guerrero.

Ahora sí que lo miro alucinada. ¿De qué va?

—Tranquila, cosita —continúa ante mi boca abierta, con una media sonrisa burlona en la suya—, ya sé que no me has preguntado nada. Te lo cuento porque te noto como apagada. Además, en vez de estar maldiciendo tu mala suerte por estar aquí deberías agradecer la oportunidad que se te presenta. Y acribillarme a preguntas, ya que estamos.

—¿Apagada?

Es todo lo que acierto a responder ante semejante actitud absurda y jactanciosa.

—Una futura matrona no debería estar así.

Reconozco que vuelve a acicatear mi curiosidad.

—¿Lo de las matronas es verdad?

—Claro, preciosa, y tú vas a ser una de las mejores si dejas de lado tus prejuicios tontos y aceptas lo que eres. —Me guiña un ojo.

—¿Lo que soy?, ¿y qué eres tú, la voz de la razón? —le contesto irritada.

—Un Astaquin, ya te lo he dicho. En nuestra cita te contaré más, solo tendrás que preguntarme.

Me lanza un beso al aire y se retira, dejándome un hueco. Lo miro mal y paso por su lado. Su cercanía es tentadora, como siempre. Aunque ni la mitad de lo que lo son sus palabras. Puede ser un elitista, como todos los de por aquí, pero eso de dejar de preocuparme y dejarme llevar por los acontecimientos suena... como mínimo genial.



La encontró una de las cuadrillas de rescate, la única joven viva a la que hallaron. Fue muy sencillo: estaba en medio de la carrera que iba a Oto, apenas cubierta por una fina capa de nieve. La chica tenía mucha fiebre, eso fue lo que la salvó. Lo que impidió que se acumulara un manto blanco sobre ella, lo que la mantuvo caliente. La subieron a una camilla y llevaron rápidamente al hospital de Jaca. Sus padres fueron avisados inmediatamente. La estudiante parecía haber entrado en coma aunque, de vez en cuando, de sus labios salían las palabras «no», «garras» y «muerte». Por el estado de los cadáveres de sus dos compañeras, halladas a su lado, los telediarios difundieron la hipótesis de que las debió atacar algún lobo u otro animal salvaje.



Marta se había acercado a él para ver qué era, del periódico de la mañana, lo que lo había dejado helado y con la taza de café sujeta con tan poca fuerza que estaba a punto de resbalarse de sus dedos.

Se levantó y colocó detrás de su marido para leerlo. La noticia provocó un vacío cargado de aterradoras posibilidades en su pecho. Habían encontrado a alumnas de Broto muertas en las montañas. No daban nombres.

Se abrazó a su esposo unos segundos para tomar fuerzas y después tiró de su brazo para levantarlo.

—Vamos. A la policía. Tenemos que saber más.

Tenía que saber si una de aquellas chicas era su hija. No se permitió caer en ese vacío que parecía abrirse a sus pies si pensaba en ello. El teléfono del internado seguía cortado, llevaba toda la mañana y el día anterior llamando. Pese a todo, volvió a probar desde el coche, mientras se juraba que en cuanto se pudiera ir con cadenas se iban a plantar allí mismo, con o sin autorización de la directora. No se permitió llorar

ante la posibilidad de que eso no fuera necesario. Ahora necesitaban ser fuertes.



Seis

Hola, mamá,

acabo de recibir tres cartas vuestras, de golpe. La primera de hace una semana y la última de dos días atrás. Las profesoras nos han dicho que hasta hoy estaban todas las carreteras cortadas. Y veo que estáis muy preocupados por mí. ¡No pasa nada!, estoy bien. Yo no salí afuera con este tiempo. Siento que hayáis tenido que vivir todo esto desde fuera, sin saber si yo era una de esas pobres chicas muertas. Sí, porque eso no me lo decís en las cartas pero ya imagino que habrá otra en camino, ya que el helicóptero de la guardia civil de montaña vino ayer.

¡Estoy bien! En cuanto arreglen el teléfono (el temporal causó estragos en el pinar por el que pasaba la línea y la cortó) os llamo. No sé qué llegará antes, si esta carta o mi llamada. Tampoco hay Internet, por lo mismo, porque se rompió físicamente la línea del teléfono y ya sabéis que aquí ni antenas ni cobertura ni nada. ¡Os quiero mucho!!! No os preocupéis.

Besos,

Victoria.



No he tenido tiempo ni de llevar la carta a mis padres para que la manden, ya que me he encontrado con Ashley mientras iba a echarla: por lo visto me estaba buscando para decirme que mis padres están aquí, esperándome.

Han venido a verme. Esa sencilla realidad me provoca una sonrisa feliz y

espontánea. Me siento protegida, un sentimiento que me suena extraño después de lo que han sido estas semanas. Mi corazón se caldea, agradecido. Y en cuanto a ellos... ¡pobres!, qué fuerte lo que deben haber pasado. Menos mal que no saben la verdad, les daría algo... Sí, no la conocen, o al menos a esa conclusión he acabado llegando. Al principio pensaba que ellos sabían que yo era una hechicera; era la línea de pensamiento más lógica ya que no creo que esos poderes vengan de la nada. De alguien tengo que haberlos heredado, digo yo. Pero dejé de creerlo después del examen: son mis padres, se preocupan por mí, jamás habrían permitido que mi vida corriera peligro. Y ese conocimiento, junto con saber que están aquí, hace que estos minutos de ir hacia donde me están esperando sean deliciosos; es como si hubiera llegado el momento de descansar y relajarme un poco porque ellos han venido a cuidarme.

Están aguardándome en una salita de la zona prohibida, en la segunda planta. No son los únicos, me cruzo con otras chicas cuyos padres también han venido en cuanto se ha permitido el paso a los coches con cadenas. La decoración de la habitación a donde los han llevado es bastante pija, por llamarla de algún modo. Imagino que Eloísa quiere dar cierta imagen. No es que se pierda la moderna funcionalidad del resto del internado, más bien es que se agregan detalles caros, como ciertas estatuas o cuadros. Así que mis padres están en una sala que habla del caché de la escuela y por lo que veo les gusta, aunque se sienten un poco cohibidos. Nunca imaginé algo así de ellos, que aprobaran lo que a mí me parece un alarde de dinero, claro que mi directora es una experta en relaciones públicas.

—¡Victoria! —Me abraza mi madre en cuanto cruzo la puerta.

De sus ojos se escapan lágrimas de emoción. De los de mi padre no, pero es el siguiente en estrujarme. A ver, yo entiendo la situación, pero solo les falta llamarme «mi niñita» como hace cinco años, cuando todavía era una cría. Y sí, esta es mi manera de hacerme un poco la dura. Si dejo que el calor que se ha extendido por mi pecho al saber que han venido se transmita a mi voz y mi cara, corro el riesgo de confesarles todo, las muertes y el poder, como si de verdad todavía fuera esa niña. No quiero que me aparten de esto.

—Menos mal que estás bien, estábamos muy preocupados —me comentan una vez ha pasado el rato de los abrazos y estamos sentados en los cómodos sillones de la salita.

Está claro que no saben nada.

—Tranquilos, sé cuidarme.

—No, no sabes. Te hemos educado bien pero eres muy joven y esto está tan lejos... —protesta mi madre.

—Mamá, por favor... que aquí no hay drogas ni nada.

—Bueno, pero hay lobos.

—¿Lobos? —me asombro; esto es nuevo.

—Sí, lobos —interviene mi padre—. Ha salido en las noticias. Han encontrado a

una chica superviviente de un ataque de lobos.

«¿Lobos? —me pregunto—. Qué raro. Aquí las muertes han sido por causas menos naturales. Aunque claro, estamos en medio del Pirineo... Solo me faltaría que encima hubiera lobos. Aunque si me encuentro alguno, creo que sé cómo deshacerme de ellos».

—Victoria, ¿por qué sonríes? Es un tema serio...

—Perdona, mamá, estaba en otra parte.

—¿Y qué tal tus estudios? —vuelve a intervenir mi padre.

—Bien, muy bien. Me ha costado un poco entrar en la dinámica del nuevo instituto, pero ya estoy integrada en las clases.

—¿Y todavía tienes roces con tu compañera de cuarto?

«Ay, mamá, si tú supieras... Porque algo te he contado, pero tan poco... Desde luego nada que tenga que ver con la magia».

—Menos, creo que ya se está dando cuenta de que no es bueno meterse conmigo.

—¡Victoria! —me reprocha—, ¿qué es eso? ¿Desde cuando hablas como una macarrilla?

—Perdona, mamá —reacciono a tiempo—, no quería decir eso. Al principio chocábamos y ella era un poquito sarcástica conmigo, ya te lo dije. Pero ahora hemos hablado y nos hemos dado cuenta de que todo ha sido un malentendido. No es que me caiga bien... pero nos apañamos.

Me mira como si estuviera analizando mis palabras con mucho cuidado.

—Victoria... ¿no será una mala influencia? —se preocupa.

—Claro que no. Es un poco pija, pero buena chica —la tranquilizo; si ella supiera lo de la paliza que me dieron...

—¿Es por eso? ¿Se meten contigo porque aquí todas tienen mucho dinero? No creas que no he observado que has intentado, con tus ropas, amoldarte un poco al estilo de vestir que tienen por aquí.

Cierto, verme vestida así, con falda y tacones ha debido ser algo raro para ella. Ni vaqueros, ni deportivas... Creo que ya sé por qué se preocupan, piensan que no encajo por mi diferente nivel social. Ellos siempre me han dicho que lo que importan son las personas, no la envoltura o el dinero. Bueno, mami, aquí las apariencias importan y mucho. Si hasta tú has mirado con agrado el par de estatuas caras de esta salita... Pero no te preocupes, voy a seguirte el juego. Me pregunto quién es el hechicero aquí, si tú o papá. También por qué nunca me habéis dicho nada o a qué esperáis para hacerlo. Aunque sigo pensando que no sabéis lo que está pasando aquí, pues sino no me habrías dejado venir. ¿A lo mejor la magia está latente en la familia, se ha saltado generaciones y ninguno de vosotros lo sabe?

—Bueno... no pasa nada porque intente integrarme, ¿no?

—No, cielo, no pasa nada. —Mi padre sigue observándonos en silencio—. Tan solo es que espero que no olvides que te queremos como eres. Y que no debes dejarte arrastrar por las ideas que puedan tener otras chicas sobre lo que es importante. Tú ya

sabes bien que no lo son las apariencias.

«Sí, me habéis educado con unos valores claros. Es una pena para vosotros que esté empezando a ver que no se pueden aplicar siempre. O, por lo menos, no a la gente que ni siquiera es humana. Este centro, esta sociedad de matriarcas en la que me moveré... tiene otros principios morales y no veo por qué, por ser diferentes, hayan de ser peores. Siempre habéis dicho que no es malo ser distinto, ¿no?».

—No, lo sé, tranquilos —debe ser la primera vez que les miento desde aquella vez, cuando era una *baby*, que me enseñaron que eso no era justo ni para mí ni para los demás—. Solo quiero encajar, nada más. —Veo que me miran comprensivos, creyendo que lo entienden—. Por cierto... ¿podría encargarnos algo de ropa? Esto es como una cárcel, no podemos ni ir de tiendas.

—Claro, nena —interviene mi padre—. Tú dínos cual y te la mandamos.

—Genial. En cuanto vuelva a haber Internet, miro el catálogo de las tiendas del centro y os digo.

—Pero no te salgas de Mango, Stradivariuss y Blanco, ¿eh? —me sonrío mi madre.

—Tranquila, no voy a pasarme a las tiendas pijas.

Aunque pienso buscar la ropa más adecuada a mis nuevos gustos.

—Otra cosa, Victoria, la directora ha sido muy amable y nos invita a quedarnos a comer; así que pasaremos el día contigo. Después, prométenos que nos llamarás todos los días por teléfono en cuanto se restablezcan las líneas.

¿¿Todos los días?? Jo, qué pesaditos. Ni que se me fuera a comer un lobo.

—Claro, sin problemas. —Sonrío.

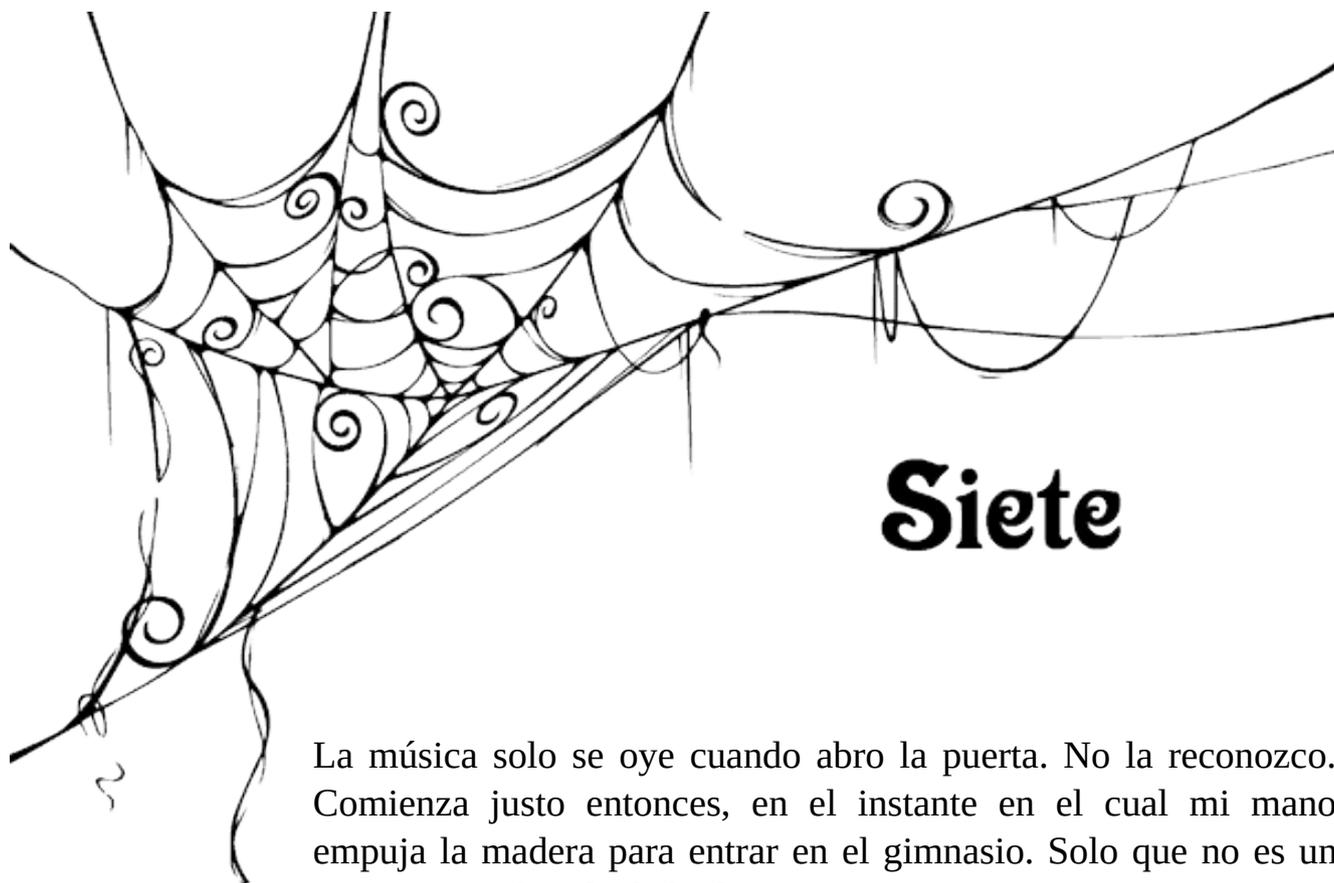
En otras circunstancias me habría sentido culpable por engañarlos así. Pero ellos me han permitido venir aquí (o mandado si saben lo que esta escuela es de verdad), así que su parte de culpa tienen si les miento. O quizá hasta me estén probando, como hizo Víctor, para ver si merezco convertirme algún día en una poderosa hechicera. Si eso es así, el que yo me calle cosas y manipule la verdad no es menos de lo que ellos esperarían de mí. Tan solo me pregunto por qué nunca me han puesto sobre aviso.

Ojalá todo esto no fuera tan complicado.



El día transcurre muy despacio. Estoy contenta de volver a ver a mis padres pero no puedo evitar pensar que cuando se hayan ido, esta noche, tengo una cita con el chico más *sexy* del edificio. Bueno, en realidad con el único chico de todo el internado.

No hay manera de quitarme de los labios la sonrisa cada vez que pienso en él y en lo que me espera. Ni siquiera cuando estudio un rato; eso que lo que leo, teoría sobre cómo hacer hechizos, es muy interesante. Las profesoras dicen que pronto podremos lanzarlos.



Siete

La música solo se oye cuando abro la puerta. No la reconozco. Comienza justo entonces, en el instante en el cual mi mano empuja la madera para entrar en el gimnasio. Solo que no es un gimnasio: es la sala de baile.

Unos momentos antes estaba pensando en lo bonito que es el vestido violeta oscuro que, aunque a regañadientes, me ha dejado Noelia; así como que confío que él no note que me va un poco grande. De largo no, yo soy más alta. Por suerte, al ser un vestido de noche que no acaba de llegar a los tobillos, un par de centímetros menos de longitud no importan demasiado. Pero sí que podría darse cuenta de que los tirantes cruzados me caen un poco sueltos por la espalda, o que he tenido que arreglar el escote con un par de imperdibles cuidadosamente escondidos para que no se me bajara demasiado. Por decirlo de algún modo, mi amiga tiene más espalda y «personalidad» que yo.

Después, al abrir la puerta, los acordes comienzan a sonar poco a poco, rodeándome en una melodía envolvente de un grupo al cual no conozco, haciéndome olvidar del todo mi preocupación por el vestido.

No es una canción romántica, como habría apostado si me hubieran dicho que Víctor iba a esperarme con música. O, mejor dicho, a darle al *play* justo en el momento en el que yo entrara. Aunque he de reconocer que el oído no es el único de mis sentidos que se siente arrobado: mis ojos también están embelesados contemplando el gimnasio. El gimnasio... está impresionante, sin ningún tipo de colchoneta o material por los suelos. Y él... él es el chico que está en el umbral, me tiende su mano y se arreglado para mí. Rozo sus dedos, agarro su palma y entro. Piso el suelo de negras baldosas tan brillantes que parecen resplandecer. Quiero mirarlo a él pero, como el plato más dulce, me lo reservo para el final. Así que mis ojos están recorriendo las paredes justo cuando una voz femenina comienza a acompañar a los

instrumentos de la canción. Son impresionantes, no sé por qué no me he dado cuenta antes; quizá porque no lo tenía delante a él. Él... Víctor, con un jersey y pantalones de tela negros, que me mira como si no hubiera nada más que mereciera la pena observar, como si pudiera absorber cada uno de mis movimientos con esos ojos azul hielo. Yo me derribo, se me escapa mi admiración por su físico en un silencioso suspiro. A la melodía se le ha unido ahora una voz masculina. Los rectángulos de espejo, esos mismos que con sus tres metros de altura llegan hasta el techo, nos rodean, dan forma a la inmensa sala poligonal que en la que estamos. En el centro veo una mesa con lo que en mi imaginación es «el pícnic» tapado y velas. Velas, como las que nos rodean por el suelo, por todas partes, como estrellas brillando en medio de la noche absoluta que simulan las baldosas. Y él me sostiene la mirada, sujeta con delicada presión mi mano y me arrastra hacia dentro. Aunque el inglés se me da bastante bien, no acabo de distinguir lo que dicen los cantantes. Tan solo alguna palabra, como noche, dedos, cielo, sangre, divino, besos y muerte. Estoy hechizada, lo confieso, hechizada por lo que me he encontrado, por la sala, las velas, la música, la sensación de estar andando por un firmamento estrellado... y por él. Él, que está más arrebatador que nunca, cuyos labios se acercan a los míos mientras tira de su mano para atraerme hacia sí. Y de los míos ya no se escapa ni un suspiro. Me dejo llevar, le dejo hacer. Su palma acaricia mi espalda de manera leve antes de pararse bajo mi hombro para guiarme en el baile. Sus ojos abandonan los míos para concentrarse en mi boca. Como en trance, comienzo a girar bajo la guía de sus brazos y sus pies. Le sigo mirando, fijamente, y veo cómo sus labios se curvan en una mueca indefinida que no sé por qué me resulta peligrosa, *sexy* e invitadora y dulce a la vez. Nos deslizamos por la pista de baile, esquivando con gracia las velas. Es entonces, justo cuando la canción está acabando para dejar sitio a otra con el mismo toque de oscuridad, sin ni siquiera susurrarme unas palabras, cuando me besa.

En ese momento comienza la sensación de poder, de energía fluyendo hacia mí, mientras mi cabeza da vueltas por la suave presión de su boca. Sin dejar de bailar, su aliento sigue entremezclándose con el mío. El tiempo pasa, no sabría decir cuánto. Tan solo que, por muy cliché que sea, si he muerto esto debe ser el cielo. Pero no uno luminoso y radiante sino el de la cara más seductora y nocturna de la luna.

—Estás preciosa —me dice cuando finalmente se separa de mí, sujetándome por los hombros y sin dejar de mirarme.

—Gracias.

Es todo lo que atino a decir. Desde luego que pienso ahorrarme el «y tú también» de rigor. Además, sigo atontada. Esta noche podría jurar que hay magia y no solo la que yo soy capaz de convocar.

—Vamos, espero que hayas venido con hambre. —Me coge de la mano y tira de ella—. La cocinera nos ha preparado un montón de cena.

Lo sigo hasta la mesa, recreándome en la cálida temperatura de su mano. Sé que debe estar a más de cuarenta grados, pero es que yo, desde que lo he besado, también

estoy ardiendo: es el poder. Las emociones que se me desatan al estar así con Víctor me hacen acumular energía y eso acelera nuestro metabolismo (¿quién dijo que no servía para nada lo que se aprendía en clase?).

—¿Qué canción era la de antes, la primera?

La música no ha parado, pero de algún modo su volumen ha bajado porque ahora es sencillo hablar. No veo el aparato de música ni el mando, así que imagino que Víctor debe de haberlo hecho de un modo mucho menos convencional. Ya NADA que tenga que ver con él me puede sorprender.

—*This night*, de Autumn. ¿Te ha gustado?

Asiento con la cabeza.

—Me lo imaginaba. —Sonríe y yo también.

Tras mover mi silla para que me siente en lo que es un gesto anticuado que no me esperaba, él hace lo mismo y comienza a destapar fuentes. El aroma de la carne especiada con verduras me hace la boca agua, huele genial. Comenzamos a comer en silencio, compenetrados por los momentos que acabamos de compartir.

—Hay algo que quiero decirte, preciosa.

Su voz ya no es burlona, hace mucho que no lo es. Sigue siendo arrogante pero ahora es muy dulce y cargada de sentimiento, como si lo que fuera a decirme fuese importante. Me estremezco; noto cómo sus ojos siguen el leve temblor que mi movimiento transmite al escote de mi vestido.

—Dime.

—Te dije que era un Astaquin, ¿verdad?

—Sí.

—Verás, en mi raza, tu raza, estamos destinados a unirnos con alguien muy especial y no romper ese voto de confianza y amor jamás.

Su mano cruza para coger la mía, acariciar mi dorso con sus dedos. Noto la suave caricia como un cosquilleo chispeante. No sé por qué miro al lejano techo donde se reflejan las llamas de las velas como diminutas y titilantes estrellas. Siento que algo importante está a punto de pasar: ¿es posible que se esté... declarando?

—Victoria... —Su voz se torna poco más que un ronroneo—. ¿Me creerás si te digo que desde el momento en que te vi supe que tú eras ese alguien que está destinado a mí?

¡Lo está diciendo! Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho.

—Víctor, yo... —No tengo muy claro cómo contestarle.

Reprimo esa parte de mí que, irracional, quiere ponerse a dar saltos de alegría como si todavía fuera una cría.

—Mírame.

Con su otra mano coge mi barbilla y la baja, para hacer que sean sus ojos y no el techo lo que yo observe. Su azul, más que un lago helado, parece el de un iceberg solitario, vulnerable, que con mis palabras podría hundir bajo las aguas para siempre, como si yo tuviera el poder de apagar esos sentimientos que están vibrando en su

mirada y volver a dejarlo tan estéril como el invierno.

Uf, deliro. Está claro que cualquier cosa antes de asumir que me está diciendo que me ama.

—Victoria, te parecerá una tontería pero me gustas muchísimo, tanto que siento algo muy profundo por ti. ¿Puedes decirme si me lo imagino cuando te beso y tus labios, el poder que te recorre, me dicen que sientes lo mismo?

Este sería el momento perfecto para echarme a correr pero no lo hago. Mi corazón sigue batiendo records de velocidad, latiendo más rápido que nunca y yo, como en un sueño, me oigo contestarle.

—Sí, siento lo mismo.

Sin acercárame ni un milímetro, sin relajar su tensión ante mi respuesta, me sigue preguntando, como si esta otra pregunta también fuera de vital importancia para él.

—¿Y comprendes que pertenecemos a una raza superior, a una donde la magia es un don natural, a una donde yo estoy deseando poder presentarte algún día como mi pareja?

—Sí.

Ya no hay más dudas, no más remordimientos tontos. Le contesto que sí, él sonrío y me besa otra vez. Me pierdo en el dulce ardor de sus labios, en su aliento, su aroma, la cálida cercanía de su cuerpo. Pese a la embriagadora sensación de su beso mi mente está clara. Por primera vez desde que he llegado aquí, sé cuál es mi sitio. Mi destino es destacar a su lado. Tengo poderes que no tienen la mayoría de las demás chicas. No pasa nada si yo llevo un broche con una mariposa y me siento en una mesa privilegiada en el comedor, no he de sentirme culpable por ello. No sé por qué todo esto me hacía sentir mal o por qué no me gustaba la orientación moral de las profesoras de este internado. Ya no voy a avergonzarme más de ser así, superior. Es mi esencia, está en mí, es lo que soy.



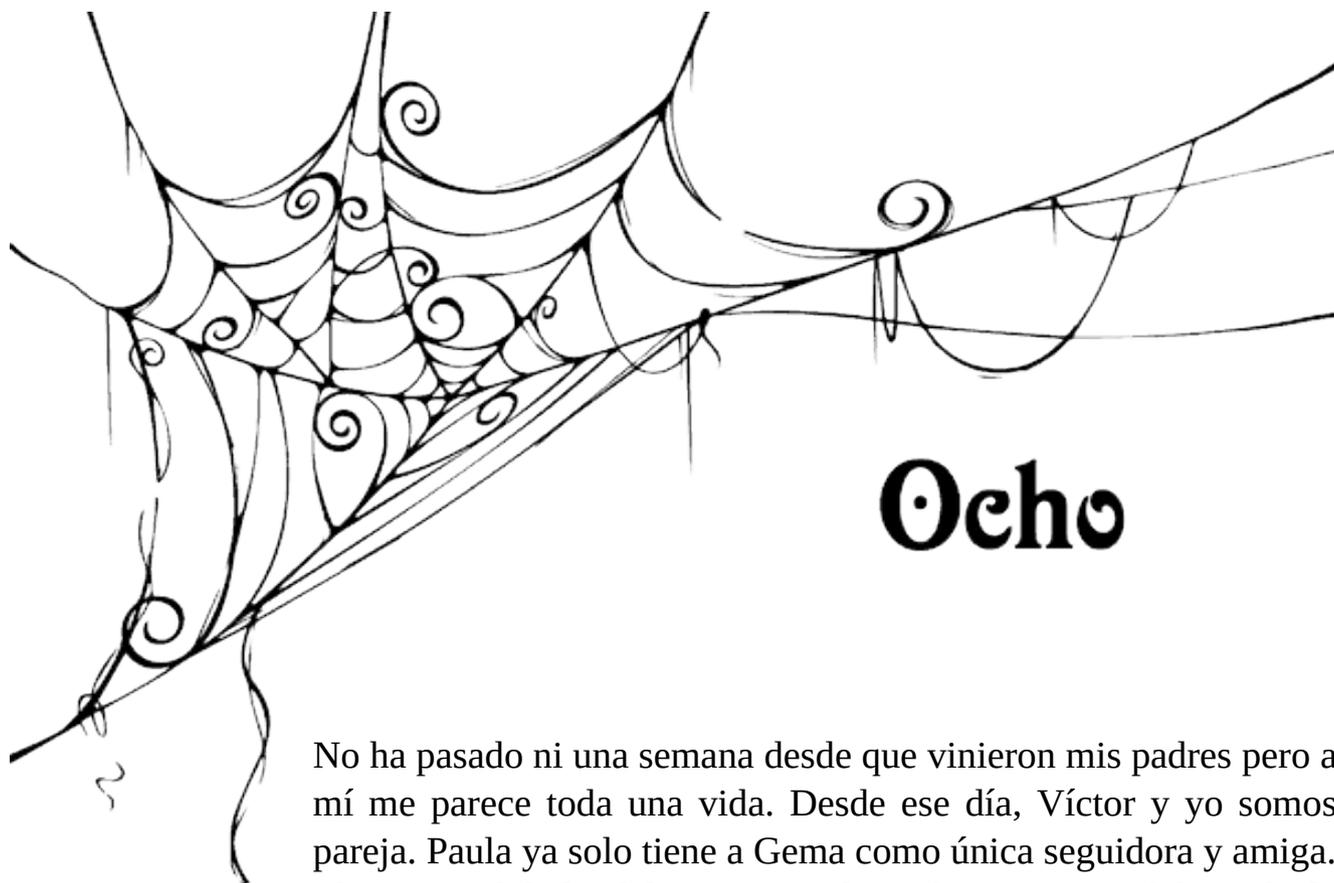
No es hasta mucho después, cuando estoy de vuelta en mi habitación, arropada por las sábanas y rememorando la cálida fuerza de sus brazos, que no me doy cuenta. Se me ha olvidado preguntarle más sobre eso de la raza, sobre el papel de un Astaquin o el de una matrona. Sé algo por sociología, pero muy poco. Da igual, ya lo descubriré. Bostezo y recupero la ensoñación de sus besos. Poco a poco me voy sumiendo en un dulce sueño. Siento que he encontrado mi sitio en el mundo, el de ser una poderosa hechicera a su lado y me encanta. Ignoro la respiración de Paula en la cama de al lado, pausada. Esa chica lo tiene claro si se piensa que le voy a dejar seguir llevando el liderazgo de las demás durante mucho tiempo más. Ha llegado la hora de tomar mi lugar.



Extracto del Periódico de Aragón, dos días después de la visita de los padres de Victoria al internado:

Debido a los sucesos acaecidos durante el temporal de nieve, doce familias retiran a sus hijas del internado Broto. No quieren que sigan en un centro donde no hay las suficientes medidas de seguridad como para impedir que ocurran accidentes. Ninguno ha puesto denuncia; si bien comentan que iban a hacerlo pero que cambiaron de opinión tras hablar con la directora Eloísa Niven. Esta les informó de que los meteorólogos no previeron el súbito cambio de las condiciones meteorológicas. En palabras de la directora:

«Es una tragedia lo que ha ocurrido pero el centro no tiene la culpa. Personalmente, me alegro de que la mayoría de los padres que pensaban retirar a sus hijas no lo hayan hecho, así como que no se haya ido ninguna de las chicas que más destacan académicamente y se integran en el centro».



Ocho

No ha pasado ni una semana desde que vinieron mis padres pero a mí me parece toda una vida. Desde ese día, Víctor y yo somos pareja. Paula ya solo tiene a Gema como única seguidora y amiga. El verme al lado del que ya todas saben que es el hijo de la directora ha sido como el espadazo definitivo, ese que me ha otorgado el estatus que me merezco. Recuerdo que fue un momento inolvidable, cuando aparecimos al día siguiente de la mano poco antes de que yo entrara a clase. Su actitud parecía decir «solo ella es digna de mí», su beso en el pasillo dejó a todo el mundo claro que estamos juntos. Me he llevado el premio gordo porque en mí la magia es más fuerte pero estoy convencida de que no es solo por eso: él de verdad está comenzando a sentir algo por mí.

Cómo he cambiado... de jovencita que se ruborizaba ante la insinuación de un beso a novia del chico más atractivo que haya visto jamás. Noto que Paula está verde de envidia. Que se aguante, no será porque no me deba varias juntas; quizá debería devolverle el detallito de la fuente, mas por ahora le perdono la vida.

—Te lo mereces. —Las palabras de Víctor me sacan de mi ensoñación diurna.

Estamos andando en silencio por los jardines, de vuelta de un pequeño paseo para que Bella cazara un poco. Hace días que no nieva aunque todavía hace mucho frío y el agua de la cascada sigue helada. El cielo, por suerte, está despejado. El sol no consigue calentar mucho pero al menos no hay nubes.

Al hablar, pienso que mi chico me conoce tan bien que a veces parece que pueda leerme la mente. Sé que no puede, que no está entre sus poderes. Él es más bien una especie de guerrero cuya fuerza y otras habilidades físicas puede potenciar mediante la magia. Lo que hace es leer mis expresiones como si yo fuera un libro abierto para él.

—¿El qué, el qué me merezco? —Le sonrío.

—Todo lo bueno que te está pasando, Victoria.

Ya no me llama «cosita». Es una pena, me había acabado gustando el deje entre burlón y protector con el que lo decía. Tampoco «Tory»; me asegura que es demasiado informal para alguien con un potencial como el mío. A veces, mientras nos besamos, me susurra que su propia madre tiene envidia del enorme poder que tengo. Dice que yo puedo ser una Convocadora de Portales, que es uno de los mayores rangos que se pueden dar a una hechicera. De ahí los broches del primer día. En historia nos han explicado que las mariposas son las brujas más prometedoras, aquellas que podrían tener latente en su interior a una Convocadora de Portales. La directora ostenta ese rango, es una matrona poderosa dentro de la sociedad arcana. Pero yo... Víctor me cuenta que quizá pueda hacerlo sola, sin ayuda de otras hechiceras en un complicado ritual. Tan solo hay algo superior al poder que permite abrir puertas a otros mundos, y es el de llamar y controlar a los espíritus de los caídos de nuestra raza, dándoles cuerpos de otras dimensiones para que los posean. Y como ese no lo ha tenido nadie desde las grandes guerras, ser una Convocadora de Portales es el mayor honor que se puede ostentar.

—Tú eres lo bueno que me está pasando —le respondo melosa mientras la tierra helada cruje bajo mis pies.

A veces todavía no me creo que alguien tan hermoso pueda ser mío.

—Eso también. —Lo escucho reír—. Pero me refería a que el respeto de tus compañeras es lo menos de que te deben ofrecer. Disfrútalo, preciosa, porque tendrás más muy pronto.

Estamos cerca de la entrada del edificio, a donde nos ha llevado el final de nuestro paseo. Sus muros ya no me parecen una amenaza, más bien observadores que esperan algo de mí a la vez que aprueban mis actos. Cruzamos la puerta principal y vamos al comedor a cenar. Ahora él se sienta en mi mesa. No entiendo muy bien la razón, pero el día después de nuestra cita en el salón de baile Eloísa anunció que su hijo estaba en el internado y que comería con nosotras, sentado en la mesa más especial. Trama algo, lo sé; pero como yo parezco encajar en ello no me preocupo. Como dice Víctor, me limito a disfrutar de los privilegios que se me ofrecen. Es justo, al fin y al cabo he triunfado en un examen donde suspender podía ser la muerte. La mesa de las mariposas, mi sitio en primera fila en las clases especiales, la deferencia que ahora muestran hacia mí todas las profesoras menos la directora... me parecen correctos. Cuando me gradúe ocuparé un lugar importante entre los míos.

No es que sepa mucho sobre «los míos», aquí la información va tan con cuentagotas que tienes que buscarte la vida, pero sí lo suficiente como para saber que me gustan.

—Victoria... ¡te estábamos esperando! Me encanta el vestido que llevas hoy.

Las chicas de mi mesa me saludan. Son falsas en muchas cosas, pero reconocen mi superioridad. Bueno, no todas; Paula parece una amargada con su cara verde de envidia y rencor, sentada todo lo erguida que puede en su silla y sin dirigirme más

que una breve mirada. Para lo que le va a servir... las demás la ignoran, la aíslan, porque recuerdan lo que ha pasado entre nosotras y dejarla de lado es su manera de pedirme perdón.

—Gracias. Chicas, estad atentas. Hoy tenemos una sorpresita.

—¿Sí?

—Sí, Eloísa va a anunciar un baile oficial de etiqueta para estas navidades. Con chicos. Ya se han mandado las invitaciones.

No me aguanto. Me lo ha contado Víctor hace un rato y tengo que decirlo. No es que necesite reafirmar mi posición, pero me gusta hacerlo.

—Guau, ¡tú sí que te enteras de todo!

—¿Un baile de etiqueta?

—¿Con chicos aquí? ¡Ya era hora!

Comienzan a hablar todas a la vez; menos la garza, claro. Víctor no dice nada, se limita a mirarme enarcando una ceja, como diciéndome «sabía que no te aguantarías». Le doy un toque juguetón con mi pie por debajo de la mesa. Nuestras miradas se cruzan y mi temperatura aumenta. Aparto los ojos con desgana, es una pena que no estemos solos ahora mismo para poder besarlo.

—Sí, de etiqueta y con chicos. Hijos de familias importantes, ya sabemos todas cómo funcionan las relaciones públicas de su madre.

Señalo hacia mi chico. No es ningún secreto entre nosotras, las iniciadas, que Eloísa utiliza el internado como un centro para mantener y expandir su red de contactos entre los humanos con posiciones más importantes. Es una mujer inteligente, la admiro, siempre tejiendo con cuidado todos sus pasos de tal manera que nadie escapa a su influencia. Ni yo, ya que estamos. Sonrío. Se me ocurren destinos peores que haberme ganado el afecto de su hijo.

—¡Tendré que revisar mi armario! No sé cuál de mis vestidos de noche ponerme. ¿Cómo va a ser el tuyo, Victoria?

—Como si tuviera algo apropiado... —Oigo susurrar entre dientes a Paula, lo cual provoca que todas la miren mal.

—Por supuesto que lo tengo, pero no pienso desvelarlo. Prefiero que sea una sorpresa —miento descaradamente mientras le envío toda mi mala leche en una oleada de poder.

No sé qué se cree esa idiota, todavía atreviéndose a soltar alguna frasecita de las suyas de vez en cuando. Noto que se estremece. Bien, me tiene miedo, no es mal sentimiento para una antigua rival. Y digo antigua porque ahora no me llega ni a la suela de mis zapatos.

Nadie duda que tenga algo fabuloso el baile. Ni siquiera parece importarles que mezcle ropa normal para imitar el modo en el que ellas combinan. Al fin y al cabo, qué más da que mis prendas no sean de marca cuando las llevo yo, la chica con más poder del instituto. Aunque eso sí, necesitaré un buen vestido y no pienso volver a pedirle nada a Noelia. Apenas le he saludado estos días; paso de que se me vea

relacionándome con las que más que hechiceras parecen humanas.

Continúo comiendo, con mi mejor sonrisa. Disfruto de cada bocado de la comida, de las miradas que cruzo con Víctor, de la admiración de las mariposas... Y, sobre todo, con el silencio amargado de la garza.



—Victoria, ¿qué tal, hija? —suenan la voz de mi madre al otro lado de la línea telefónica.

—Bien...

—Me alegra que nos llames, así te doy un recado.

—¿Un recado? —me extraño, sentada en la salita del teléfono.

—Sí, Ana te envía recuerdos. Dice que le gustaría que la llamas más a menudo.

Ana... me he olvidado por completo de ella estos días. Han pasado demasiadas cosas, es como si aquella ya no fuera mi vida, como si mi mejor amiga perteneciera al pasado de otra persona. Por un instante me asalta una leve sensación de culpa; la aparto, ahora ella tiene a María y yo a Víctor y a la magia.

—De acuerdo, madre.

—¿La llamarás, verdad? Dice que parece que te hayas olvidado de ella últimamente, que cuando te llama nunca consigue localizarte. Y que tampoco te encuentra por internet.

Qué razón tiene... también en lo de olvidado. De acuerdo, tengo que llamarla un día de estos; aunque no sé para qué porque no voy a poder contarle nada. Lo cual me plantea un bonito dilema: ¿cómo puede ser mi mejor amiga una chica con la que no puedo sincerarme?

—Sí, lo haré.

—Otra cosa, cielo, hace un rato hemos hablado con tu tutora.

¡Pues menos mal que soy yo la que ha llamado...! Frunzo los labios, irónica. A este paso no voy a poder pedirle nunca el vestido.

—¿Y?

—Dice que es normal que no quieras hablar de las muertes de tus compañeras y que una psicóloga os está viendo a todas para asegurarse de que lo asimiláis bien, sin traumas futuros y esas cosas. Vamos, que no tengo nada por lo que preocuparme.

—Sí, eso es —miento descaradamente, sin ni siquiera pestañear desconcertada ante la nueva artimaña de Eloísa.

¿Una psicóloga? Esta sí que es buena. Menos mal que aquí la enseñan a una a reaccionar con rapidez y me he dado cuenta de cómo lo disfraza todo la directora.

—Bueno... —duda—, yo quería saber si estás bien.

—Claro, madre. —Me río de manera suave para tranquilizarla—. Eso ya pasó. Fue una tragedia pero yo sigo viva y bueno, las clases y la vida continúan.

—¿Quieres que vayamos a verte para las vacaciones de navidad? Están bastante cerca.

—¡Pero madre!, ¡si vinisteis hace nada! —protesto—. Demasiado viaje para una noche.

—No nos importa hacerlo, ya lo sabes.

—Bueno, hacer lo que queráis. Si venís, ¿me podéis traer un vestido? Es para una fiesta de gala que va a haber.

—Ah... así que para eso me llamabas...

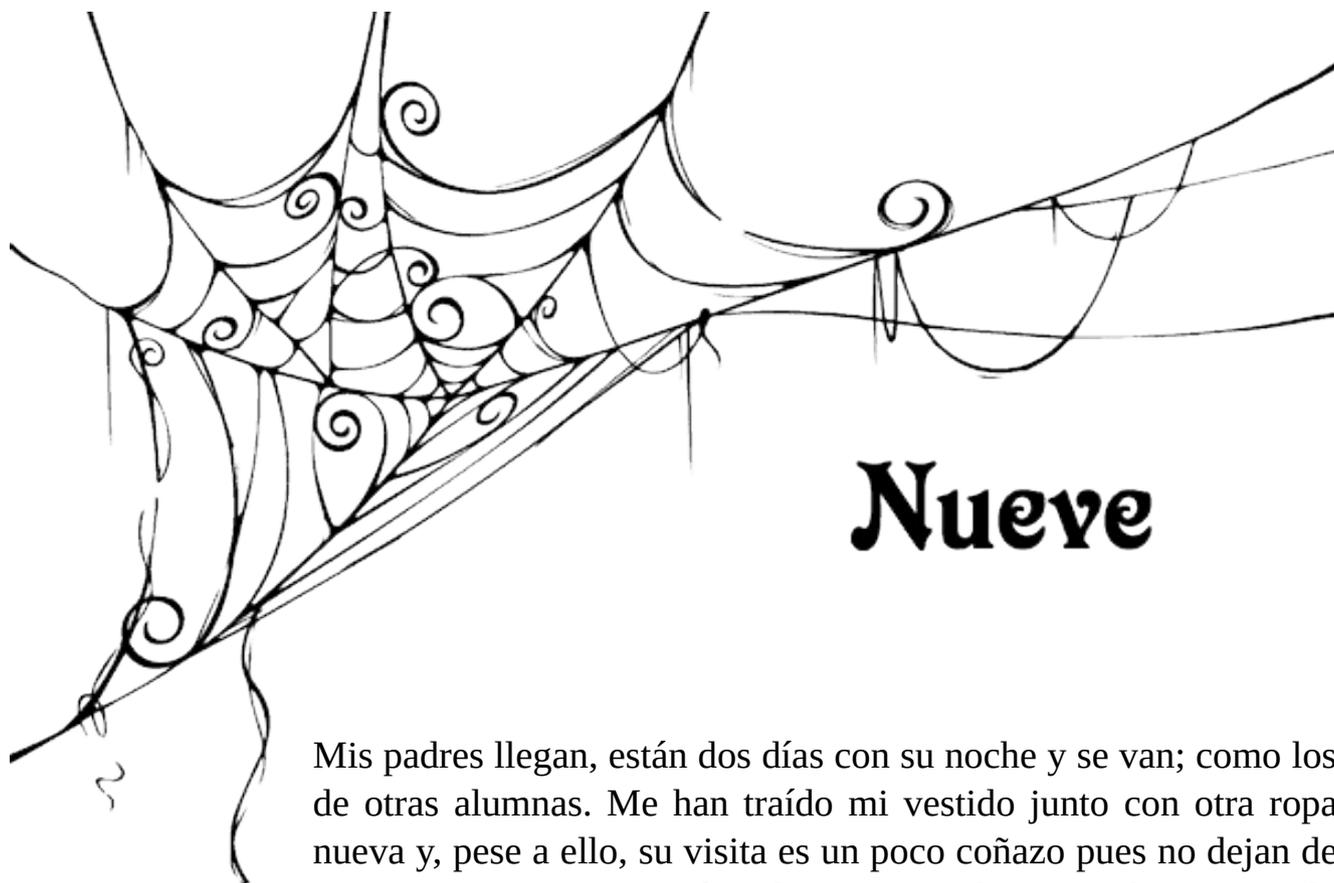
—Oh, vamos, mamá, ¡sabes que no es cierto!

Hay que ver con qué facilidad hago algo que no hacía antes: mentir, disfrazar la verdad.

—Claro que lo sé, solo bromeaba. Anda, dime.

Antes habría sido así pero ahora... tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que llamar a mi madre tan solo por el placer de escuchar su voz. Me lleva un rato conseguir que acceda a comprarme uno de los vestidos que he visto por Internet. De hecho, no consigo el que más me gusta, ni el segundo, ni el tercero. Demasiado caros. En fin, mi cuarta opción tampoco está tan mal. Es lo suficientemente cara como para que nadie se atreva a dudar de mi derecho al liderazgo de las mariposas. Conseguirlo me cuesta un montón de promesas de seguir estudiando mucho y un montón de «te quiero». Llegará un día en el que no dependeré de ellos para tener lo que deseo, en el que podré ponerme todo lo que quiera sin reparar en el dinero. ¡Qué ganas tengo de acceder a todo ese poder y a la posición social que conlleva! De todos modos, si no llevo el vestido más bonito, seguro que sí el collar; porque pienso lucir al descubierto el que me prestó el chico del BMW Z4. Tras despedirme de ellos y colgar el teléfono, considero si llamar a Ana. Debería hacerlo... ¡las narices! Ya me he cansado de hacer lo que se supone que debo. Me levanto de mi asiento y salgo de la salita. Ya la llamaré cuando me apetezca, no porque ella me lo diga. Ahora que recuerdo... cuando nos despedimos le dije que me podría venir a ver en Navidades. Me encojo de hombros. Si mis padres no me lo han dicho es porque ella no se habrá atrevido a pedirles que la lleven. ¿Querrá que la llame para eso? Paso. Ya va a ser bastante complicado ser la mejor de la fiesta sin una amiga normalita y sin poderes que sea como lastre a mi lado.

No me doy cuenta, no lo hago, de la espiral de estupidez por la que cada vez asciendo más peldaños hacia arriba.



Nueve

Mis padres llegan, están dos días con su noche y se van; como los de otras alumnas. Me han traído mi vestido junto con otra ropa nueva y, pese a ello, su visita es un poco coñazo pues no dejan de mirarme con preocupación y hasta me sueltan que ahora tengo la cabeza ocupada por cosas superfluas, como estar guapa. No sé cómo consigo callarme y no responderles con sarcasmo. En vez de eso, soy inteligente y los tranquilizo, sobre todo cuando comienzan a insinuar que quizá debería volver con ellos a Zaragoza y a mi viejo instituto. Les reitero que aquí estoy genial, que estoy sacando todo sobresalientes, que no se preocupen. La directora, que parece tener un sexto sentido, los cita el segundo día de su estancia para hablarles de mi evolución. No sé qué ocurre entre esas paredes de su despacho, pero cuando salen han cambiado del todo, como si tenerme en este centro fuera un motivo de orgullo para ellos. Algo parecido pasa con Gema, cuyos padres habían venido descaradamente a llevársela y deciden dejarla en la escuela tras ir a formalizar el asunto con Eloísa. Otras alumnas sí se van, claro. Pero yo sé cuáles son: las que sobran, aquellas del grupo no iniciado que cada vez lo hacen peor. No puedo evitar sentir cada vez más admiración por la madre de mi chico.

Y por fin, después de esos días veinticuatro y veinticinco llenos de la presencia de los padres, de las comidas y actos organizados para ellos, llega el fin de año, el treinta y uno de diciembre, la noche del baile. Aquella que llevo un par de semanas esperando.



Negro, ceñido como una segunda piel, largo hasta la mitad de mis tacones, suave

como el terciopelo y escotado... así es el vestido con el que entro yo con paso firme. Mi colgante, que amenaza con perderse en la V de tela negra que realza mi escote, atrae las pocas miradas que no se pierden en mi nuevo estilo y descaro. Porque no es la prenda en sí, sino la actitud con la que lo llevo: por fin he reconocido mi lugar, el que me corresponde. Ellas, mis compañeras, se me acercan para saludarme.

Primero es una de las antiguas seguidoras de Paula, de las que ahora me pelotean a mí. Luego dos alumnas de primero y poco a poco, en un goteo constante, todas las chicas menos las dos parias van fluyendo hacia mí, para decirme que estoy perfecta, que siempre debería haber vestido así. Si alguna se asombra al principio, el respeto y el miedo enseguida borran esa expresión de su cara; incluso las que han olvidado lo que está pasando en este internado se ven subyugadas por el aura de poder que me rodea y se me acercan. Me siento pletórica, como una diosa a la que adorar o una reina a la que rendir tributo. Estoy en lo más alto de esa sensación ególatra y extasiada cuando mi mirada se topa con el broche perfecto para este momento: los ojos de Víctor.

Sus ojos me recorren, parecen deleitarse en cada centímetro oculto e insinuado por la tela. Sus ojos se estrechan un instante al mirar a la gema que cae entre mis senos. Le sonrío provocadora. Me contesta con una curvatura de sus labios y viene decidido hacia mí. Yo solo tengo ojos para él, que aparta a todas en su impaciencia por estar a mi lado. Entonces, me sobresalta la voz de Eloísa. La directora se debe haber acercado sin que me dé cuenta, porque está a mi derecha y mirándome con sorpresa.

—Vaya, vaya... así que nuestra pequeña estudiante es más de lo que aparenta...

Sus palabras me estremecen, sus ojos están clavados irónicos en mi colgante. Se pierde en la multitud antes de que pueda contestarle. Elimino la extraña reacción de la directora de mi mente, pues él ya ha llegado junto a mí y mi corazón, como siempre, late más fuerte ante su presencia.

—¿Bailas, preciosa?

Su voz es hipnótica, suave, acariciadora... parece recorrer mi columna como el roce de una pluma. Y el sol... el día de radiante verano se vislumbra otra vez al fundirme en su mirada. Sus ojos lo son todo, apenas me percato de lo buenísimo que está vestido de etiqueta. Una camisa blanca y una americana rojo borgoña es todo lo que mis pupilas captan, entregadas como están a los lagos helados de sus iris, esos que parecen estar derritiéndose por mí mientras me tiende la mano.

Su mano.

La tomo sin dejar de mirarlo a los ojos y al instante me veo atraída hacia él, pegada contra su cuerpo que huele tan bien y guiada hacia la pista de baile en lo que parece un vals.

—Estás guapísima.

Su mano suelta por un instante mi cintura para acariciar la gema de mi colgante. Noto cómo esta se calienta.

—Cosita... siempre he sabido que en ti hay mucho más de lo que aparentas pero... ¿esto? Me sorprendes. Te preguntaría si lo has robado pero prefiero reservarme la sorpresa.

No entiendo qué pasa con mi collar. Primero su madre y ahora él. ¿Es que se parece a alguna joya antigua de su familia o algo así?

—Víctor, ¿a qué te refieres?

Me sonrío burlón.

—Vamos, Victoria, no me tomes por tonto. ¿O es que no recuerdas quién te dije que soy?

Bufo. Así no voy a llegar a ninguna parte y no me apetece quedar como una idiota por no saber a qué se refiere. ¿Qué tiene que ver un collar con los Astaquin? Decido cambiar de tema.

—Esta sala de baile... la noto distinta a otras habitaciones, es como si el mismo aire crepitara. Dime, ¿tiene algún tipo de poder especial?

—Muy bien, cosita, vas aprendiendo —me susurra al oído y yo me estremezco—. Es la sala de rituales.

Vuelve a mirarme a los ojos, sus labios cerca de los míos y sus manos ciñendo mi cintura. Me muero por besarlo. Lo hago, al fin y al cabo es mi novio. Durante unos segundos, los cuales para mí discurren lentos, rozando lo eterno, me muevo por la pista fundida en sus brazos. Respiramos a la par, nos movemos siendo uno, bailamos como si la misma esencia de la música nos animara a no separarnos jamás, el guiándome y yo siguiéndole como si llevara haciéndolo toda la vida. Pasa en un suspiro, siento la sonrisa en su boca y me aparto unos centímetros para poder observarla. Me encantaría deslizar mis dedos por ella. Sin embargo, apenas he separado mis labios de los suyos, mi cuerpo todavía estremecido por el contacto y el deseo que me despierta, cuando noto que él se pone tenso de repente.

—Ahora me toca a mí, ¿me permites?

Esa voz...

Suena a mis espaldas y veo por la mirada de mi Víctor que le está hablando a él, que alguien desea bailar conmigo. Los ojos de mi chico se han vuelto duros, de un hielo tan afilado que podría quemarte tan solo con rozarlo. Me gusta. No deseo que me ceda ni que sea amable cuando le piden que se aparte de mi lado.

—Me parece que no soy yo quien debe decidir eso, sino Victoria.

—Disculpa. —Una mano se posa en mi espalda; me giro—. Victoria, ¿me concedes el honor de un baile?

Y allí está él: el chico rubio, el del coche. Me está mirando con una sonrisa abierta y simpática, sin el más mínimo resto de burla o ironía en sus palabras anticuadas. Es como si de verdad para él fuera un privilegio poder bailar conmigo. Es guapo, tanto como lo recordaba o más. Por un momento, mi pecho se eleva con el deseo de hablar con él, de conocerlo mejor; lo desecho en el acto: yo estoy con Víctor. Así que abro la boca para decirle que no. Entonces noto (siento más bien) la

presencia complacida de mi chico a mis espaldas y cambio de opinión. No me apetece ponérselo tan fácil: que esta noche se gane mis besos. Muevo la cabeza con coquetería y sonrío a Gabriel.

—Claro —le digo—, ¿por qué no?

Cojo la mano que él me tiende y doy un par de pasos sobre mis tacones hasta quedar cerca de su cuerpo y posar mi mano en su hombro. Él me coge por la cintura. Miro a Víctor de reojo, lo veo mirarme divertido. Hmm... ¿no he logrado ponerlo ni un poco celoso? Me pego algo más al rubio mientras comenzamos a movernos al ritmo de la balada lenta que suena.

—Juegas a un juego peligroso, señorita —me dice mientras su mano se ciñe en mi cintura—. Pero no por bailar tan cerca de mí, sino por estar enseñando ese colgante.

—Me lo prestaste... ¿lo quieres ya de vuelta?

No le estoy haciendo mucho caso, todos mis sentidos están con Víctor.

—No. Es tuyo, lo necesitas.

Entonces me separa, agarra mis dedos y me hace dar un giro. A continuación me dirige hacia el centro de la pista de baile, donde nos perdemos en la multitud y me tiende algo que, por llevar en la mano que sujetaba mi espalda, yo no había visto.

—Ten, es tu chal. Lo he cogido de la silla donde lo habías dejado. Póntelo y tapa la joya. Hazme caso.

Me está mirando muy serio. Parece realmente preocupado por algo, por mí. Esto es muy raro, pero ante la inquietud de esos ojos siento el anhelo de perderme con él en la pista hasta que acabe la música. ¡Tonterías!, me reprendo a mí misma. Solo estoy bailando con él para poner celoso a Víctor.

—Si quieres te la devuelvo, pero no voy a tapparla, no me hace falta. Dudo que nadie se atreva a robármela —me río.

Él me ignora y, sin dejar de bailar, me lo coloca sobre los hombros, lo arrolla a mi cuello y tapa así la joya. Sus dedos rozan mi piel cuando lo hace; me estremezco, sobre todo cuando la tela cae sobre mi escote. La piedra parece arder en esos instantes.

—Esto es serio, Victoria, no es un juego.

Me mira a los ojos cuando me lo dice y hay algo en su expresión que me devuelve a la realidad, como si yo no fuera una estudiante privilegiada en un centro donde eso se premia.

—¿Sabes quién soy? —No sé qué instinto me lleva a preguntarle eso.

—Sí. Nos veremos pronto y te lo contaré todo. Por cierto... bailas muy bien. — Me sonrío con picardía.

No me deja ni contestarle. Separa sus brazos de mí y el aire de la sala, denso y cálido, se cuela más entre nosotros. Me hace una inclinación de cabeza y se va. Me lo quedo mirando con ganas de morderme el labio, apreciativa; pues si el rubio es guapo de cara, de espaldas está también muy, muy bueno.

Y entonces lo noto: Víctor me está mirando y es como si su poder, su aura,

crepitara. Mm... sonrío y olvido al chico del colgante. Me parece que esta noche va a ser movidita de un modo... apasionado.

—Demasiados chicos nuevos hay por aquí, ¿no crees? —me susurra al oído una vez estoy otra vez entre sus brazos siguiendo la música.

—¿Celoso? —bromeo.

—Qué va. —Su mentira no suena convincente; me siento bien porque eso demuestra que le importo—. Además, todos estos solo han venido invitados por mi madre a la fiesta. Se irán en un par de días.

—Pueden ser unos días muy largos... —ronroneo burlona.

Sus manos se ciñen con más fuerza en mi cintura y sus ojos me miran muy serios. Siento como si el velo de la realidad se desgarrara y solo estuviéramos él y yo en la sala. Mi corazón se acelera.

—De eso nada. Eres mía.

«Y tú eres mío», pienso aunque no me atrevo a decírselo. Es el chico más guapo e increíble que hay aquí y ni siquiera se da cuenta de que solo quería darle celos. Sonrío satisfecha. La mirada de Eloísa me devuelve al baile. Está mirando otra vez mi colgante, o más bien al chal que ahora lo oculta. Una parte de mí quiere preocuparse por eso, pero el resto está demasiado extasiado por una noche redonda sintiendo la música en los brazos de Víctor, por saber que ninguna de las chicas que me rodean puede siquiera intentar hacerme sombra.

Poder... lo siento a cada caricia de sus manos sobre mi espalda, a cada latido de mi pecho, a cada sonrisa de sus labios.

Poder... todo mío. Como a Víctor, no pienso soltarlo.



Entrada del diario de Victoria Escartín:

Hmmmm, él es perfecto... ¡Cómo está! Y le gusto yo. El baile ha sido increíble, por primera vez he disfrutado de uno. En vez de quedarme apartada, mirando a las parejas moverse con la música, abrazadas, he sido yo la que estaba bailando junto a su chico. Además, todas reconocen mi valía. No está nada mal esto de tener dentro de mí un gran poder, superior al de toda las demás juntas (o al menos eso me ha susurrado Víctor). ¡Y pensar que hace unos meses me consideraba del montón!

A ver, que parecía tonta. Fue necesario que él me eligiera entre todas las chicas españolas y me recomendara para la beca. Pero no empezó todo allí, sino el día en que mis padres se conocieron. Es cuestión de genética: al menos uno de los dos ha de tener el poder, aunque no lo sepa.

Me he mirado en el espejo nada más volver del baile. Mis ojos verdes

estaban más enormes y brillantes que nunca; mi cabello castaño claro, ligeramente ondulado, parecía atrapar a la luz con sus brillos cobrizos; mis pómulos estaban encendidos todavía por la emoción de haberme escapado con él al frío, a los jardines, a besarlo; mis labios, que él llamo jugosos, daban un broche perfecto a mi rostro pese a no quedar nada del pintalabios. Y el vestido... no puedo negar que resaltaba mi tipo delgado pero con curvas donde tiene que haberlas. Me eché a reír, ¿cómo podía haberme considerado «del montón» alguna vez?

Quizá porque en mi familia nunca se le ha dado importancia al aspecto físico. Son la inteligencia y el carácter lo que mis padres me han enseñado a cultivar y apreciar. Cuando físicamente te consideras anónima la gente tiende a no mirarte dos veces. Es algo así como el caso de la típica chica feúcha que se cree súper sexy y lleva de cabeza a todos los chicos con su actitud. Pero justo al revés. Y si nadie se atreve a decir «pero si no es para tanto...» ante la fea (piensan que si todos la creen una beldad por algo será), nadie me miraba a mí dos veces.

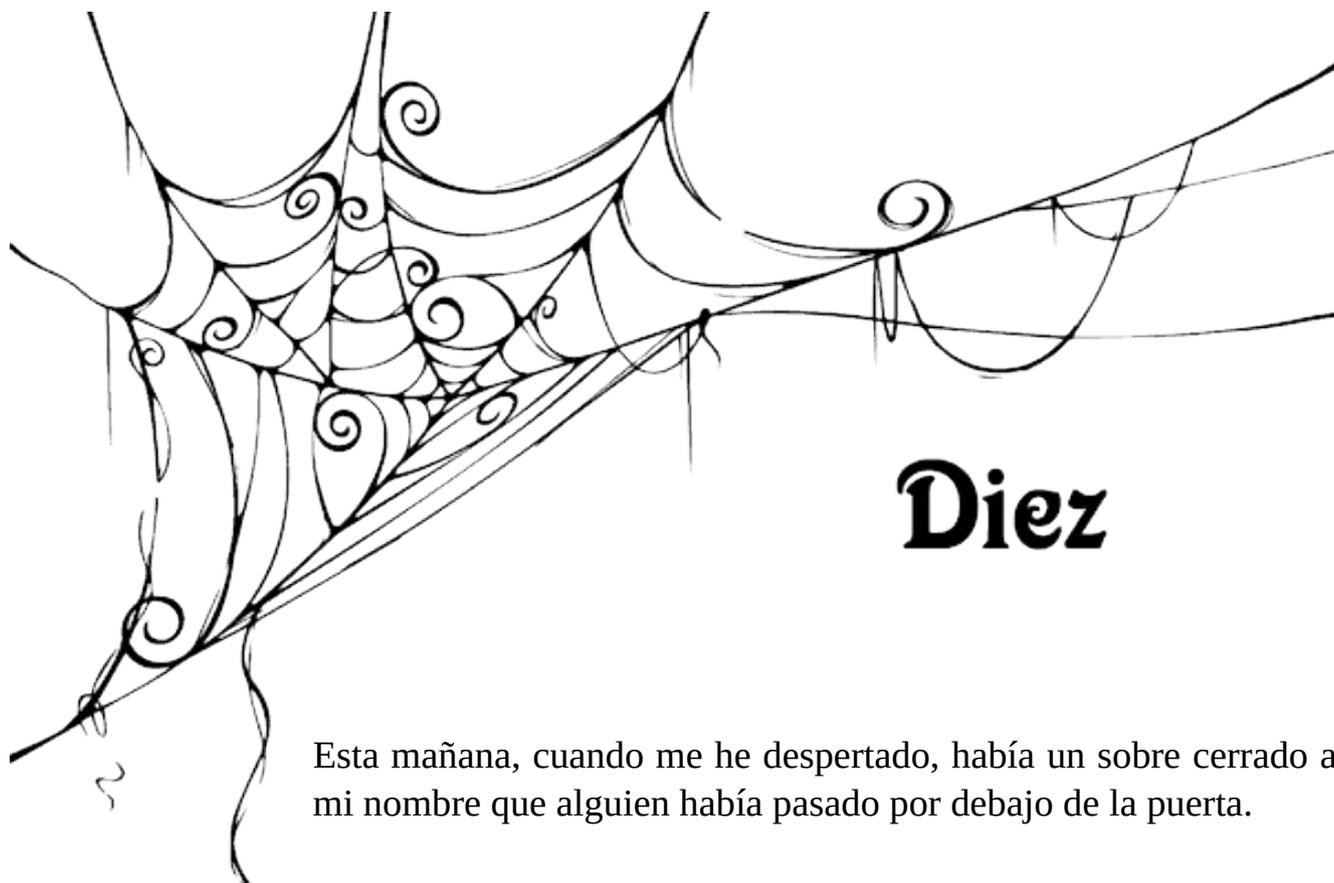
Si yo me consideraba normalita, andaba algo patosa y mirando poco más allá del suelo, como si mis caderas fueran algo ajeno a mi cuerpo (y ya no digamos mis pechos, que incómoda con su reciente desarrollo solía cubrir con la carpeta del insti) y me vestía con la ropa cómoda que todavía me elegía mi madre, ¿por qué iban los demás a mirarme dos veces para ver si, más allá de mi apariencia anodina, había algo más?

¡Por favor! Qué ridícula era...

Por eso, cuando me dieron la beca de por sentado que había sido por mi impecable expediente académico. Pero no. Fue por Víctor. Y menos mal que ya me ha entrado en la cabeza que puedo resultarle atractiva a alguien, incluso a un tío tan increíble que podría tener a quien quisiera. Pero me quiere a mí. Lo siento por ti, Paula... pero Víctor nunca ha sido tuyo.

Ni se fijaría jamás en una tía tan patética.

Además, he estado practicando en la cascada algunos hechizos del libro, eso que se supone que todavía no podemos, y he conseguido hacer que el viento juegue con el agua que cae, moviéndola como si fueran hilos de seda. Comienzo a entender la energía que me llena y dudo mucho que ninguna de mis compañeras de clase lo haya siquiera intentado. Bueno, quizá la garza, pero a ella seguro que no le ha salido nada. Lo que yo digo, Víctor no se fijaría jamás en una tía tan patética.



Diez

Esta mañana, cuando me he despertado, había un sobre cerrado a mi nombre que alguien había pasado por debajo de la puerta.

Esta tarde, a las 5:30, en las rocas.

Gabriel

¡Lo que me faltaba, el tío ese metiéndose en mi vida cuando va tan perfecta! Puede estar bueno, pero que ni sueñe que eso es una cita, porque yo estoy con Víctor.

Pero sí, estoy yendo a las rocas. Tengo un par de cosillas que aclarar con él, unas relacionadas con su colgante y eso de dármele y desaparecer.

Las rocas son eso: un conjunto de piedras. Si les hemos puesto nombre es porque están cerca, me pregunto quién le habrá hablado a Gabriel de ellas. Se ven con facilidad si sales del internado y tomas el camino que va a la cascada, el de la izquierda. Uno que por cierto llevo varios días cogiendo en mis ratos de estudio de la tarde, para practicar magia. Sé que es adelantarme a clase pero me encanta ver cómo yo sola voy siendo capaz de lanzar algún hechizo menor. En cuanto al otro sendero que puedes coger, el del bosque, es el que va hacia la derecha. Entonces, si eliges el correcto, a menos de quince minutos andando no tienen pérdida. Son unas rocas enormes, grandes y planas, que sobresalen en horizontal de la ladera de la montaña, esa misma cuyo descenso es tan empinado que casi parece un precipicio. Su cercanía, su tamaño y la vista que hay desde ellas al valle de debajo, hacen que sean un lugar perfecto para sentarse o tumbarse sobre una toalla a disfrutar del paisaje. Los Pirineos... quitan el hipo, de acuerdo. Pero lo que a mí más me gusta es saber que estoy segura sobre esa roca tan clavada en la tierra, pese a que a menos de medio metro por delante de mí la ladera se escarpe tanto que se convierta en una trampa

mortal para quien caiga por ella. Y de acuerdo, sí, la impresionante vista nevada que hay hacia abajo.

Cuando llego lo veo de espaldas, sentado con las piernas colgando por el borde de la piedra. Su pelo, que el día del coche pensé que era finísimo y que me encantaría tocarlo, se mueve despeinado con el viento. Por lo demás, lleva una cazadora marrón y se gira nada más escucharme sortear un par de aliagas cubiertas de blanco, para poder así colocar mis pies sobre la roca. Sus azul oscuro me contemplan sonrientes, como aquella otra vez. Trago saliva algo cohibida de repente. ¿Por qué ayer en el baile no me imponía su presencia? Diría que ni idea pero la respuesta viene sola a mi mente: porque ayer yo estaba donde deseaba, con mi poder resonando con el de la sala y Víctor a mis pies (por decirlo de algún modo); sin embargo ahora estoy en los últimos minutos de un día de invierno, frío, con el viento que arranca alguna lágrima a mis ojos y en medio de un paraje natural que, no sé por qué, me da a mí que mucho no me aprecia. Curioso... he pasado de sentir al edificio a sentir al monte. O esto es una de mis habilidades como hechicera o ya puedo ir ahorrando para el loquero.

—Bienvenida, Victoria. Por favor, siéntate.

Palmea con su diestra el suelo a su lado. La nieve en polvo salta ante su gesto, el cual no me hace nada de gracia.

—Gabriel... ¿así te llamas no? —Asiente—. ¿Por qué narices me diste tu colgante? ¿Y quién cojones eres?

Un taco... casi ni me reconozco al decirlo. Lo cierto es que fuera del edificio ya no me siento tan segura de mí misma.

Por toda respuesta, el chico me muestra sus palmas como pidiendo paz y me sonrío con simpatía.

—Habla —silabeo muy mosqueada.

—No te enfades, Victoria. Soy Gabriel Sefeli y créeme si te digo que necesitas la joya roja.

—¡Pero tendrás morro! —estallo—. Me abordas por la calle sin conocerme de nada y sin darme ninguna explicación me das esto. —Agarro el colgante con tanta fuerza que su calor se clava en mi palma como agujas de fuego—. ¡Esto! Que me ha quemado el pecho cuando no me lo ha dejado helado y que además ha provocado que saque... —Me muerdo la lengua; en mi furia, casi digo «mi poder»—. ¡Es igual! ¿Quién cojones eres, Gabriel Sefeli? ¿Y por qué me has dado este colgante a mí?

—Tranquila. —Sus ojos siguen sonriéndome, cálidos y amables, aunque ahora con un ligero toque de preocupación—. Entiendo que estés molesta conmigo.

—¿Molesta? —Más que decir casi muerdo.

Lo cierto es que ni yo entiendo lo repentino de mi estallido emocional. Últimamente estoy muy irritable, lo reconozco. ¡Pero qué más da si en mí reside el potencial de una poderosa hechicera!

—De acuerdo, enfadada. —Sigue sentado, sus hombros se mueven acompañando a un suspiro resignado—. Tienes tus motivos. Pero entenderás que no podía hablarte

de magia, no entonces: te habrías reído en mi cara.

Eso es cierto. Esta vez soy yo la que exhala el aire de un modo exagerado, dejando salir con él toda mi rabia. Este chico no tiene la culpa de lo que me está pasando, de los ataques que he sufrido aquí, de no haber sabido quién soy hasta hace poco. Me siento a su lado. La nieve es un cojín mullido y frío. Mis piernas cuelgan también sobre la escarpada ladera, como las suyas; al lado del impresionante paisaje y del lejano valle cientos de metros por debajo, parecen minúsculas. Inspiro profundamente y acabo de asimilar lo que me acaba de decir. Decido que lo mejor es hacerme la ingenua, porque no entiendo cómo sabe lo de la magia.

—¿Magia? —le pregunto fingiendo extrañeza.

—Vamos, yo sé qué tipo de exámenes se gastan en estos centros. No te hagas la inocente conmigo.

—De acuerdo —asiento.

Es un alivio no tener que ocultarme, poder hablar libremente.

—Victoria...

Su voz es pausada, lenta, parece que no tenga ninguna prisa por hablar. Lo noté el primer día y ahora mismo me exasperaría si no fuera porque ya me he enfadado bastante hace nada. Estoy, por decirlo de algún modo, agotada. Al menos de sentir con tanta pasión. Le escucho.

—Verás —continúa al verse dueño de mi atención—, soy el hijo del presidente de la Banca del Ebro y, como tal, he venido invitado al baile por tu directora. Los demás chicos que estaban anoche en el baile también son hijos de gente con influencias. Influencias, poder, política... de eso se trata, eso quiere Eloísa. En cuanto a mí, se supone que me iba a ir mañana, con los demás, pero voy a quedarme un tiempo. Mi padre le está poniendo un jugoso cebo a la directora para que me deje quedarme, con la excusa de estudiar botánica con la experta reconocida internacionalmente que tenéis aquí.

Atiendo cada palabra que dice. ¿La profe de biología alguien famoso? Bueno, había oído que era buena, pero no esperaba tanto. ¿Y se va a quedar? ¿Por qué? Sigo escuchando.

—Verás, mi padre quiere que me quede para, según él, ver si me entran ganas de hacer algo de provecho.

—No te desvíes, por favor. ¿Qué cebo? ¿Qué ha ofrecido tu padre a Eloísa para que te quedes?

—Dinero o votos en su asamblea, imagino. Es una banca muy importante por aquí la que él preside. En todo caso, no le he preguntado. No quiero que vea mi interés, que estoy deseando quedarme aquí.

¿Deseando quedarse aquí? La verdad es que no me importaría volver a verlo. Su pelo fino y casi blanco enmarca sus ojos, casi tapándolos. Me encantaría apartárselo.

—¿Por qué? —Alargo la mano.

—Por ti. —Me la coge antes de poder llegar a su cabello.

Su tacto es cálido, sus palabras impactan en mí haciendo que sienta algo. Algo... no sabría definirlo. Frunzo el ceño. ¿Por mí? Lo miro otra vez. Es guapo (vale, muy guapo) pero yo ya tengo novio; me da igual que se quede por mí. ¿O no? Observo sus ojos azules que me miran simpáticos, su sonrisa, la manera en la que su cabeza está ladeada hacia mí... y me estremezco. Quizá me importe un poquito. Al fin y al cabo, estoy con Víctor pero no estoy ciega. Una pena tener novio. Tiro de mi mano y la suelto.

—¿Por el colgante?

—No. Por ti. —Vuelvo a estremecerme—. El colgante te lo di para ayudarte, pero eres tú lo que me ha traído aquí.

—Cuéntame todo sobre el colgante y esa magia, por favor. Ni siquiera sé cómo encajas tú en ella.

Gabriel se aparta los mechones de los ojos y me mira con repentina seriedad.

—Victoria, estoy deseando hacerlo, pero mejor lo dejamos para otra vez. Así volveré a verte.

—¿No te irás a ir así, verdad?

Noto cómo el enfado amenaza con salir otra vez. Y no es mi culpa, es este chico que no me cuenta nada. Otra vez.

—Mañana lunes, por la tarde, a las siete aquí. Es una cita, preciosa.

Me guiña el ojo, quitando seriedad a sus palabras. Una cita... ¡ja!

—De acuerdo, pero solo porque no pienso devolverte el colgante hasta que me lo cuentes todo.

—No hay prisa, Victoria, no hay prisa.

Como en efecto no parece haberla pues sigue sentado sin moverse, soy yo la que, ante su atenta mirada, me levanto, despido con un cabeceo y me voy. Cuando llego a lo alto de la ladera miro hacia detrás. Ya no me observa. Parece estar absorto en el paisaje. Suspiro. Chicos... no hay quién los entienda.



Siguiente día. Hoy hay clase y yo me visto con la ropa nueva que me han traído mis padres. En concreto, una mini y un jersey de punto negro que me hacen parecer más delgada, además de unas botas de caña alta. En el baile ya tuve que aguantar a un corrillo de chicas actuando como ovejas bobaliconas que no hacían más que reír y asentir ante todo lo que yo decía. Pues bien, nada más pisar el aula varias de ellas se apresuran a acercármeme para hacerme saber lo bien que me queda el conjunto. Como todavía faltan unos minutos para que sea la hora y llegue la profesora, me dejo halagar. Su cháchara es estúpida pero me da poder. Y eso es ahora mismo lo que deseo: poder; ya sea mágico o sobre mis compañeras. Pero claro, la garza no puede permitir que ahora yo tenga lo que antes era suyo.

—Buenos, días, Victoria, ¿ropa nueva? —dice melosa mientras se me acerca.

—Buenos días, Paula. ¿Tú qué crees? —La miro mal.

—Que tus padres se podrían haber estirado un poco. —Acerca su mano a mi nuca y levanta el jersey en un movimiento rápido—. Mango. —Muestra la etiqueta y por el tono despectivo de su voz me imagino el teatral y perfecto frunce de ceño que debe de estar haciendo—. Te habrá mejorado un poco el gusto pero sigues yendo a tiendas baratas.

Suelta mi jersey y yo me giro. Veo cómo se encoge de hombros, disfrutando de la tensión y el silencio que acaba de crear en la clase. Bien, me ha lanzado una pelota a mi tejado pero está tonta si se cree que me voy a achicar y no contestarle. Debe ser la desesperación la que la obliga a intentar recordar a las demás que yo no pertenezco a su clase social, porque sabe perfectamente que no soy de las que se dejan pisar y ahora menos que nunca.

—Sí, Paula, son de Mango. Y, sí, Paula, mis padres no tienen tanto dinero como los tuyos pe...

—¿Es que tienen algo? —me interrumpe.

Escucho alguna risita, como si comenzara a recuperar adeptas. ¡Pero qué pena me dan! ¿Es que no ven que no son más que mera mercancía de cambio, manipulable e intercambiable?

—Poco, pero no importa. —Siguen las risas. Hago una pausa teatral con la que logro callar a todas, capturando su atención—. Porque yo tengo más poder y se trata de eso, Paula, de quién puede partirla a la otra la cara con un golpe de energía, o de a quién arrejuntarse y hacerle la pelota porque el día de mañana será una hechicera poderosa. Ya lo sabes por sociología, aquí el poder es sinónimo de posición social.

Algunas parecen ofendidas al oírse llamar pelotas pero enseguida desaparece esa emoción de sus rostros; saben que es cierto y que les irá mejor conmigo de su lado. Es una regla básica por aquí: si no eres muy poderosa, pégate a alguien que lo sea y aprovéchate de su fama. En cuanto a la garza... me está mirando con tal odio que parece que vaya a atacarme ahora mismo. ¡Y qué cojones!, lo estoy deseando.

—No eres tan buena. Pienso vencerte al final del curso.

—¿Y por qué no ahora? —Soy yo la que se burla y, considerando la cantidad de veces que ha sido al revés, me resulta muy agradable hacerlo—. Adelante, soy toda tuya. Es más, te dejo el primer golpe.

Le sonrío, dejando que el placer que me produciría darle una hostia se vea en mis ojos. Ella aparta la mirada.

—Cuando acabe el curso.

Comienza a andar, hacia su silla.

—Cobarde.

No me contesta pero creo que esto le habrá quitado las ganas de meterse conmigo para recuperar a sus antiguas admiradoras. Aunque solo sea porque me tiene miedo y ellas están riéndose de Paula sin ningún disimulo.

Me aparto un mechón de pelo detrás de la oreja, complacida, y me dirijo a mi sitio. Me encanta cómo los taconazos de mis botas nuevas hacen temblar al suelo.



—Buenos días, señoritas, hoy toca pelea.

La profesora, que acaba de entrar hace unos momentos y se ha sentado detrás de su mesa, nos mira a Paula y a mí como si supiera lo que casi acaba de ocurrir. La contemplo con curiosidad. ¿Cámaras ocultas, quizá?

—Hoy, por fin, vamos a empezar a lanzar hechizos. Espero que estéis preparadas.

Ninguna le contestamos. Se trata de Frederika, una mujer bastante corpulenta con la que es mejor no meterse pues, como nos ha demostrado desde que estamos en esta clase, no duda en usar su magia para poner en su lugar a cualquiera que le falte al respeto. Más aún, es tan susceptible que la utiliza incluso si lo único que hacemos es darle respuesta que no está esperando.

—Teníais como deberes memorizar unos cuántos hechizos, ¿u os habéis olvidado? Os recuerdo que un hechizo es un acto mágico para alterar la realidad. Si su objetivo es adivinar el futuro se denomina sortilegio; si busca someter la voluntad de otra persona u objeto o influir en ellos, encantamiento. Estos encantamientos pueden ser bendiciones si sirven para proteger y, cómo no, maldiciones si están hechos para hacer daño. Nosotras, por supuesto, no tenemos ningún prejuicio tonto en lanzarlas si hace falta; no van a volvernos multiplicadas por tres. —Nos sonrío, un gesto tan antinatural en su rostro que noto cómo algunas de mis compañeras se estremecen—. Aquí no hay *karma*, señoritas, ni chorradas similares que utilizan los humanos para justificar su miedo a ser fuertes. Además de los sortilegios y los encantamientos tenemos también las convocaciones y los rituales. Con las convocaciones podemos traer aquí a personas u objetos que estén en otro lugar de este plano (robos) o crearlos de la nada (apariciones). Por último tenemos los rituales, donde varias hechiceras pueden unir sus fuerzas para crear algo más grande, un hechizo más poderoso, como un portal. Pero un ritual no es solo eso, pues es el único tipo de magia donde conectamos con la naturaleza y extraemos el poder de allí en vez de nuestros propios cuerpos. Por eso, una maga poderosa puede utilizarlos en solitario, como un modo de focalizar sus fuerzas. Como ya sabéis, tenemos un nombre especial para aquellas que son capaces de abrir portales. —Me mira calculadora, como si se estuviera preguntando si de verdad yo lo seré algún día. No me achico y le devuelvo la mirada—. En todo caso, señorita Escartín, ahora vamos a practicar algunos robos, que siempre requieren menos poder que las apariciones. Esta va a ser su primera clase práctica, así que recuerden que todo lo que gasten sale de sus cuerpos y que, si se pasan, estarán enfermas en cama varios días. Bien, señorita, venga aquí.

Frederika se levanta y se coloca en la tarima que hay delante de la pizarra digital. Cuando me acerco, me indica que me quede a un metro de ella más o menos y vuelve a mirar a la clase.

—Bien, señoritas, voy a realizar un robo para que aparezcan justo sobre la cabeza de su compañera aguas fecales. Yo que ustedes no preguntaba de dónde voy a sacarlas. Ya saben que eso es irrelevante, que lo que importa es visualizarlas bien en sus mentes. Cuanto menos detalles, más fácil es que exista y aparezca. Si piden algo demasiado concreto, quizá no exista. Yo voy a centrarme en que huelan muy mal y sean muy densas. Eso... seguro que está en la entrada de alguna depuradora. —Se gira hacia mí—. En cuanto a usted, Victoria, deberá robar algo para protegerse, quizá un paraguas. Bien, comencemos.

Si me hicieran una foto ahora mismo, estoy segura de que saldría con la boca abierta o alguna otra expresión igual de gilipollas. ¡Pero es que me acabo de quedar de piedra! ¿La profesora va a tirarme mierda y pis a la cabeza y yo tengo que robar un paraguas? La miro, está comenzando a decir las palabras. ¡¡Me va a llover mierda ya!!

Cierro los ojos e instintivamente dibujo con mi mano un sello básico de protección y susurro las palabras. Al instante oigo un enorme «plof» sobre mi cabeza y lo que en mi imaginación es el ruido de algo viscoso y asqueroso cayendo y deslizándose por una superficie. Abro los ojos. No veo nada, tan solo un buen montón de una sustancia marrón y acuosa que está bajando pegado a la burbuja transparente que me rodea. Escucho gritos de asco ante el olor que eso debe tener pero que a mí, desde luego, no me llega. Oigo deshacer la convocatoria a la profesora y las aguas fecales desaparecen. Veo a todo el mundo mirándome con sorpresa, Frederika incluida.

—Señorita —me dice intentando en vano que no se note el temor en su voz—, acaba de sacar un cero. Le pedí un robo y eso es una aparición. ¿Puede por favor retirar el escudo de energía?

¿Un escudo de energía? ¿Cómo los campos de fuerza de las pelis futuristas?

Intento recordar qué he hecho. En el momento de pensar en el paraguas y convocarlo con mi voz solo podía imaginarme la mierda que estaba a punto de lloverme encima y, asqueada por la idea, me he asustado y he dibujado uno de los sellos que están cinco temas más adelante en el libro. Son de los que he estado curioseando por mi cuenta estos días; aunque no son de los que he estado practicando, ya que esos eran encantamientos sencillos. En todo caso, imagino que mi entrenamiento me ha servido de algo. En lo que leí ponía que esos sellos consumían mucho poder pero yo me siento igual de fuerte, ni siquiera un poco cansada. Eso sí... no tengo ni idea de cómo desconvocar este escudo de energía.

—Disculpe, no llegué a leer cómo se hace eso.

—Muy bien, Escartín, entonces lo haré yo por las malas.

Sus ojos me fulminan. No le gusta lo que he hecho pero no sé por qué... vamos,

no me parece que sea para tanto. Me he protegido, he seguido mi instinto, como habría hecho cualquiera. Y entonces la profesora comienza a convocar apariciones, unas fechas de fuego que vienen directas a por mí y que, ante mi atónita mirada, mi escudo absorbe sin problemas. Así como las más de doscientas que vienen detrás, entrando en esta realidad y volando desde las puntas de sus dedos.

El espectáculo es asombroso, un despliegue de poder que hace que ninguna de nosotras seamos capaces de reaccionar, que nos quedemos observándola con los ojos abiertos. Incluso yo, que debería estar indignándome, asustándome... no sé, ¡algo!, ante un ataque que si no se para cuando rompa la barrera me hará daño, me limito a ver destellar a todas esas saetas ígneas. Anonadada, las observo morir al final de su rauda carrera, impactar contra esa pared invisible que me rodea y cubrirla de brea ardiente.

Mi escudo aguanta. La lluvia de fuego cesa. Cuando la última de esas hipnóticas flechas se ha consumido contra la esfera que me protege, dirijo mi atención hacia Frederika.

La veo apoyarse en la mesa y tocarse la frente como si le doliera mucho la cabeza. Pasados un par de minutos, nos mira y nos habla. Sus palabras son muy lentas, le cuesta pronunciarlas.

—Señorita Escartín, solo tiene que repetir las palabras del hechizo pero dibujando el sello al revés.

La miro. Miro a la clase. La vuelvo a mirar a ella. Me encojo de hombros y lo hago. La esfera se desvanece. Frederika se sienta en su silla y echa un vistazo al reloj de pared con cansancio. Su espalda está algo encorvada, sus brazos caídos a ambos lados de sus costados y su ceño fruncido; de algún modo, he luchado con ella y he ganado. Pero no pienso relajarme, todavía queda más de media hora de clase.

Me está empezando a gustar mi instinto porque, por las siguientes palabras de la profesora, más me vale seguir bien alerta:

—De acuerdo. —Su voz continúa sonando falta de fuerzas pero le acompaña un deje malicioso, uno que no me gusta nada—. Señorita Martínez, suba al estrado y convoque algo que la proteja. Yo traería un muro de plomo o de hormigón si fuera usted. Señorita Escartín, comience a tirarle flechas. O reales o de fuego. Lo que pueda y sepa. Si quieren pelea, este es el momento.

Me estremezco recordando mi reciente confrontación con Paula, es un cosquilleo de placer que parece acariciar todas mis vértebras en un instante. He de reconocer que, a esa rubia engreída, le tengo más que ganas.

Pelea... flechas...

En teoría solo nos ha explicado los robos pero yo me he leído por mi cuenta las apariciones. Así que sigo un impulso y dibujo en el aire el sello adecuado a la vez que pronuncio las palabras en nuestro lenguaje de poder. Eso me cuesta unos segundos. A continuación extiendo mis dedos y dejo que de ellos salgan las saetas. Por la periferia de mi visión puedo ver que Frederika frunce más el ceño. Durante el tiempo dedicado

a un parpadeo, me pregunto si esperaba o no que lo consiguiera. Mas de inmediato esa sensación eufórica de energía vibrando en mi interior, dirigiéndose a mis manos, concentrándose y creando en la punta de mis dedos, reclama otra vez toda mi atención. Las flechas... al principio van de una en una pero, conforme voy visualizando mejor lo que deseo, encauzando ese poder que late en mi interior, comienzan a salir en grupos de tres o cuatro primero y de varias decenas después. Es... sublime, triunfal, ¡glorioso! Aunque eso sí, también es una pena porque Paula ha tenido tiempo de convocar un trozo de muro delante de ella, una pared en la cual se estrellan todas mis flechas. Lo entiendo, he tardado casi un minuto en lanzar la primera saeta; sin embargo, eso no me quita la sonrisa de la boca. Cuando me concentré, en mi mente vi las flechas hechas de aire, como si fueran mortíferos espíritus alados. En un instante, de manera natural, podría haberlas creado. Habría sido tan sencillo como lo fue hacer ese escudo. Pero Frederika me había dicho que de fuego, así que tuve que obligarme, perdí unos valiosos instantes en cambiar su elemento. Eso le dio tiempo a la garza para defenderse, de acuerdo, pero ni de broma es más poderosa que yo. Así que, sin que nada me quite la sonrisa deleitada y triunfal de los labios, la sensación de ser la mejor, el dulce trago de la venganza, continúo lanzando saetas ígneas contra el muro hasta hacerlo estallar.

Solo entonces me paro.

He de reconocer que, en estos momentos, ni siquiera he considerado la posibilidad de poder dañarla a ella o al resto de las alumnas. Que, embriagada por el poder y el deseo de resarcirme de su paliza, estas emociones han podido con todo lo demás.

El muro se fragmenta en decenas de enormes pedazos. No transcurre ni un latido. Me doy cuenta de lo que va a pasar y por un instante, en esa sonrisa que no se desdibuja, no me reconozco a mí misma.

Sin embargo...

Los pesados fragmentos de hormigón en los que he destrozado la pared están suspendidos en el aire, interrumpidas de manera súbita sus trayectorias. Un escudo de energía los rodea, evitando su impacto contra la garza y mis compañeras. Paula está agachada, en unas cuclillas que tienen pinta de ser bastante incómodas, y mirándome con cara de miedo. Frederika está de pie a mis espaldas, debe de haber generado ella el escudo. Parpadeo. Ya no sé ni si siento alivio. De repente me doy cuenta de que estoy cansada; me apetece sentarme, dormir y comer algo. Sin embargo, eso no implica que no disfrute de ver aterrorizada a esa presuntuosa, ya iba siendo hora de que entendiera que a mi lado su poder no es nada. Entonces oigo un ruido seco por detrás de mí y al instante muchos más por delante: los pesados fragmentos dejan de estar como congelados en el aire y se derrumban a plomo al suelo, eliminada su inercia hacia las alumnas, astillando las baldosas con su peso. Me giro. Creo que sé cuál ha sido el origen del primer sonido. Lo confirmo: Frederika ha caído redonda. Imagino que este último esfuerzo ha sido demasiado para ella. El silencio se adueña

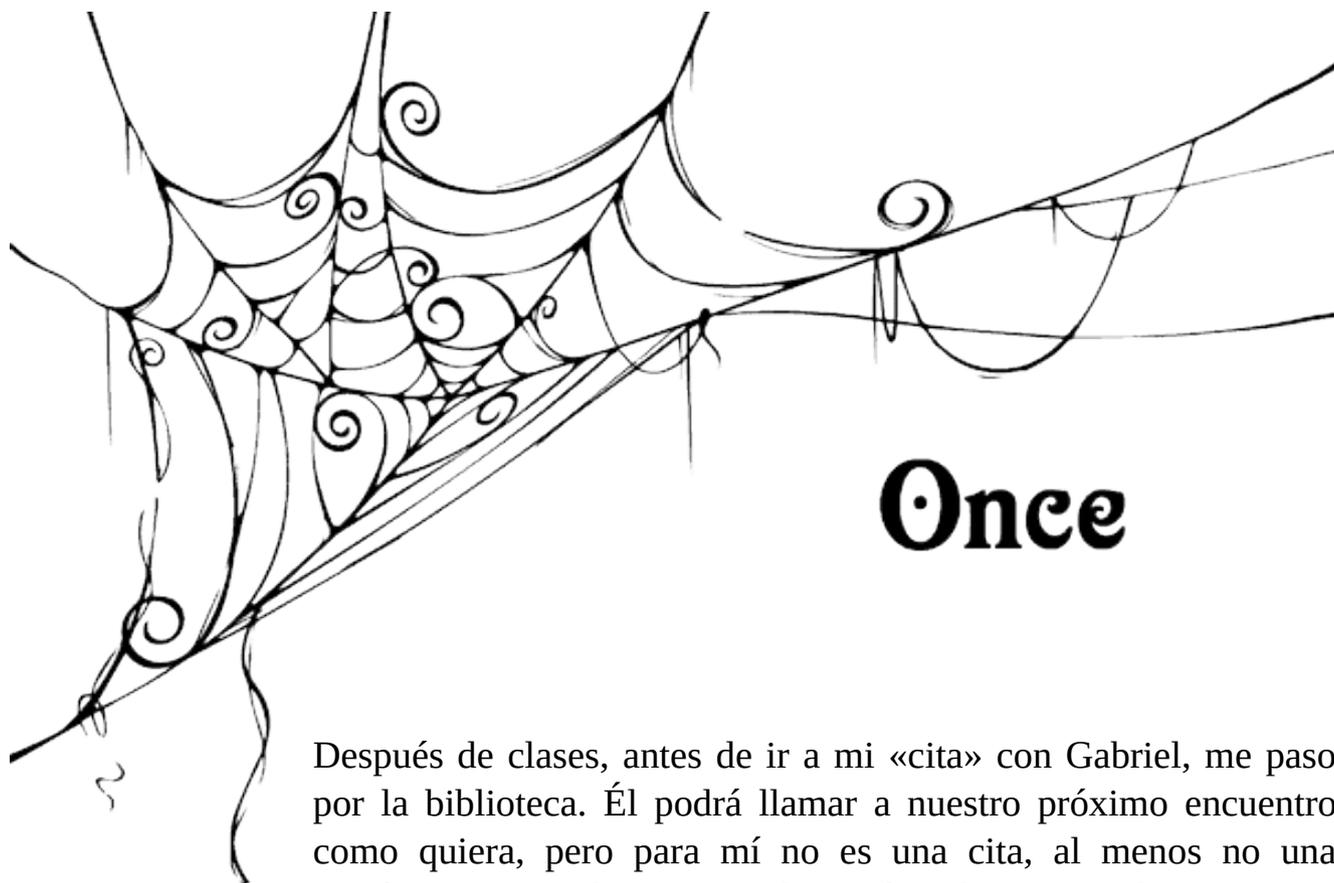
del aula, todas me miran asustadas pero al mismo tiempo esperando que yo tome el control, haga algo. De acuerdo pues, ¿por qué no? Ignoro a Paula y señalo a una de mis compañeras.

—Ve a avisar a la enfermería para que se hagan cargo de la profesora. Y por favor, que alguna levante a esa del suelo antes de que le dé un calambre. —Cabeceo hacia la garza.

Aparte de un vacilante inicio de crueles risitas contra Paula, mi taconeo al salir de clase es lo único que se oye.

¡Me encanta!

En el pasillo me cruzo con la directora, debe de venir hacia aquí. Aminoro la velocidad por si quiere preguntarme algo. Se limita a mirar el lugar bajo mi jersey donde está el colgante y enarcar una ceja. Me encojo de hombros y Eloísa pasa de largo. Yo, por mi parte, sigo caminando, orgullosa tanto de mi demostración mágica como de esa salida triunfal. Más tarde volveré a clase pero primero pienso sacarme un par de sándwiches de la máquina. Estoy muerta de hambre.



Once

Después de clases, antes de ir a mi «cita» con Gabriel, me paso por la biblioteca. Él podrá llamar a nuestro próximo encuentro como quiera, pero para mí no es una cita, al menos no una romántica: tan solo quiero saber más sobre este colgante. Y no solo sobre eso. Todavía me parece estar viendo la cara de miedo y asombro de Frederika cuando he convocado la barrera; por eso estoy camino de la biblioteca, para buscar más información sobre apariciones de la que hay en mi libro de texto.

Una vez allí, abro la puerta y entro. Es una sala de tamaño medio llena de ordenadores y *e-readers*. Si lo pienso bien, es lo que se podría esperar de un centro tan moderno como este; aunque como no se parece en nada a mi idea de lo que debería ser, la primera vez que vine pensé que me había equivocado: no estoy acostumbrada a una biblioteca sin libros de papel. Pero reconozco que es una comodidad, pues han cargado en la memoria de los *e-readers* una buena cantidad de libros tanto de lectura como de texto y, si necesitas algo más, para eso está la bibliotecaria.

La saludo con un «buenas tardes» que es más bien un movimiento de labios que una palabra audible. Desde pequeña mis padres me han enseñado a hablar en susurros en las bibliotecas. Ella me contesta con un cabeceo seco y continúa tecleando en su ordenador. Una infusión humea a su lado. Me adentro en la habitación y me dirijo hacia uno de los lectores electrónicos. La sala está vacía, tan solo hay una par de chicas que no conozco en persona y una cabeza rubia que se parece demasiado a la de Gabriel. Frunzo el ceño y lo miro. No hay duda, es él. Sonrío. Menuda sorpresa. Son las cinco treinta y ocho. Todavía faltaba más de una hora para nuestra cita.

Lo normal sería acercarme un instante a saludarlo brevemente y comenzar a estudiar pero... no deja de mirarme, de acariciarme con esos ojos amables y risueños. He de reconocer que es guapísimo. ¡Joder! Si yo no tuviera novio...

—Hola, ¿qué haces aquí?, ¿estudiando botánica? —me descubro preguntándole y sentándome a su lado.

Otra de las cosas que me encantan de esta biblioteca es que, además de las típicas mesas con sillas, está amueblada con enormes sofás de cuero con mesitas delante. Un lugar tranquilo y apetecible para sentarte a leer. En uno de ellos es donde acabo de acomodarme.

—Lo cierto es que estaba leyendo.

—¿Puedo mirar?

Ni espero su respuesta, acerco mi torso y mi cabeza para intentar averiguar qué le gusta; pero él coloca su mano en mi hombro y me para. En medio de una sonrisa apaga su *e-reader*.

—No, no, no. Lo siento, preciosa, pero te decepcionaría. No es más que una novela histórica de aventuras. No hay ni ángeles ni vampiros, ni ese romance que os gusta tanto a las chicas.

—¿De qué época? —lo sorprendo.

—Grecia.

No sé por qué pero no le pega. No lo veo ni como un filósofo ni como un guerrero de la antigüedad. Demasiado simpático, amable, no sé... bueno. Sí, me parece alguien bueno. En fin, que ni le pega blandir una espada ni ir por allí en plan de maestro. Además, el otro día me quedé con cierta impresión de él. Voy a comprobarla.

—Ayer dijiste que tu padre tenía la esperanza de que con la profe famosa, la que sabe tanto de botánica, hicieras algo de provecho. Dime: te gustan mucho las plantas y eres algo perezoso estudiando, ¿es correcto?

Lo dejo anonadado. Está claro que no se esperaba este cambio en la conversación. Cuando se recupera se echa a reír a carcajadas. Lo secundo, si su risa es contagiosa, esto mucho más. La bibliotecaria nos echa una mirada reprobadora por encima de su infusión pero no nos dice nada.

—Es muy cierto, Victoria —me aclara una vez vuelve a ser capaz de hablar, una vez que la risa ya no mueve su pecho—. Digamos que me tomé mi tiempo en acabar el bachillerato y cuando lo hice, el pasado junio, le dije a mi padre que no pensaba ir a la universidad. Al menos no todavía.

—¿Y eso?

Él está cómodo conmigo, recostado en el respaldo del sofá. Yo también lo estoy. El único problema que empaña el momento es que está buenísimo y eso hace que me sienta culpable; pues ayer me limitaba a apreciar su belleza y hoy me estoy preguntando qué pasará si lo beso, si apartará la cara o acariciará mis labios con su aliento.

—No tengo muy claro qué quiero ser. Necesito un tiempo para aclararme.

—¿Y te ha dejado así por las buenas?

—Entiéndelo, quedaría muy mal que su hijo abandonara los estudios o se

dedicara a no ir a clase y suspender todas las asignaturas. —Parece que sus palabras, lentas y deliciosas de escuchar por la simpatía que estoy empezando a pensar que es innata en él, se deslizan hacia mí como si fueran música—. Así que estoy oficialmente ayudando a mi hermano, que es periodista, para aprender del oficio. Y esto, lo de tu profesora de biología, le ha venido como caído del cielo para sobornarme. Espera que de aquí entre a la facultad.

—¿Y será así?

—Victoria... —Me mira muy serio de repente—. ¿Aún no te has dado cuenta de que si me quedo aquí es por ti?

Mi corazón parece declararse en huelga durante un doloroso segundo. ¿Por mí? Entonces sus dedos acarician mi cuello, metiéndose un poco bajo mi jersey, lo justo para tocar la cadena del colgante. ¿Por mí o por la joya roja?

Recuerdo entonces la conversación del otro día. Decido que por mí.

—¿Qué es esta piedra, Gabriel?

Sus manos no son muy cálidas pero su tacto es delicioso, electrizante. Intento que no se me noten las ganas que tengo de besarle.

—Es un amplificador y una llave. Se carga con magia y la devuelve potenciada. Además, puede abrir objetos.

—¿Objetos?

De repente ignoro la habitación en la que estoy, olvido todo, excepto que el chico del BMW Z4 está a punto de desvelarme por qué me dio el colgante.

—Los sellados con magia, como libros.

—¿Libros?

Bebo de sus palabras, las cuales me sorprenden y continúan abriéndome los ojos al mundo de la hechicería que tan nuevo es para mí y tanto me seduce...

—Los poderosos tienen potentes trampas y cerrojos guardándolos.

—Oye, el otro día me dijiste que sabías lo de los exámenes. —Vuelvo a cambiarle de tema—. Yo creo que tu gema me ayudó a salir viva, a canalizar mi energía. ¿Eso es ser un amplificador?

—Entre otras cosas. Por eso te la di, temía que te mataran en el examen.

—¿Pero cómo?, ¿cómo sabías que yo tenía poder?

—Investigando líneas de sangre antiguas y poderosas, intentando buscar a los descendientes perdidos. Y, sobre todo, porque cuando te vi se me erizó el vello, me cosquilleó la piel. Eso, Victoria, es algo que solo siento cuando me acerco a alguien con auténtico poder.

—Eso de las líneas de sangre... ¿de quién desciendo?, ¿lo saben mis padres?, ¿por qué Eloísa nos busca entre todos los demás y nos trae aquí?

Estoy demasiado ávida de conocimiento y se nota. Gabriel alarga su mano y me aparta la melena del cuello, dejándolo despejado. Sus ojos se pierden en mi piel, veo su deseo de acariciarme, quizá de besarme... Me estremezco. ¿Cómo será su aliento condensándose tan cerca de mis orejas?

—Demasiadas preguntas para una tarde, preciosa. Quizá debamos comenzar por el principio. O por tu examen; porque la joya, la llave, tomó energía de ti cada vez que te cargabas demasiado (imagino que sentirías náuseas o malestar de estómago) y después, cuando la necesitabas, te la dio multiplicada para que te soltaras, para que rompieras emergiendo como hechicera. Habrás notado que a veces está frío y a veces quema, eso tiene que ver con la energía que toma. Es un poco complejo, depende de qué tipo de poder mágico sea, de su alineación hacia la bondad o el mal. En todo caso, la gema los acepta todos. —Me acaricia el cuello como distraído por lo que me está contando; es sencillamente delicioso—. No hay demasiados colgantes como este en el mundo, créeme, son escasos y guardados con cuidado por sus dueños. Este es mío, me lo legó mi abuelo, pero yo quería ayudarte. En realidad, espero que tú puedas ayudarme a mí, como una especie de favor a cambio de habértelo prestado.

Así que esas teníamos... Sus dedos se han parado y se alejan, como dándose cuenta de que me han tocado. Yo me siento muy culpable en ese momento, es como si él mismo se hubiera pillado acariciándome. Como tengo novio, esa súbita comprensión y disculpa que leo en sus ojos azules me hace sentir mal. Suspiro. No puedo olvidar que me acaba de decir que me dio el colgante porque esperaba obtener algo de mí.

—No pasa nada. Entiendo que algo tan poderoso no se presta así como así. Habría sido bonito que lo hicieras para salvarme pero vamos, si ni me conocías... entiendo que tuvieras algún propósito para hacerlo.

—Victoria, perdóname. —Su mirada se vuelve brumosa como si estuviera preocupado por haberme podido molestar—. Entiende que no te conocía, que yo buscaba a alguna alumna capaz de entrar en esta escuela para darle el colgante. ¿De verdad desearías que te lo hubiera dado porque eres especial?

¡Ay!, ¿pero qué le he dicho? Que hubiera sido bonito... Me recrimino y me entran ganas de retractarme de mis palabras. Pero es cierto, este chico tiene algo que me hace tener un no sé... un anhelo en el pecho o algo así, la necesidad de que me lo haya dado porque yo significo mucho para él.

Me río.

Me río y él me mira extrañado.

¿Seré boba? Primero: tengo al chico más guapo y sexy del mundo como novio. Segundo: soy muy poderosa, tanto que es probable que hubiera podido sobrevivir al examen sin ayuda de la joya. Y tercero: este tío YA está colgado por mí, lo noto, y se va a joder porque yo soy de Víctor.

—¿Te ocurre algo?

—Nada, que eso de que habría sido bonito no era más que una manera de hablar, una estupidez. Anda, Gabriel, dime de una vez qué quieres de mí.

Sus ojos se nublan más; se nota que no le ha gustado escuchar que me retracto de mis palabras. En todo caso, aprieta con fuerza los labios y por fin se decide a contestarme. Me inclino un poco hacia él, para escucharle mejor, sin perder la medio

sonrisa burlona que esbozan mis labios.

—Tu ayuda.

¿Mi ayuda?, me extraño. Justo en ese momento, antes de que pueda contarme más, entran varias chicas a la biblioteca conversando en voz bastante elevada. La bibliotecaria les llama la atención y se disculpan. A continuación, nos ven a mí y a mi acompañante. Observo una curiosa mezcla de risas tontas y miedo. Lo primero está claro que es por Gabriel: está buenísimo. Y lo segundo... puede que no sepan quién soy yo, que no recuerden, pero algo dentro de ellas les dice que es mejor no meterse conmigo.

—¿Vamos a otro sitio? —le pregunto al chico rubio.

Estoy deseando saber más.

—Mejor nos vemos después, quiero acabar lo que estaba haciendo.

Enarco una ceja. ¿Qué podía ser tan interesante, más interesante que yo de hecho?

—Te buscaré, ¿de acuerdo?

Me sonrío con su simpatía de siempre. Tomo aire, dejo que mi curiosidad se convierta en frustración y lo exhalo disgustada.

—De acuerdo. Hasta luego.

Me levanto con brusquedad y noto cómo me sujeta por la cintura.

—No te enfades, ¿vale?

Lo miro y al verlo tan vulnerable no puedo evitar desinflarme como una boba. ¿Cómo voy a irritarme si es tan dulce?

—Vale. Nos vemos luego.

Aún no he cerrado la puerta de la biblioteca que ya escucho como las chicas están comentado si se le acercan. Pongo los ojos en blanco. Si creen que tienen algo que hacer mira que son ingenuas.



Extracto del libro de texto de 3.º de la ESO de Sociología, de las academias Niven:

La casa Niven es una de las más antiguas. Su historia se remonta a antes de las guerras y sus matronas y Astaquins son de los más poderosos que existen. De hecho, es una de las cinco casas a las que se permite buscar y reclutar hechiceras en el mundo humano. Este es el motivo por el que sus varones son tan atractivos: cuando nacen la casa entera realiza rituales para potenciar su perfección física y su carisma.

Su escudo es una bailarina ataviada con un vestido violeta, el color de la casa. Con su baile conjura, atrapa y encauza las energías mágicas y de su boca emana su poder en forma de aliento ígneo. Representa la agilidad, la belleza y el poder en bruto que son tan característicos de los Niven, ya sean varones o hembras.



Giare es el plano donde habitan las hechiceras con sus familias. Su entrada está vedada a humanos. Como antes de las guerras, cuando vivían en la Tierra, su sociedad es matriarcal. La mujer es el centro de la familia y del poder, teniendo en sus venas la magia más poderosa, aquella que se puede aunar en rituales. Controlan el tiempo, las cosechas, la salud en los partos y todas aquellas funciones que están asociadas a la prosperidad tanto de un hogar como de la raza en sí. Los hombres son los guerreros, los que las protegen para que ellas puedan realizar sus rituales, los entrenados en el arte de la guerra. Algunos de ellos, los más poderosos, tienen también magia y la usan en el combate. Sin embargo, los hombres no pueden realizar rituales, no pueden potenciar y unir su poder al de otros. Tampoco pueden lanzar hechizos que tengan que ver con la vida y la naturaleza. Su poder se centra en la modificación de su cuerpo y de sus armas para ser más letales; así como en la posibilidad de empatizar con un animal para que se convierta en su hermano de batalla.

La relación entre hechiceras y guerreros es de respeto mutuo. Ambos reconocen la valía y necesidad de la otra parte: ellas hacen que Giare sea un mundo fértil y ellos están en guardia, listos para defenderlas ante los ataques tanto de seres de otros planos como de los cazadores. Siempre apoyada su batalla cuerpo a cuerpo por la poderosa magia sobre el mundo físico de las hechiceras.

La matrona es la señora de una casa, la hechicera más poderosa y la que participa en el Consejo Regente. Hay tantas matronas como casas. Debido a la longevidad de la raza y a los rituales de magia de sangre que alargan la vida, para la esposa de un primogénito es muy difícil llegar a heredar una casa. Por ello las mejores, las más poderosas, tienen la oportunidad de independizarse y fundar su casa propia. Todas las hechiceras que se forman en una de las cinco casas que controlan las academias Niven, pueden ser reclamadas por la casa o regaladas a otras a cambio de su obediencia. Esta práctica extiende el poder de las cinco casas sobre las demás, a la vez que asegura que sean ellas las que reclamen a las neófitas más poderosas para su casa.

Las hechiceras de una casa deben estar disponibles para realizar rituales cuando su señora se lo solicite, así como para donarle energía. Esta última práctica no es muy común pues puede matar a las hechiceras; tan solo se ha utilizado en las guerras y, en los últimos siglos, para defender el acceso a Giare las contadas veces en las cuales los cazadores han estado a punto de encontrarlo.

Cuando una neófitas se convierte en hechicera, pasa a pertenecer a una de las casas, su poder queda a disposición de la matrona pero también se ve aumentado. La piedra-altar que ha sido utilizada y consagrada durante generaciones por esa casa, cede sus beneficios de aumento de la concentración y los niveles de energía a cada nuevo miembro que entra. Y al mismo tiempo, al tener un miembro más unido a dicha piedra-altar, esta aumenta su poder. Por ello, el poder de una casa está relacionado con el número de miembros que presenta.

Las hechiceras y los guerreros tienen una participación mínima en el mundo humano, lo justo para reclutar neófitas y para asegurarse de que tienen el control de altos cargos tanto políticos como religiosos o económicos. La presencia de los cazadores hace difícil algo más, pero poco a poco la red de influencias de las matronas en la Tierra es cada vez más poderosa.



Extracto del libro de texto de 3.º de la ESO de Códigos y pictogramas, de las academias Niven:

En un ritual la energía se extrae de la materia física y no del cuerpo de la hechicera. Su otra ventaja es que se pueden unir los poderes de varias hechiceras para conseguir un objetivo más ambicioso, como abrir un portal.

Un ritual se compone de seis partes:

- *La preparación, durante la cual se disponen los lugares y materiales necesarios.*

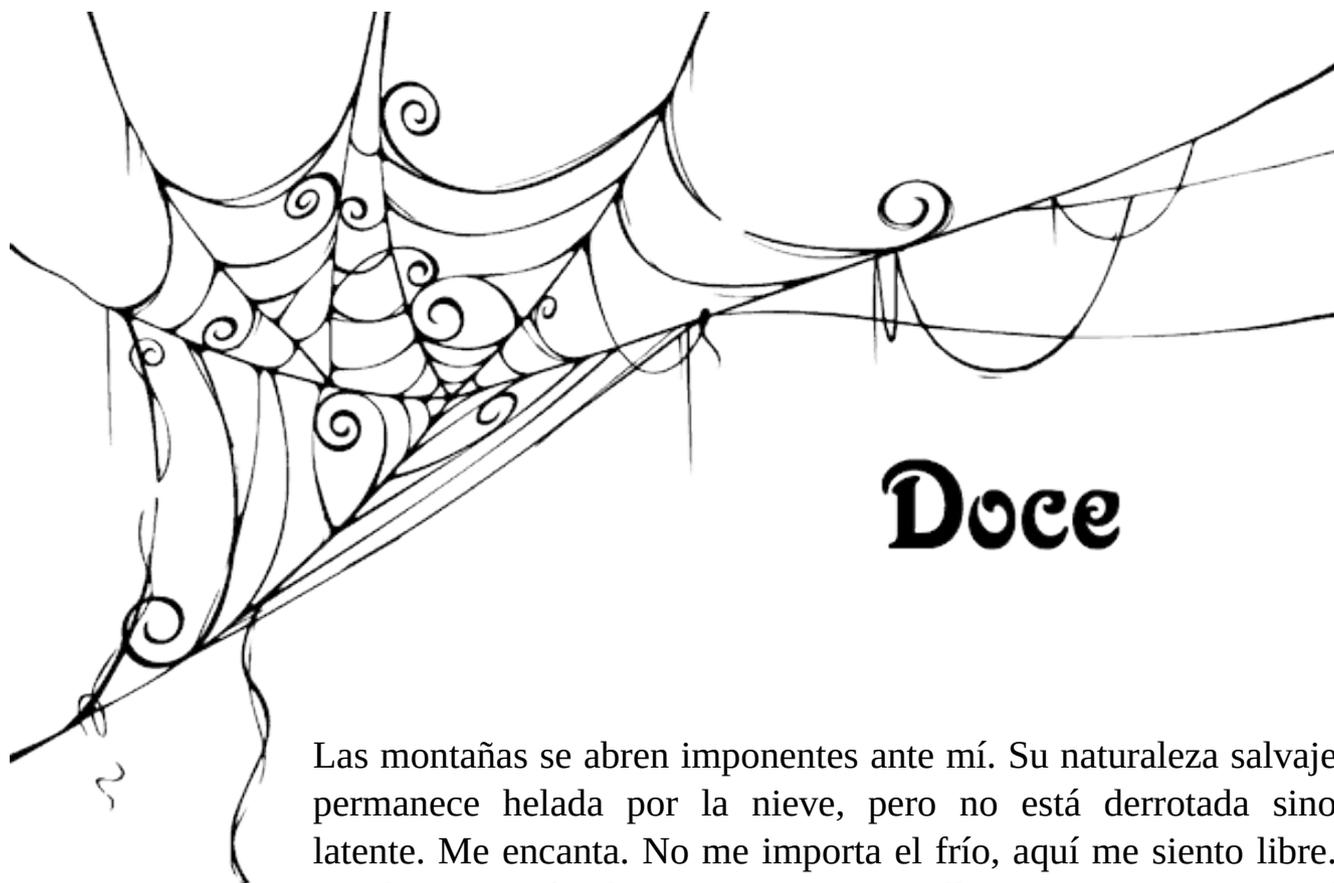
- *La apertura, que inicia el ritual avivando las energías y el poder que se han acumulado tanto en el lugar como en los materiales, produciendo un efecto de conexión entre las hechiceras.*

- *La invocación, en la cual se atrae la energía de la materia física que las rodea, que es la que habrá de llevar a cabo la magia del hechizo.*

- *La ejecución, donde se realizan los actos mágicos que constituyen el núcleo del hechizo y que pretenden modificar la realidad.*

- *El sacrificio. Es un apartado opcional, a usar solo en el caso de que el objeto del ritual sea aumentar el propio poder, tomando la energía vital de otras criaturas. Ha de ser de sangre.*

- *El cierre, el cual da solemnidad a la clausura del acto y disuelve el entorno mágico creado en la apertura.*



Doce

Las montañas se abren imponentes ante mí. Su naturaleza salvaje permanece helada por la nieve, pero no está derrotada sino latente. Me encanta. No me importa el frío, aquí me siento libre. Por la sensación de vigorizante cosquilleo que me recorre, así como por lo que he aprendido en clase, no tengo dudas de que, de un modo subconsciente, estoy extrayendo energía de las rocas, de la vegetación oculta, de la tierra, del mismo aire. Desde que estoy con Víctor me siento más a gusto dentro del internado que fuera, incluso a veces percibo que es como si ya no fuera tan bienvenida por aquí como antes, pero sigo encontrándome gloriosamente libre en medio de estas cumbres y la naturaleza me sigue rindiendo su tributo.

Me alejo del camino y me pierdo en uno de los prados nevados. Mis pies se hunden y van dejando huella. No sé por qué pero creo que me encanta el invierno.

No sé cuánto rato llevaré caminado abstraída, pensando en estos últimos días, en las cosas tan extrañas que he leído en los libros de texto, cuando lo oigo.

Sí, en los libros de texto. Soy muy curiosa y estudio más allá del tema en el que estamos. De todas las materias, no solo de la de hechizos. Así que tengo mil y una dudas. Por ejemplo, ¿qué es eso de unos cazadores?, ¿por qué las hechiceras reclutan neófitas en el mundo humano? Si soy una hechicera, ¿por qué nunca he oído hablar de ellas ni de ese plano en el que se supone que viven? Pero las profesoras nunca me contestan más que con una sonrisa enigmática o, en el mejor de los casos, animándome a seguir investigando. ¡Qué mal me sabe eso! Pero algo he descubierto por mi cuenta en la biblioteca: los otros planos son mundos independientes por sí mismos. Es como si fueran otros planetas, pero no están en esta galaxia. Tampoco son «planetas Tierra» en universos paralelos. No... Más bien existen en otras dimensiones, aunque tampoco es algo que pueda entender. He visto ecuaciones físicas, pero son demasiado complicadas. Por lo visto, algunas de esas dimensiones

son aberrantes, inconcebibles por la mente humana, y allí viven lo que solemos llamar demonios. Otras son simplemente extrañas y, las que menos, podrían pasar por un desierto o un bosque o cualquier otro sitio al que estamos acostumbrados. Un ejemplo de este último caso es el plano de las hechiceras, las cuales lo acondicionaron para que fuera lo más parecido posible a la Tierra. Y no todos esos planos presentan algún tipo de estructura sólida, como un planeta o un asteroide. Algunos están hechos tan solo de gas, otros de un líquido que parece no tener final... En fin, algo que por lo visto tiene una física tan complicada que solo se puede estudiar cuando ya eres una hechicera. Y de eso también he encontrado algo. Por lo visto, hay un ritual mediante el cual una estudiante deja de serlo y se convierte en una de ellas. La casa Niven parece ser muy importante; imagino que Eloísa estará encantada de aceptarme en ella cuando me convierta. En fin, al menos gracias a los libros de texto ya sé por qué tenemos a esa bailarina en la fuente y en el escudo. Tan solo me gustaría saber a quién representa.

—Buenos días, Victoria. Me ha costado encontrarte.

Él no es Víctor sino Gabriel. Sin embargo, también me estremezco al escuchar su voz. Lo he oído acercarse pero yo he seguido con mi lento paseo, disfrutando del aire libre; así que ha tenido que acelerar el paso para cogerme. Sonrío. He de reconocer que me encanta ser tan solicitada: hay dos chicos en la escuela y los dos me buscan a mí. Porque, lo que es mi Víctor, nunca se ha dignado acercarse a otra.

Casi me siento culpable por desear que Gabriel haga algo más que buscarme. Y no me estoy refiriendo precisamente a que me diga para qué quiere mi ayuda.

—Buenos días.

Ladeo mi cabeza para mirarlo. Se ha colocado a mi altura. Lleva su cazadora marrón del otro día y unos vaqueros. Me contengo para no intentar ver cómo le quedan.

—¿Ves cómo te he buscado? —Me sonrío, tanto con sus labios como con sus ojos—. Eso sí, me ha costado un poco: no imaginaba que ibas a alejarte tanto del internado si salías a dar un paseo.

—Me apetecía ver los árboles, aunque estén un poquito congelados. —Me encojo de hombros.

No pienso preguntarle, ya sacaré él el tema. Me ha costado un poco darme cuenta pero, de los dos que estamos aquí, no soy yo la que necesita algo del otro. Mantengo mi atención en las ramas cubiertas de escarchado blanco que hay sobre mi cabeza.

—Bueno, todo es cuestión de saber buscar.

Se agacha y escarba un poco en la nieve. Deja al descubierto una planta que parece una especie de arbusto pequeño.

—¿Ves? —me dice todavía inclinado. ¡Uf!, está buenísimo—, el invierno no es malo para las plantas, es un ciclo más. Y si esta pequeña está bien, tus árboles aún mejor.

Se incorpora y me guiña un ojo. Miro al frente. Mi antigua yo se habría puesto

colorada, la que soy ahora se limita a recordarse que tiene novio para no hacer algo de lo que arrepentirse luego.

—Lo cierto es que las plantas me fascinan desde que era muy niño. Tienen mucha fuerza, algunas crecen en circunstancias de lo más adversas y, lo mejor de todo, toman su energía del sol.

«Y yo la puedo tomar de ellas», pienso. No es por ser egoísta, pero si a mí me atrajera el estudio de los vegetales sería por eso, para averiguar cómo podría hacer yo para «cargarme» directamente del sol. Sonríó ante semejante y tonta ocurrencia. Él se me queda mirando y yo me pierdo en sus pupilas. ¡Ay! Ahogo un suspiro porque lo cierto es que por cómo me observa parece que desee recorrer esa sonrisa con sus propios labios, dejando un reguero de besos en la comisura de los míos. ¿Será posible que conectemos?

—¿Y por qué no te mientes a estudiar Biología o Ciencias Ambientales o algo que tenga que ver con las plantas?

—Porque no me apetece continuar con mis estudios, ya te lo dije. Perdí el interés, hay otras cosas que puedo hacer con mi tiempo que son mucho más productivas.

Me sigue mirando como si deseara catarme, devorarme poco a poco y con mi consentimiento.

—¿Bromeas, no? ¿Y estar aquí sí? ¿Tan buena es la profe?

—Victoria... —Ladea la cabeza y suspira; después acelera el paso—. Mejor cuéntame tú: ¿qué tal son tus profesoras?

—Psss, no sé... imagino que saben mucho y que son muy buenas a su manera. Pero yo nunca había visto un modo de enseñar como el de aquí. Es, no sé, radical. Su palabra es ley y no tienen ningún reparo en expulsar a la alumna que las desobedezca. O que no saque notas suficientemente buenas.

—Os segregan... ¿te gusta?

Ya no me mira con deseo, sino con curiosidad y algo más. ¿Me está evaluando?

—Antes no.

—¿Y ahora?

Estoy empezando a encontrarme violenta.

—Pues resulta que ahora soy una de las mejores alumnas y veo normal que no a todas se les hable de magia. Muchas no están preparadas todavía. ¿Debería verlo mal según tú? —salto a la defensiva.

Sigue andando a buen paso, a mi lado, pero yo veo claramente cómo frunce el ceño durante unos instantes. ¡Será engreído! Espero que no me esté juzgando. A continuación me sonrío, como si hubiera hallado la respuesta a algo.

—Bueno, no pasa nada. Lo que necesitas es más información. ¿Sabes que tu colgante abre libros muy interesantes? Pero no los verás en la biblioteca a la que sueles ir, sino en la prohibida.

De acuerdo, él gana. No sé para qué necesito esa información pero lo que me cuenta suena tan interesante que olvido mi irritación. Como si nunca lo hubiera

pensado, relego a algún rincón irrelevante de mi memoria el que me haya molestado que él, que no sabe nada de cómo se las gastan aquí, pueda juzgarme por aceptar el lugar que me corresponde y que me he ganado tanto en el examen como derrotando a Paula.

Sonrío al recordar la clase del otro día, la de las flechas de fuego.

—¿Me escuchas, Victoria?

—Eh... sí, perdona. Cuéntame más de esa biblioteca prohibida.

—Haré algo mejor: te acompañaré.

Me paro en seco, dubitativa. La nieve cruje bajo mis pies.

—¿Qué ocurre? —se sorprende.

—Verás, debe ser muy secreta porque nunca he oído hablar de ella. Y si Eloísa me pillara... podría expulsarme. Yo no quiero irme de aquí, ya no.

Gabriel parece que va a decir algo al oír lo de «ya no» pero se contiene. En lugar de eso, me tiende la mano.

—Vamos, te llevo ahora. No nos pillarán.

—Tendré que pensármelo, ¿vale?

Reanudo mi caminata, pero esta vez poniendo rumbo al internado y, por supuesto, paso de tomar su mano.

—De acuerdo, Victoria, avísame cuando te atrevas.

Ante eso, cualquiera pensaría que es una despedida. Pero no. Él me sigue y camina a mi lado, silencioso, haciendo que su presencia me resulte cada vez más familiar y apetecible. Me da igual. No pienso meterme en un lío que pueda hacer que me expulsen porque él quiera jugar a romper las normas. A ver, las profesoras siempre nos alientan a investigar por nuestra cuenta pero... una biblioteca prohibida es algo que, si de verdad existe, debe de ser solo para ellas. Así que dudo mucho que fueran precisamente a felicitarme si me pillaran en ella.

Cuando llegamos a la puerta del edificio, me despido de él. Ha acabado nuestro encuentro y no me ha contado más cosas sobre esa misteriosa ayuda que quiere de mí. Sin embargo, esta vez paso de preguntarle. Me he dado cuenta de que este chico habla y actúa de manera lenta, como si todo tuviera su momento y su lugar. Además, es muy capaz de contestarme que las respuestas están en esa biblioteca, así que le digo hasta luego. Tengo cosas que pensar y me apetece estar un rato a solas. Y cuando por fin lo estoy, en mi cuarto, siento su ausencia. Para desterrarla, nada mejor que recordar los besos de mi Víctor.

Ya queda menos para mañana, para mi próxima cita con él. Esta vez, una película en la sala común.



Llamo a la puerta de la habitación de Víctor. Ante su «pasa, está abierta», la empujo y

entro en el cuarto de baldosas marrones. Sigue como la otra vez, si bien ahora la cama está hecha y las converse imagino que escondidas. La jaula, al fondo, atraería mi mirada curiosa si no fuera porque tengo nada menos que a mi chico guardando una espada en el armario.

—Hola —lo saludo algo cautelosa.

¿Una espada?

—Hola, preciosa. Estaba afilándola, no te preocupes, no pensaba atacarte con ella.

Me mira algo burlón pero también con deseo. Burlón... me gusta. No querría perder esa parte suya que tanto me atraía en el pasado pese a que yo reaccionara sonrojándome o enfadándome. En cuanto al deseo, eso me halaga, sobre todo porque sé que, pese a todo mi poder, él se muere por tenerme entre sus brazos.

—¿Eres bueno usándola?

—¿Quieres una demostración?

En vez de acabar de guardarla, la saca y la empuña. Es muy larga y parece pesada. Niego con la cabeza.

—No estaría mal, pero preferiría verte usándola para defenderme.

—No vayas tan rápida, cosita, soy un Astaquin pero todavía no soy oficialmente tuyo. —Se ríe y la coloca en su sitio dentro del armario.

Lo observo, guardando mi respuesta hasta que ha cerrado la puerta y su atención es toda mía.

—¿Y cuándo lo serás? —Le miro con descaro, el mismo que imprimo a mi voz.

—Muy pronto, Victoria, muy pronto.

Se me acerca, sin dejar de mirarme. Siento cómo mi energía crepita a mi alrededor.

—Uf... preciosa, vas a tener que aprender a controlarte mejor cuando estás conmigo.

Noto que mira por el rabillo del ojo a la jaula. Las codornices están apretadas contra los barrotes, como si no se alejaran más de mí porque no pueden. Tienen miedo. La revelación me llega de golpe y me sorprende. ¿Por qué va asustarse un ave de mi poder?, ¿tanto me revoluciona cuando estoy junto a Víctor que hasta los animales lo notan?

Frunzo el ceño y él me lanza un beso irreverente con los dedos. A continuación se ríe y comienza a caminar hacia la puerta de su cuarto.

—En seguida estoy listo, pero primero tengo que cambiarle el agua a los halcones, ¿te apetece acompañarme?

—Claro.

Eso me dará tiempo para acabar de controlar mi energía. No me gusta nada el efecto de descontrol que tiene su cercanía, sobre todo cuando lo beso o pienso en hacerlo.



Subimos a la parte alta de la torre. Se trata de una habitación estrecha donde cuento cinco jaulas, cada una con un halcón diferente dentro. Observo cómo les pone agua limpia mientras les susurra palabras amables. Me apoyo en la pared, me pongo cómoda para contemplarlo. Es una faceta de mi novio que puedo ver tan pocas veces... Cuando acaba, abre una jaula y con mucho cuidado saca al ave rapaz que hay dentro. Bella (así la llama; es el halcón del otro día) está sobre su muñequera de cuero. Los dedos de su otra mano la acarician con delicadeza. Pasado un minuto, me la acerca y me dice con voz muy suave que puedo hacer lo mismo.

—¿No me atacará? —le pregunto en susurros.

—Tranquila, estoy conectado con ella a un nivel instintivo. Es mía, mi favorita, y lo sabe. Está entrenada para luchar a mi lado. No te preocupes que mientras no le hagas daño ella se quedará quieta.

Imagino que puedo confiar en él. Alargo la mano con algo de recelo. Bella clava sus pequeños y agudos ojos en mí. Sigo acercando mis dedos y rozo sus plumas; el halcón no se mueve.

—¿Los Astaquin lucháis también con animales?

—Forma parte de nuestros poderes. Tenemos una especie de empatía con los animales. Si los respetamos ellos nos dan su lealtad y nos obedecen.

—¿Y por qué un halcón? ¿Por qué no un lobo o algo más grande y fuerte?

Sigo acariciándola. Es una sensación extraña pues es un pájaro que podría arrancarme los ojos y, sin embargo, está aquí aguantando con estoicidad mis caricias.

—Me gustan los halcones. Son veloces, atacan desde aire y son unos buenos exploradores.

Víctor está muy cerca de mí, nuestros cuerpos casi en contacto. Si no fuera porque no sé cómo podría reaccionar Bella, ya le habría dado un abrazo y un buen beso.

—Suenan bien. —Le sonrío en cambio.

—Voy a guardarla, apártate un poco.

Lo hago y contemplo cómo la devuelve a su jaula. El halcón no protesta. Es muy curiosa esta magia con los animales, me pregunto si también la poseeremos las hechiceras.

—¿Las chicas también tienen esta empatía?

—No, ni siquiera todos los hombres. Solo los Astaquin. Vosotras, las hechiceras, podéis hacer rituales así que ni se te ocurra quejarte, cosita.

Ha cerrado la puerta de la jaula y se gira a mirarme. Me encanta ser el centro de su atención.

—Una pena... siempre he querido tener un perro —exagero un mohín para ver si corre a borrarlo a besos.

—Que no puedas conectar de algún modo tu mente a la suya no quiere decir que

no puedas comprarte uno cuando estés graduada. —Me guiña un ojo—. ¿Vamos?

—¿Puedo hacerte primero una pregunta?

Este es un momento tan bueno como cualquier otro para lo que tengo en mente. Una pena que mi curiosidad sea más fuerte que las ganas de abrazarlo.

—Dime.

—¿Hay una biblioteca prohibida?

Se echa a reír.

—Muy bien, preciosa, muy buena pregunta. Pero has tardado un poco más de lo que esperaba en descubrirla. Dime, ¿cómo lo has hecho?

—No pienso decírtelo.

Lo desafío con la mirada a intentar sonsacarme, precisamente para que no lo haga. No quiero hablarle de Gabriel. Vale, no hay nada entre el chico rubio y yo pero... no sé, me siento algo desleal al quedar tanto con él, es como si estuviera traicionando a Víctor aunque solo sea con mis pensamientos. En momentos como este echo de menos a una amiga; me encantaría contárselo a Ana pero ¿cómo hablarle de Víctor y Gabriel sin nombrar la magia? Se me escaparía, estoy segura, y eso es algo que no me puedo permitir.

—De acuerdo. —Me muestra las palmas en señal de paz—. Entonces, ¿quieres que te diga dónde está?

—No sé, como me pille tu madre...

—Igual te alaba, cosita, ¿lo has pensado? Esa biblioteca es un reclamo para las más poderosas. Seguro que la vigilan, pero más seguro aún que no te dirán nada por ello.

—Será si me pillan, ¿no?

Vuelvo a escuchar sus carcajadas.

—Vamos, te llevo. —Me coge de la mano y comienza a guiarme hacia la salida de la habitación.

—¡No! —protesto.

Se gira y tira más de mi brazo, atrayéndome hacia sí, haciendo que del impulso choque contra su pecho. A continuación me rodea con los suyos, dejando su rostro a pocos milímetros del mío. Me pierdo en los lagos helados de sus ojos.

—¿Tienes miedo de ser poderosa? ¡No me vengas con esas ahora, amor!

¡Me ha llamado amor! Sea un modo de hablar o una expresión de sus sentimientos, esa palabra tiene un gran poder sobre mi corazón, que se acelera. Por unos instantes me falta el aire y tengo la imperiosa necesidad de seguir escuchándole. Aunque lo que sus labios desean decirme ya no son letras sino suspiros; su boca se acerca a los mía y Gabriel ya no existe, ni la culpabilidad por haberlo considerado atractivo. Solo vivo para Víctor. Su beso es profundo y apasionado, su cuerpo se ciñe al mío y lo presiona... y yo le respondo. Mis manos lo recorren, mi poder se aviva, la temperatura de nuestros cuerpos comienza a aumentar hasta que los halcones pían de repente. No son como las codornices de la habitación de Víctor. No se alejan de mí

pegándose contra los barrotes opuestos de su jaula. No tienen miedo. Son aves de caza, depredadoras, y ahora mismo están excitadas como si estuvieran a punto de entrar en acción, de matar y tener carne cruda entre sus garras. Jadeando, me separo de Víctor y los miro. Mis sentidos no me han engañado: están expectantes. Me pregunto si esto tendrá algo que ver con las emociones de su dueño. Vuelvo a centrar mi atención en él. Su respiración está tan agitada como la mía y me sonrío burlón.

—¿Es que no te gusta el poder, cosita?

—Vamos.

Esa es toda mi respuesta y no espera más. En ningún momento me ha soltado la mano, la cual usa para guiarme escaleras abajo. Una vez en la planta baja, me guía por el pasillo hacia el ala de las profesoras pero no llegamos a entrar, se detiene justo en la escalera de caracol que lleva a la primera planta de la parte prohibida del edificio. A continuación, mira a su alrededor para comprobar que estamos solos y, en medio de un gesto teatral, dibuja un sello de apertura en el suelo. Al instante se oye un ruido de resorte y este comienza a deslizarse hacia abajo, dejando ver unos peldaños que descienden hacia un indeterminado y oscuro destino.

Yo había oído que las profesoras tenían una biblioteca para ellas en su ala. Lo que no imaginaba era que estuviera bajo tierra.

—¿Ves, preciosa? Hasta un niño podría hacerlo. No hay que tener magia para abrirlo, tan solo conocer el sello y trazarlo, pues es la trampilla la que está encantada. ¿Lo has memorizado?

Asiento. Lo cierto es que son varias curvas que se entrelazan simulando la silueta de la bailarina del escudo. Con todos los símbolos que llevo memorizados, este me parece hasta sencillo.

—Pues pasa, cosita. ¿O es que mi chica tiene miedo? A lo mejor tengo que cambiarte por otra...

—Ni lo sueñes, arrogante —le contesto a la vez que intento crecerme físicamente, poniéndome bien recta—. Yo soy la mejor y, además, el miedo no está en mi vocabulario.

Tras semejante vacilada que no siento (no del todo, al menos) le lanzo un beso de despedida y entro al sótano. Mi seguridad es fingida, a saber qué trampas puede haber aquí abajo: he leído algo sobre lugares mágicos prohibidos. En todo caso, él no debe notarlo; tengo que demostrarle que merezco la pena, que soy tan buena como se piensa. Parece que lo consigo, porque antes de que se cierre la trampilla le escucho decir, más para sí que para mí, que debería estarlo.

Entro.



Trece

—Agente Gutiérrez, ¿cómo lleva el caso?

—La chica se ha retractado de su declaración. Ya no afirma que fue la directora la que mató a sus compañeras; ahora se une a la versión «oficial» de que fue la tormenta. Me gustaría pedir un análisis forense de los cuerpos.

—Están enterrados, ¿de verdad cree que es necesario?

El policía deja unas carpetas llenas de fotos y papeles sobre la mesa de su superior. Lleva gafas para ver mejor de lejos, se las quita para que este pueda verle bien los ojos.

—Verá, me dieron esto como un caso de rutina pero no le encuentro el sentido. Todos los que he interrogado coinciden en que es una gran escuela y que todo es normal allí; todos dicen exactamente lo mismo. Eso es lo que me resulta raro, es como si alguien les hubiera pasado una enorme coartada y les obligara a mentir. Ahora, la chica, la sobreviviente, nos dice que si afirmó todo aquello sobre que la directora quería matarlas, debió ser por las fiebres que pilló a causa de su exposición al frío. Se muestra firme declarando que ella se perdió como sus compañeras, antes del examen. Dice que encontró el camino del bosque y lo siguió y, desde luego, que no recuerda nada de su declaración anterior, que debieron ser delirios inducidos por la fiebre.

—¿Fiebre? ¿La tenía cuándo declaró?

Su superior frunce el sueño, no le suena ese dato.

—No. Yo mismo la interrogué y estaba perfectamente. Pero el médico que la vio ha cambiado su testimonio; dice que tuvo fiebre en el hospital, mientras se recuperaba de haber estado tan cerca de morir de frío. Todo esto es muy raro. Me gustaría que se desenterraran los cadáveres de las chicas muertas, aunque solo fuera para quedarnos tranquilos.

—¿Tranquilos?

Deja de mirarlo a los ojos, Gutiérrez lo está comenzando a poner nervioso. En vez de eso, coge las fotos y las ojea. Cuerpos rotos, sin vida, congelados de jóvenes estudiantes se revelan con la descarnada lejanía que tiene para él la muerte.

—Sí. Imagine que pase algo raro y de verdad esa escuela sea alguna especie de secta satánica donde se sacrifican a las chicas en rituales.

—Gutiérrez, ¿de verdad cree la declaración de la joven sobreviviente? —Tapa otra vez las imágenes cerrando la carpeta—. Es demasiado fantasioso, ¡por favor! Esto es España, aquí no tenemos sectas de locos. Algún violador, algún traficante de drogas, pero no piradas capaces de lavar el cerebro a unas jóvenes y matarlas en una invocación al demonio. Además, yo mismo hablé con Eloísa hace unos días. Vino a verme preocupada por posibles rumores que pudieran perjudicar a su escuela. Yo no creo, para nada, que sea una bruja. Más bien parece una profesora muy consciente de su labor educativa, de la confianza que han depositado en ella los padres de sus alumnas y desea que nada de este desgraciado accidente pueda empañar el buen nombre de las instituciones Niven.

—¿Accidente?

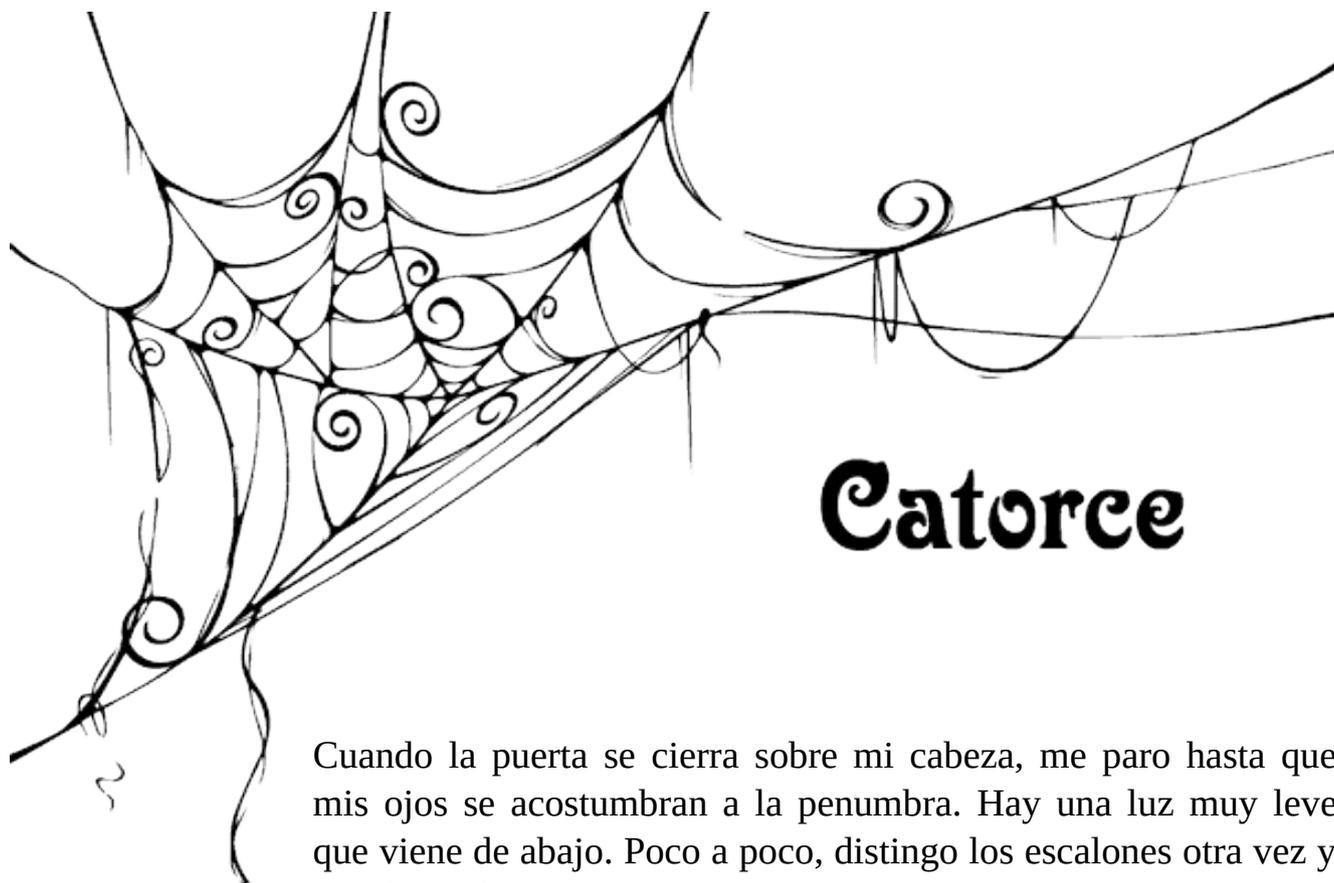
El agente acerca su mano a sus gafas y las agarra con tanta fuerza que casi las rompe.

—Así es. El caso queda archivado, por eso le he llamado.

—Señor... ¿no puede por favor darme unos días? Le prometo que encontraré algo.

—No insista. Rellene el papeleo como que fue un accidente y vaya a ayudar a Ortiz con su investigación de esos robos de coches, que se le ha complicado más de lo que parecía.

Gutiérrez lo mira, consiguiendo a base de voluntad que no se note ni su decepción ni su rabia; se pone las gafas y se despide con un seco «sí, señor». Cierra la puerta al salir, como le gusta a su superior, pero para nada ha cerrado el caso. Él fue al internado cuando la nevada y vio restos de sangre en las paredes, o juraría que eso era pues ya no estaba cuando volvió a los pocos minutos con un compañero para tomar una muestra. Está seguro de que algo raro pasa y no puede quedarse de brazos cruzados si esas jóvenes corren peligro; sus principios están por encima de su carrera. Así que piensa, aunque sea por su cuenta y en sus ratos libres, seguir investigando.



Catorce

Cuando la puerta se cierra sobre mi cabeza, me paro hasta que mis ojos se acostumbran a la penumbra. Hay una luz muy leve que viene de abajo. Poco a poco, distingo los escalones otra vez y sigo bajando.

Al final del todo (he contado ciento cuarenta y cuatro peldaños) hay una minúscula habitación, del tamaño de un armario ropero, con un umbral sin puerta el cual se abre a la sala de la que sale la escasa luz que me ha permitido vislumbrar la escalera.

Tiro un clínex con cautela. No sé casi nada de trampas mágicas; pero lo poco que he leído por mi cuenta me indica que algunas de ellas se activan al entrar un cuerpo físico en el lugar sobre el que se han lanzado.

No ocurre nada raro. El pañuelo de papel atraviesa el hueco sin problemas, cayendo con suavidad hacia el suelo. Respiro hondo y paso. Llego entera al otro lado.

Menudo otro lado...

Ante mí se abre una estancia tan enorme que las paredes se pierden entre las sombras. Cientos de velas se espacian por el suelo y por las múltiples mesas que lo ocupan. Miro hacia arriba pero no distingo el techo, la oscuridad lo oculta. Vuelvo a bajar los párpados y me centro en el suelo; este no es de baldosa como en el resto del internado, sino de piedra, una de un negro tan intenso que parece querer absorber toda traza de luminosidad que le llega. Y las paredes... puedo ver justo las pegadas al umbral de entrada, de roca con formas irregulares, como si fueran parte de una cueva. Es un contraste muy extraño con el liso pulido que hay bajo mis pies. Lo más extraño de todo, no veo ni estanterías ni libros, ya sean digitales o de papel.

Camino con cuidado, todavía no tengo muy claro que no haya trampas. Mis tacones resuenan con fuerza contra el suelo. Nerviosa, intento recordar un hechizo de silencio que leí hace unos días; uno que me pareció interesante y hasta lo practiqué un

par de veces. Cuando los movimientos y las palabras me vienen a la mente, los ejecuto. Sigo andando. No pasa nada, mis pisadas siguen escuchándose. Es como si la sala estuviera protegida contra la magia. Curiosa, pruebo a realizar un sencillo robo, uno de una linterna, y tampoco ocurre nada. Exhalo el aire que había estado conteniendo al darme cuenta de que, si yo no puedo hacer magia, es muy posible que tampoco pueda haber trampas mágicas. O eso espero. Porque no soy más que una neófita, todavía me queda mucho por aprender.

La estancia es enorme, debe de haber más de cincuenta mesas. Las velas son muchas pero están tan espaciadas que me costaría ver si no fuera porque ya me he acostumbrado a la penumbra.

Llego a una de las mesas. Es de madera, circular y bastante grande. Busco una silla para sentarme o un libro para leer mas es en vano. Así que me voy a otra mesa. Y a otra y a otra y a otra, pues son todas iguales y ninguna tiene lo que quiero. Debo pegarme horas registrando la sala a conciencia. Me duelen los pies pero yo continúo, incluso recorro las paredes con los dedos a la búsqueda de alguna estantería que no encuentro. Extrañada y cansada me siento en el suelo, apoyando mi espalda en la piedra. Me quedo mirando las velas, son hipnóticas... me pierdo en su hermoso brillo, en su titilar. Parecen estrellas, son como bellas luces de la noche, como puntos blancos en medio de la galaxia. Las contemplo absorta, como si fueran parte de una inmensidad en medio de la cual yo esté olvidada.

No sé cuánto tiempo llevo allí cuando me encuentra.

Una mano en mi hombro me sobresalta pero no consigue sacarme del vacío absoluto en el que se halla mi alma. Un «Victoria, despierta» resuena en mis oídos mientras noto cómo me zarandean. Creo escuchar un juramento y unas palabras en el idioma mágico, mi idioma. Poco a poco mi mente abandona el espacio infinito en el que estaba atrapada, abro los ojos y me encuentro donde me había sentado, en el suelo, apoyada en la pared. La diferencia es que ahora Gabriel está sujetándome por los hombros y mirándome con cara preocupada. Está tan guapo... acerco mi cara para besarle y él se aparta.

—Victoria, estás hechizada, has caído en una de las trampas que guardan esto. Despierta de una vez.

Sus ojos son cálidos, como siempre, pero no se ríen. ¿Por qué me ha rechazado? Noto cómo mi boca forma un mohín contrariado.

—Sus efectos ahora mismo son como si estuvieras borracha, acaba de despertar por favor. *Diargry faeji*.

Su voz susurra las últimas palabras y con ellas me vuelve la claridad a la mente. ¿Qué estoy haciendo? ¡Joder!, ¡que tengo novio!

—Gracias por sacarme de la trampa —le contesto algo seca.

Sé que no debería pero me siento mal conmigo misma por haber ido descaradamente a besarlo. ¿Eso haría si estuviera borracha? Almaceno la información para analizarla en otro momento y me obligo a centrarme en las trampas, que son lo

que debería ser importante (y no el que me haya rechazado. Hmm, ¿caballerosamente o porque no le gusto?).

—¿Cuántas hay? —le sigo preguntando.

Él parece algo dolido por mi frialdad y también aliviado. Imagino que la trampa debía ser poderosa.

—Bastantes, pero el que seas una de ellas te protege de casi todas. Esta te habría tenido atrapada hasta que te murieras de inanición o, lo más probable, ellas te sacaran.

—Pues menos mal que has sido tú... no me gustaría nada decepcionarlas y que me cambiaran de clase.

—¿A la de las no-iniciadas?

—Pues sí que estás informado...

—Ya ves...

Se encoge de hombros y se sienta a mi lado. Relajo mi espalda contra la pared, no parece guardarme rencor por lo de antes.

—¿Me cuentas, por favor?

Me sonrío.

—Victoria, deberías haber venido conmigo. Habría sido más seguro.

—Oye, ¿es que sabes magia? Porque me ha parecido oírte realizar un hechizo para liberarme.

—Algo. —Vuelve a encogerse de hombros—. Pero no es el momento de hablar de eso. ¿Por qué no acercas tu colgante a uno de los libros?

—¿Qué libros?

—Los que te rodean.

—Sí, claro, como que no llevo horas buscándolos —le contesto irónica.

—Victoria, cierra los ojos. —Me coge la mano, su tacto es suave, muy diferente al áspero de Víctor. Reticente, lo hago—. Eso es. Ahora piensa en el libro que te gustaría tener y ábrelos.

Al levantar los párpados, veo flotando delante de mí un tomo que parece encuadernado en cuero, con las tapas pintadas con runas de color blanco. Acercó mi mano y lo cojo. Nada lo sujetaba. Es bastante pesado, doy un respingo al notar su peso. Miro a Gabriel.

—¿Siempre tengo que cerrar los ojos? —le pregunto.

—No, basta con que imagines en tu mente lo que deseas. Un libro concreto o un tema en general, da lo mismo. La biblioteca, si lo tiene, te lo dará.

—Vaya.

Es todo lo que puedo decir ya que estoy sorprendida. Me recrimino que no se me haya ocurrido algo así a mí sola; debería haber sido evidente que hay lugares que no se rigen por las leyes físicas sino por las de la magia. Sin soltar el libro, le indico a mi acompañante que me siga y voy a una de las mesas.

—¿Y las sillas?

—¿Estas?

Hay dos justo delante de mí. Imagino quién las ha pedido (porque en esta biblioteca las convocatorias mágicas ya he visto que no sirven), le doy las gracias y me siento.

—Por cierto, ¿cómo sabías que estaba aquí?

La pregunta me viene a la cabeza mientras sujeto el libro entre mis dedos, lo giro y observo por todos los lados. Su cuero es suave, tiene pinta de ser antiguo (por suerte no huele mal) y mis manos cosquillean al tocarlo: es como si estuviera sujetando algo con mucho poder.

—Te vi paseando con Víctor y he de confesar que os seguí.

Mis manos se paran en seco. Dejo de mirar las runas blancas y me giro con brusquedad buscando sus ojos.

—¿Que tú qué?

—Dicho así sé que suena mal. No es que os espiera ni nada parecido. Os vi pasar por delante de mí y como ibais hacia el ala de las profesoras, tuve el presentimiento de que veníais aquí. Y, ¿sabes? —Su voz se tornó dolida—. Yo esperaba que confiaras más en mí. Yo no te habría dejado sola como lo hizo él.

—Víctor confía en mis capacidades y me ayuda a desarrollarlas.

—Ya lo veo. ¿Y tú haces todo lo que te dice?

Me quedo tan sorprendida ante su ironía que el libro se me escapa de las manos y cae sobre la mesa. ¿Eso son celos o me está tachando de chica sin personalidad? Lo miro mal, muy mal.

—¿Y tú te metes siempre en la vida de la gente?

Nuestros ojos se desafían. El momento se me hace interminable, es como si con mi voluntad le estuviera mandando alguna especie de ataque mental y él estuviera respondiendo con todo lo que tuviera. Al final, baja los suyos.

—Tienes razón, no es asunto mío.

—No, no lo es. Y si no te importa, tengo trabajo que hacer.

Hago un ademán señalando el libro.

—No vas a poder. No sin mi ayuda.

—Qué quieres que te diga, Gabriel, por lo menos mi novio no me subestima.

La palabra le hace temblar visiblemente. Sonríe ante lo que eso significa: tengo algún tipo de poder sobre él. Es posible que le guste o a lo mejor tan solo es que no quiere que me acerque a Víctor. En todo caso, que confíe más en mi chico que en él le duele. ¡Genial! Porque no me hace nada de gracia eso de que me haya seguido, así que ahora si quiere que yo deje de estar ofendida se lo va a tener que currar. Una parte de mí se escandaliza ante semejante actitud manipuladora pero la otra, la que está aprendiendo a moverse en los juegos de poder que estoy viendo que son las relaciones humanas, está encantada de demostrarle que no es bueno contrariarme.

—Vete, Gabriel, no te necesito.

Noto cómo se encoge. Veo que le duele mi frialdad. Mejor, así no volverá a

seguirme o a espiarnos a Víctor y a mí.

—De acuerdo, Victoria, perdóname.

Está vulnerable y adorable, con esos ojazos azules y esos mechones rubios que los enmarcan. Sus labios tiemblan un poco.

—Hasta otra ocasión, entonces. Acerca tu medallón al libro, si no, no podrás abrirlo —me informa mientras se levanta de su silla.

Sus pasos se pierden por el espacio de la biblioteca, inmenso, resonando cada vez más lejanos hasta que dejo de escucharlos. Miro hacia el umbral de salida. Ya no está, ya se ha ido. Me siento un poco vacía sin él, lo cierto es que me entraban ganas de consolarlo y decirle que le perdonaba y que se quedara; pero tengo que ser fuerte. Pienso seguir siendo la mejor alumna y eso no se consigue dejando que se tomen libertades conmigo.

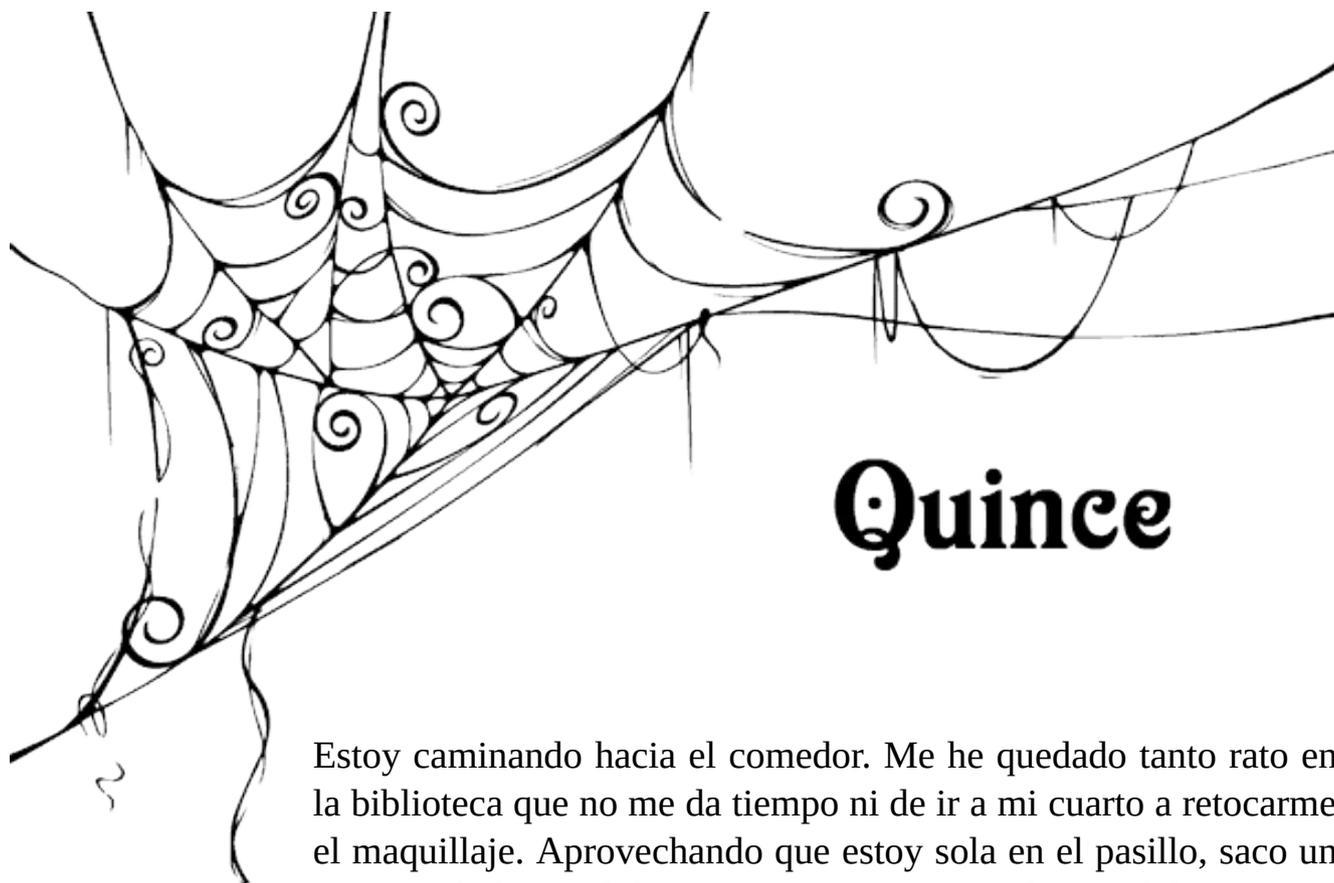
Suspiro, me masajeo un poco los hombros (demasiada tensión acumulada, me duelen) e intento abrir el libro.

En vano.

Sus tapas están como selladas. Así que vuelvo a suspirar y doy las gracias mentalmente a Gabriel; pues pobre chico, lo dura que me ha obligado a ser... A continuación, me quito el colgante y acerco la gema roja a la tapa del libro. No ocurre nada. Voy probando a tocarlo con ella y sigue sin haber cambios. Frunzo el ceño y pienso: «¿Cómo funciona todo aquí?». Me imagino al colgante como una llave y toco con él el borde del libro. Las tapas se abren de golpe, en un movimiento lento, llenando la estancia del crujido del papel y de un olor a rosas. Rosas... qué extraño. Miro el libro. Ante mí hay páginas y páginas escritas en el idioma mágico. No lo domino tan bien como para hacer una lectura fluida. Acerco la piedra y pruebo a desear que me lo traduzca, sintiendo cómo mi propia energía fluye por mis manos hacia ella, la llena y le ordena que lo haga. Funciona. De la gema sale proyectada una imagen bidimensional hacia arriba, mostrándose y ondulando las palabras en el aire que hay delante de mis ojos. Están en español. Sonrío. Imagino que podría haber hecho esto con un hechizo de traducción; los cuales, por cierto, ni siquiera los conozco. Pero así es mejor. Al fin y al cabo, algo capaz de abrir libros debe de serlo también de interpretarlos porque si no, ¿de qué me iba a servir?

Sintiéndome muy a gusto conmigo misma por haber sido capaz de hacerlo, me sumerjo en la lectura de la obra. No parece tratar sobre magia sino sobre poesía y cita a unas autoras que no me suenan de nada. Parece ser que no he pedido algo que me pueda ser útil; sin embargo es hermoso así que me quedo allí, embelesada, hasta la hora de la cena.

Otro día ya buscaré respuestas.



Quince

Estoy caminando hacia el comedor. Me he quedado tanto rato en la biblioteca que no me da tiempo ni de ir a mi cuarto a retocarme el maquillaje. Aprovechando que estoy sola en el pasillo, saco un espejito de la mochila y me pongo un poco de pintalabios en un momento. Esto era más sencillo cuando no me pintaba, pero ahora tengo una posición que ocupar y todas esas chicas tan arregladitas necesitan a una líder que se pinte y vista como ellas. ¡Pero qué tontitas son!

Sigo andando. Veo que Gema y Paula se acercan por el pasillo que comunica con las habitaciones. Las ignoro y continúo mi camino. Entonces oigo un taconeo enérgico por delante de mí. Eloísa, más alta que yo y con sus tacones de aguja, aparece al girar la esquina a la que estoy a punto de llegar. Me reconoce al verme y aminora su velocidad. Debe venir del comedor, justo a donde yo voy. Parece que va a decirme algo así que me detengo y me giro. Las dos garzas están mirando lo que hago, las veo con el rabillo del ojo.

—Buenos días, señorita Escartín. —Sus pies se detienen de manera leve al llegar donde estoy yo; su mano se dirige hacia mí, con la palma abierta—. ¿Qué tal va eso de tontear con el enemigo? —Sus dedos se enredan en la cadena de mi colgante y lo sacan de debajo de mi jersey. Estoy anonadada—. ¿No creerás que no sé a quién pertenece esta joya?

Soy incapaz de responderle. ¿Gabriel un enemigo? La directora sigue con su camino, rebasándome. Junto con sus pisadas me llegan a los oídos unas palabras que dudo mucho puedan oír Paula o Gema, pues parecen estar proyectadas allí de manera mágica, junto con un olor a rosas.

Uno como el del libro.

¿Es que sabe que he estado en su biblioteca?

—Tenga cuidado, señorita Escartín. Está entrando en un terreno muy peligroso.

Un escalofrío me recorre la columna. La directora acaba de darme un aviso, una amenaza más bien. Si la he entendido bien, es algo así como deja en paz a Gabriel, es el enemigo.

¿Enemigo? ¿¿Por qué??

Estoy dándole vueltas a la pregunta cuando escucho las irritantes risillas de Paula y Gema y las oigo comentar la jugada en voz alta, riéndose a mi costa. A veces Gema parece idiota: es la única que todavía apoya a Paula cuando las demás la han dejado de lado. ¿Es que no tiene sentido común?

—¡Qué bueno! La niña prodigio acaba de recibir una reprimenda.

—¡Lo que no habría dado por escuchar lo que le estaba diciendo Eloísa! ¿Has visto la cara tan seria que tenía?

—Por supuesto, parecía que estuviera a punto de expulsarla del internado.

Para acabar de joderla, oigo un carraspeo a mis espaldas. Me giro. Víctor está allí, no sé cuánto rato llevará pero seguro que ha escuchado el cachondeo que se llevan esas dos. ¿Se creen que porque la directora me haya dado un toque ya pueden ser mejores que yo? Mi poder crepita conforme me voy enfadando. Víctor me sonríe y me señala hacia esas dos, que pavoneándose están a punto de llegar a la puerta del comedor.

Asiento con la cabeza y susurro un hechizo de robo al tiempo que dibujo el sello en el aire. Las dos rubias están entrando al salón. Lo último que veo es la espalda desnuda de Gema. Es una pena no saber proyectar palabras a los oídos todavía, porque en los suyos pondría algo así como «la próxima vez que me ataques, asegúrate de que esté débil de verdad».

Tiro al suelo la ropa que he convocado, la que cubría a esa de cintura para arriba (ya me puedo lavar bien las manos), y me acerco a mi chico. ¿Sabrá lo de la amenaza de su madre? Sus ojos me miran con deleite, la magia bulle en mí con un regusto a poder oscuro. ¡Lo dudo! Le beso y me encamino al comedor de su mano. Por las risas que escucho, me sé de una que debe estar bastante humillada. Incluso furiosa: está acostumbrada a acosar y ahora es ella la víctima. Me daría una pena... si no fuera por la paliza que me dieron en la fuente.



Es por la noche y tengo un sueño extraño. Imagino que yo ya no estoy enfadada con Gabriel y que estamos hablando mientras caminamos cogidos de la mano por un prado lleno de flores. Debe de ser primavera. Entre risas, le cuento mi experiencia en la biblioteca de hace unas horas.

—¿Fuiste capaz de traducirlos? —Se refiere a los poemas—. Se supone que la llave no puede hacer eso. Tienes más poder del que aparentas, Victoria.

—¡Ja! Eso ya lo sé. ¿O no te acuerdas de cuándo te conté cómo lancé un montón

de flechas contra Paula en clase?

—Sí. No te cansaste apenas porque tienes mucho poder. La profesora cayó exhausta y tú seguiste tan fresca. Ten cuidado, preciosa. —Su mano aprieta la mía con preocupación y sus ojos me miran serios—. Ellas pueden verte como una amenaza o como una futura líder. Como alguien que les quite su lugar al lado de Eloísa o como una matrona con la que independizarse. Ten cuidado, ¿vale?

—No te preocupes.

Le saco la lengua y le devuelvo el apretón. Sus dedos son muy suaves y agradables.

—Por cierto, eso que me comentaste de que te salían de manera natural flechas de aire en vez de fuego... es por el colgante: te da una afinidad hacia ese elemento.

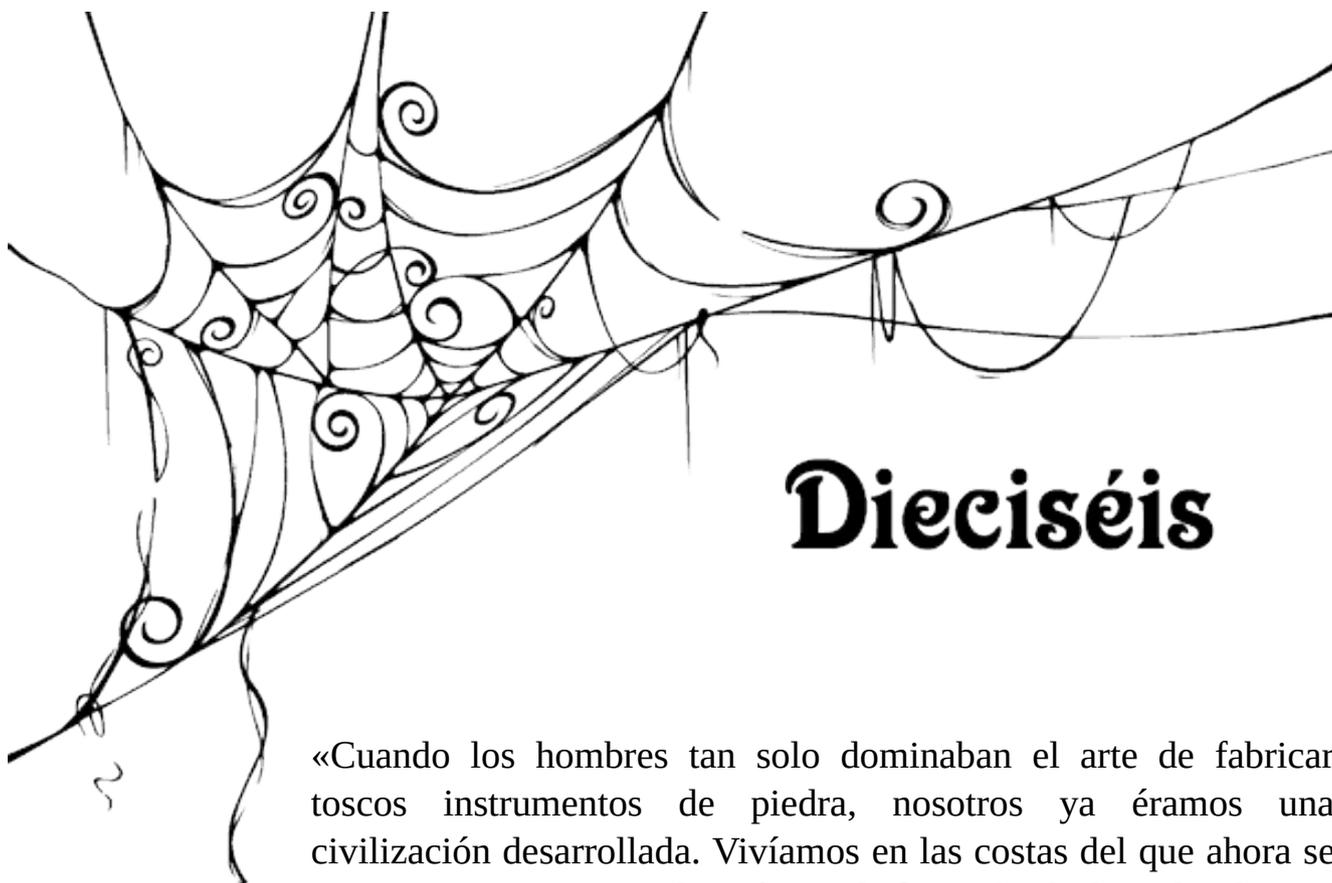
—¿Ah, sí? Bueno, no es mala cosa. Igual hasta vuelo.

—Claro, inténtalo.

Me concentro y convoco un viento huracanado. Despego del suelo y siento una libertad absoluta. A mis pies se queda Gabriel llamándome. Le lanzo un beso y le digo adiós. Me despierto.

Lo hago con la ligera sensación de que este sueño no es natural y no lo he buscado yo. La advertencia que él me ha hecho resuena en mi cabeza con una fuerza que no tenía en el prado onírico. Me levanto de la cama para ir a beber un poco de agua. O más bien lo intento, porque no puedo.

Paula está durmiendo en la suya, pegada al colchón y a las sábanas, como siempre. Sin embargo yo... yo estoy flotando a medio metro sobre la mía, elevada por un pequeño torbellino. Frunzo el ceño y dibujo el sello para desconvocar el viento. Me caigo de golpe sobre mi cama. El ruido despierta a la garza que me mira mal y se da la vuelta para seguir durmiendo. Me echo a reír, no puedo evitarlo. Por lo visto hasta mientras sueño soy capaz de hacer magia.



Dieciséis

«Cuando los hombres tan solo dominaban el arte de fabricar toscos instrumentos de piedra, nosotros ya éramos una civilización desarrollada. Vivíamos en las costas del que ahora se conoce como Mar Mediterráneo, disfrutando de la vida plena y sencilla que nos permitía nuestra magia. Nuestras sacerdotisas explican que la gran Diosa nos creó, nos evolucionó del homo neanderthalensis para que pudiéramos sobrevivir a unas condiciones que nos eran adversas. Ella nos dio el regalo de Su aliento, para que pudiéramos modificar el mundo a nuestro deseo y, además, las veinte gemas, piedras preciosas bendecidas por Su Divinidad para canalizar nuestra voluntad y Su aliento.

Vivíamos en paz hasta que algunos de nosotros, los que comenzaron a renegar de la diosa y a decir que nadie domina nuestro destino, decidieron esclavizar a los humanos. Nos negamos; todos somos hijos de Ella, declararnos superiores y disponer de la vida y muerte de los homo sapiens nos parecía un sacrilegio.

Empezaron las guerras, hermano contra hermano. Fuimos diezmados, casi morimos, pero unimos nuestras fuerzas pidiendo justicia y ayuda divina y Ella nos escuchó, nos dio Su poder hasta tal punto que la Diosa se dividió en millones de fragmentos, los cuales entraron en nosotros y potenciaron nuestra magia. Prosiguió la lucha, los arrinconamos y asesinamos a casi todos, nuestros propios ojos llorando por la sangre fraterna derramada. Las orgullosas hechiceras y sus fieros guerreros buscaban la muerte con sus últimas fuerzas, negándose a rendirse; así que los desterramos. Conseguimos algo que hasta entonces nos estaba velado pues ni siquiera sabíamos que fuera posible: abrimos un portal a otro mundo. La voz de la Diosa moribunda, latiendo en nuestras respiraciones, nos indicó cómo. Los obligamos a entrar y cerramos la puerta. Después, los maldecimos».

¿¡Qué!?

El libro se cierra al caer a plomo sobre la mesa. Mis nudillos están blancos de la fuerza con la que agarro el colgante. No puedo creerme lo que estoy leyendo.

Han pasado unos cuantos días, casi media semana. Estoy en la biblioteca prohibida, la de las innumerables velas y la latente penumbra. He vuelto a buscar información sobre mi colgante. Me concentré en él y aparecieron varios libros. Este es el primero que he cogido. Lo he ojeado hasta ver un dibujo de una piedra igual que la de mi colgante pero en el dedo de un guerrero, engarzada en un anillo. Era grande, pero no tanto como la que estoy sujetando ahora. Después he visto más, y luego un ramillete de ellas. Son tan hermosas como la de mi colgante, con su color hipnótico y esas vetas que parecen refulgir por dentro. A continuación, he comenzado a leer el texto que acompaña a las ilustraciones y ha sido cuando, pese a saber dentro de mí que tiene que ser cierto, mi mente se ha negado a asimilarlo.

¿Las hechiceras somos otra raza, existen los dioses y mi colgante es clavado a una de las veinte gemas bendecidas por una diosa?

Respiro hondo, me tranquilizo, busco el dibujo donde están todas las piedras juntas y sigo leyendo.

«Las aomas son las gemas de la Diosa. Son veinte y cada una posee un color y unos poderes diferentes; si bien todas son capaces de abrir sellos mágicos y de amplificar los poderes de las hechiceras o ayudar a surgir los de las neófitas. Agrupadas forman objetos poderosos, artefactos capaces de cambiar la realidad de un modo que ni un cónclave de hechiceras podría. Además, las veinte juntas, son capaces de reunir el poder supremo de resucitar a los muertos».

A continuación hay una lista de combinaciones posibles, primero de dos en dos, luego de tres en tres... hasta llegar a unir las todas. Aparto los ojos, todavía costándome creer todo esto. Acaricio mi gema, de la cual parte la proyección holográfica que me traduce el texto. Parece como si su calor, su energía, reaccionara ante mi contacto.

Deseo que los libros se vayan a su sitio, sea ese cual sea, pues así lo hice ayer con el de poesía y funcionó. Después me centro en que aparezca uno que trate sobre los dioses. Es extraño, pues en clase no nos han contado nada sobre estos ni sobre esa diosa. En todo caso, no necesito demasiado tiempo de investigación para darme cuenta de que solo había uno: la diosa. La cual ahora está muerta y su poder todavía existe en las descendientes femeninas de aquellas hechiceras que lo recibieron. Curiosamente, no pasa a los varones y, si la hechicera no tiene hijas, cuando muere esa pequeña parte de la deidad vuelve al universo. No se acumula para volver a formar a la diosa.

Demasiado. Cierro el tomo, lo devuelvo y me voy de allí. ¿Una guerra fratricida entre una raza diferente de la especie humana? ¿Una diosa que se sacrifica para que el bando que iba perdiendo venza? ¿Parte de esa señora heredada de madres a hijas y utilizada para ser poderosa en la magia? ¿Gemas benditas, aomas, mi colgante?? Necesito respuestas y voy a comenzar por el chico me dio la piedra, por el rubio del

BMW Z4 negro.



Me lo encuentro un buen rato después cuando, tras buscarlo en vano por el internado, me decido a salir afuera. Está donde me citó la otra vez. Son las mismas piedras horizontales y planas, la misma nieve, el mismo frío; aunque el chico rubio ahora me parece muy distinto.

—¿Por qué narices me has dado una aoma?

Mis pasos no lo sorprenden pero mis palabras sí. Estaba de espaldas, mirando el paisaje bajo sus pies colgantes. Al escucharme se gira y se levanta de golpe.

—¿Cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho él?

Él. No me cuesta mucho deducir que debe ser Víctor, aunque solo sea porque no hay más chicos por aquí. Parece que eso le contraria, me entran ganas de decirle que sí pero ahora mismo quiero respuestas, no ponerle celoso.

—No, Gabriel, lo he leído en la biblioteca.

Veo cómo asimila mis palabras y se recompone.

—Entonces ha llegado el momento de contártelo todo. Me habría gustado esperar un poco más, guiarte en tu búsqueda de información para que llegaras poco a poco a las aoma, pero quizá así sea mejor. ¿Vamos a hablar a mi cuarto? Estaremos más calientes y allí nadie nos molestará.

—¿Tu cuarto? —Ladeo la cabeza escéptica—. Como que no.

Algo debe leer en mi mirada porque gesticula mostrándome sus palmas a la vez que me intenta convencer.

—Victoria, de verdad que no intentaré nada. Solo es para estar más cómodos al tiempo que seguimos a salvo de oídos indiscretos.

—Tampoco hace tanto frío.

Me encojo de hombros y me siento. Al poco él se resigna y lo hace a mi lado.

Y es verdad, con la energía que tengo dentro, me afectan menos las bajas temperaturas.

—Dime, ¿lo es?, ¿es una aoma?

—Sí.

—¿Y por qué cojones me has dado algo tan importante?

Estoy enfadada, sí, porque eso significa que busca algo de mí y no me gusta que me utilicen.

—Porque necesito tu ayuda.

Lo dice de un modo tan sincero que me desarma. Me lo quedo mirando y es como si, en ese instante, allí, en medio del invierno, nuestras almas conectaran. Sus labios se entreabren y se acercan a los míos. ¡Pero qué bueno está! Me pierdo en sus ojos azules, se me seca la boca anticipando su beso y entonces... entonces aparto la

cabeza y veo cómo se apaga un brillo de esperanzado anhelo en sus pupilas.

—Lo siento, tengo novio.

Es cierto. Ha sido la imagen de esos otros iris azules la que ha clavado una punzada de remordimiento en mi corazón. ¿Cómo puedo pretender cambiar a mi magnífico chico moreno, arrogante, fuerte e incluso tierno por algo tan efímero como un placer pasajero?

Lo recuerdo delante de mí, orgulloso, burlón, desafiante... y al mismo tiempo capaz de acariciar y cuidar a sus halcones. Sonríe. Dejo de hacerlo al ver el dolor en los rasgos de Gabriel.

—Perdona, no debí intentarlo. Vas a pensar que quiero cambiarte el colgante por sexo —bromea—. En serio, lo que necesito de ti no es más que información. Si te lo presté fue para que pudieras sobrevivir al examen y potenciar tu poder para, así, acceder al lugar cuyo paradero yo deseo conocer.

—¿Un sitio? ¿Quieres ir a un sitio?

—Sí.

—Pues debe ser muy importante para separarte de tu aoma. Ostras —caigo de repente—, ¿cómo es que es tuyo?

—Lo heredé de mi padre.

—¿El presidente de la Banca del Ebro? Pero si aún está vivo...

—Pasa de padres a hijos cuando estos cumplen los dieciocho.

—¿Y tienes?

—Diecinueve.

—Te hacía mayor, pero no tanto. ¿Has repetido algún curso, no?

—Sí, pero mi padre lo calla como el mayor de los secretos. ¡Menuda deshonra para él!

Se echa a reír. Yo también, su sonido es contagioso.

—¿Por qué a mí y no a otra?

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y continúo preguntándole, ya más relajada.

—¿Hasta dónde has leído? ¿Sabes de la diosa?

—Sí, se murió.

—Más o menos... hay quien piensa que puede renacer si juntamos a todas aquellas que poseen su energía. En todo caso, hay hechiceras que poseen ese aliento suyo y eso las hace más poderosas. Pueden poseer una millonésima parte o mucho más. Tu poder es sorprendente, Victoria. Nada más verte supe que habías heredado una cantidad considerable, así que te lo di. —Ese dato, el de que yo poseo un gran poder dentro, encaja con todo lo que he descubierto hasta ahora. Sonríe—. Verás, en realidad iba a ir a Madrid, donde al haber más becas iba a ser más sencillo encontrar a una candidata adecuada pero os vi de casualidad a ti y al hijo de la directora aquella primera vez que te encontré y me di cuenta de que tú eras la chica que debía elegir.

—¿Qué me viste en la calle aquel día?

Me sonrojo. ¡Qué vergüenza! Actué como una imbécil.

Su mano se mueve, como si quisiera cogermelo, pero vuelve a apoyarse sobre la roca.

—Yo nunca te haría algo así. Lo sabes, ¿verdad, preciosa?

Me estremezco. Sería tan fácil besarle...

—No desvíes el tema, anda. ¿Tengo que ser la mejor para poder ir a ese lugar?

—Eres rápida atando cabos. Sí. No te llevarán si no lo eres. O, mejor dicho, tendrás pocas posibilidades de que lo hagan.

Su mirada me evita, se pierde en el paisaje. Hago lo mismo. Sus dedos dibujan líneas en la nieve, formas geométricas que no son nada, ni sellos ni palabras.

Me quedo pensativa y en silencio un buen rato.

—¿Y por qué nadie sabe nada? ¿Los neardentales siguen vivos y nadie lo sabe? ¿Y esa guerra?

—No. No somos neardentales. Venimos de ellos pero la diosa, al darnos su poder, nos cambió, nos evolucionó. Somos una raza diferente, somos hechiceros. —Respiro aliviada al ser sacada de mi error. Eso de ser una neardental podía dar lugar a muchos chistes malos—. Y lo de las guerras... duraron siglos y en realidad fueron más de una, pero baste decir que casi acaban con nosotros y con los humanos y que, gracias al enorme poder que nos entregó la diosa con su sacrificio, limpiamos todo, borramos las huellas de nuestras ciudades, de nuestro paso por África, Asia y Europa, y nos mezclamos con el Homo Sapiens. Nos pareció lo más adecuado, vivir junto aquellos por quienes declaramos la guerra a nuestros hermanos.

—Joder... qué marrón. Por cierto, hablas de nosotros en vez de ellos.

—Sí, bueno, así me lo ha enseñado mi padre.

—¿Y tu madre?, ¿no debería ser ella, como matriarca, la que lo hubiera hecho?

—Bueno, ellas decidieron que, al tener el poder de la diosa en su interior, sería mejor si dejaban de tomar decisiones políticas. Que ya poseían bastante poder como para ser tentadas con más. Así que la sociedad pasó poco a poco a ser patriarcal.

—Será porque soy chica... —bromeo— pero me gusta más como me lo enseñan en clase. Que la mujer sea el pilar de la familia y de la sociedad es, para variar, vivificante.

Me sonrío.

—La sociedad que se describe en tus libros de texto es como la de antes de las guerras. Ellas no la han modificado. Por cierto, «ellas» son en realidad las matronas de los Ashlae. O así es como se llamaron a sí mismos los malditos.

Ashlae. La palabra me suena; de hecho, la he estudiado en clase. Significa «fuerte». ¿Fueron derrotados y se llaman a sí mismos fuertes? Extraño. Tengo que preguntárselo a Víctor.

—Los que seguimos en el plano de la tierra nos dimos el nombre de Samuae, que hace alusión a nuestra elección de proteger a la humanidad.

—¿Y por qué mis padres no me han dicho nada de esto?

—Victoria... —Sus dedos abandonan la nieve y me mira a los ojos. Está muy serio. Me pongo en tensión, creo que va a contarme algo importante—. ¿Tú crees que eres una Ashlae?

—Claro, si no, ¿qué hago en esta escuela?

—No lo eres. Eres una Samuae. Ellas te quieren convertir, darte a probar la magia oscura y hacer que seas una de ellas.

—¿Por qué? —De repente me doy cuenta del motivo y frunzo el ceño—. ¿No será por lo del aliento de la diosa que hay en mí? ¿Lo quieren para sus casas?

—Sí.

Puedo ver en su mirada, que se torna huidiza, que me oculta algo.

—¿Y qué más?

—Nada más.

Genial, me ha mentado. Me alegro de no haber sucumbido a la tentación de besarle. Víctor puede ser un borde pero siempre me ha contado la verdad.

—Además, ¿por qué están aquí? ¿No estaban desterradas?

—Salieron, son muy listas.

—¿Y por qué no las devolvéis a su plano?

—La diosa ya no está; su poder está disperso. No podemos.

—Bueno, a lo mejor tampoco hace falta. ¿Qué mal os dan aquí?

—Siguen intentando conquistar el mundo humano pero ahora, debido a la tecnología, lo hacen con subterfugios y poco a poco. Ponen a los suyos en los puestos de poder de los diferentes países.

Ahora soy yo la que se queda como abstraída mirando el paisaje mientras reflexiona.

—No sé qué decirte, Gabriel. —Noto que el ritmo de su respiración se acelera durante unos instantes; debe de gustarle escuchar su nombre—. Quizá debería pensar que eso está mal pero yo no soy humana. Soy una... ¿cómo era? Ah, sí, Samuae. Pues bueno, ellas, las Ashlae, son las que me enseñan la magia y el poder. Y me gusta. Más cuando es oscuro. —Recuerdo el momento en el que le quité la ropa de cintura para arriba a Gema. Magia por placer, por venganza... eso es poder—. Así que no sé qué información desearás que te dé pero me parece que, al menos por ahora, me quedo en el bando de los Ashlae. Toma, te lo devuelvo.

En un impulso, me quito el colgante por la cabeza y se lo tiendo. Él coloca su mano sobre mi brazo.

—Quédatelo un tiempo más, lo necesitarás. Y siempre puedes cambiar de opinión. Te he dicho que eres una Samuae pero todavía no sabes que estos se dividieron en dos: los que decidieron vivir en paz con los humanos y se mezclaron entre ellos de tal manera que dejaron de ser hechiceros, abandonaron la magia voluntariamente, y los que continuamos practicándola y, además, cazamos a los Ashlae cuando podemos.

—¿Qué?

Lo miro mal. ¿Me está diciendo que si me convierto en una Ashlae me matará?

—Entiéndeme, ellos son el mal. Saben cómo salir de su plano y volver a entrar. Viven allí pero aquí tejen su red de influencias. Nuestra misión es proteger a la humanidad.

—¿Misión?, ¿y quién os la da, si vuestra diosa está muerta?

No soy cruel a posta pero no me gusta nada eso de que cacen a los que son como Víctor o su madre, por más que esta sea una auténtica cabrona. Además, ¿el mal? Este tío desvaría. Mi chico puede tener un punto malicioso pero de allí a ser «el mal»...

—Somos una raza superior, nuestra obligación moral es protegerlos.

—Ah, genial. Pues la mía es hacer lo que me dé la gana. ¿No lo quieres? — Separo mi brazo del suyo de un movimiento brusco, enarbolando el colgante—. Pues entonces veremos si te lo devuelvo alguna vez. A lo mejor tendrás que matarme.

Mis ojos lo desafían enojados y él aparta los suyos con pesar. ¡Será imbécil! Me está juzgando.

—Victoria, eres una descendiente de los Samuae que eligieron abandonar la magia apesumbrados por la muerte de amigos y familiares en las guerras. Tus padres, tus abuelos, tus bisabuelos... alguno de ellos tuvieron que serlo también, pero no fueron descubiertos. Sin embargo, tú sí lo has sido. Tú tienes mucho poder y eres presa fácil. Ayúdame, únete a nosotros.

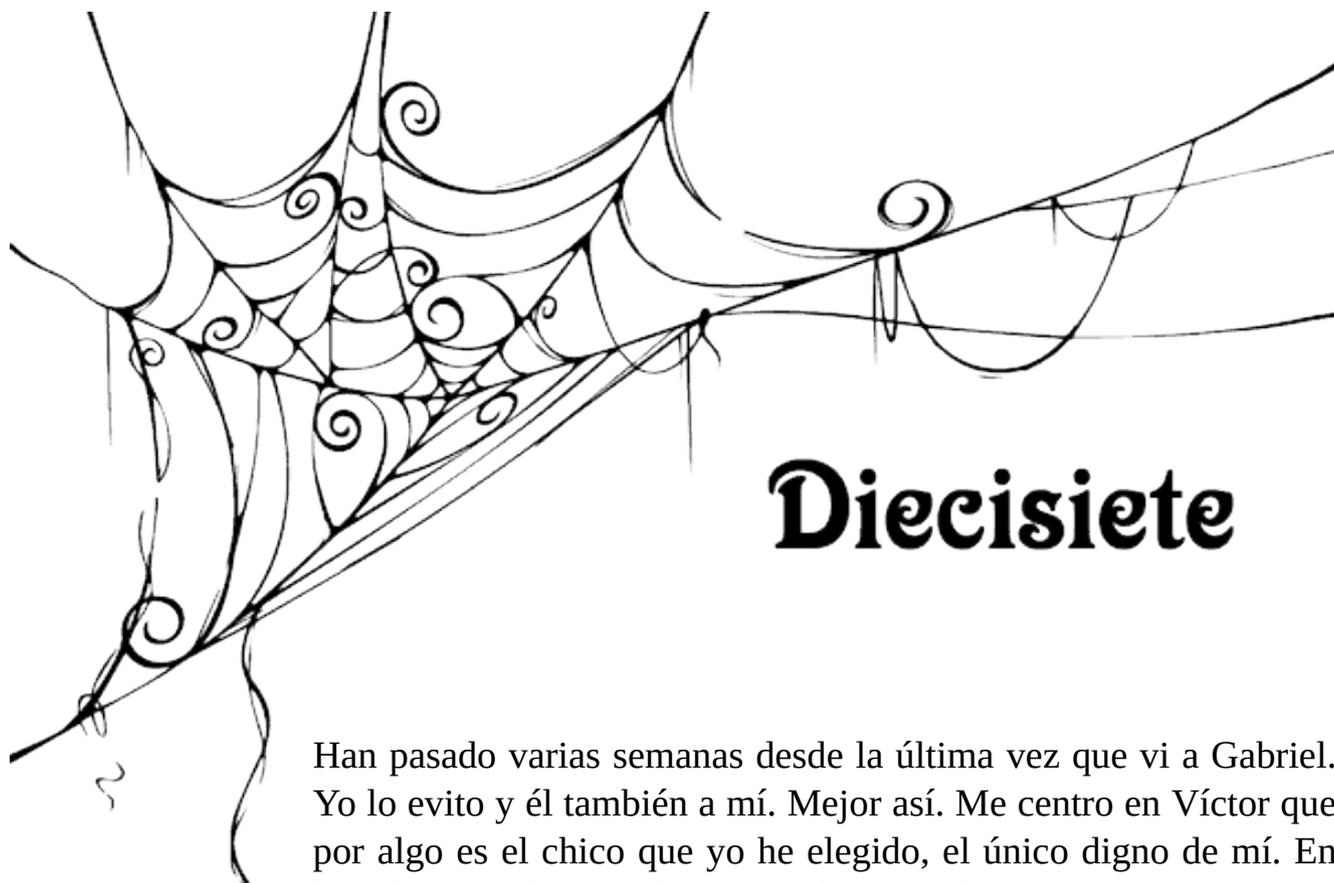
Me tiende la mano. Me mira con una curiosa mezcla de tristeza y esperanza.

—Yo me abro.

Me levanto. No suelo ser tan brusca pero es que estoy harta. Este tío viene con su carita rubia a salvarme de mí misma. Vale, no lo ha dicho, pero tampoco le hace falta: lo ha dejado muy clarito con su actitud. ¡Que le den! Tengo que pensar en todo esto y, después, ir a ver a Víctor.

La nieve se funde bajo mis pies. Los charcos de agua que dejan mis huellas son lo único que pienso darle a Gabriel. No sé qué lugar busca, pero no pienso ser yo quien traicione a los míos. Estoy a medio camino del internado cuando el viento me trae un juramento ahogado, cargado de frustración, junto con los pequeños cristales de nieve que comienzan a caer del cielo.

Estamos a finales de enero; todavía no ha acabado el frío.



Diecisiete

Han pasado varias semanas desde la última vez que vi a Gabriel. Yo lo evito y él también a mí. Mejor así. Me centro en Víctor que por algo es el chico que yo he elegido, el único digno de mí. En las clases cada vez destaco más, no solo supero con creces a cualquier alumna sino que mi superioridad sobre las profesoras es cada vez más patente. Ya no solo es la robusta Frederika, que cayó en redondo al suelo la vez aquella de mi escudo. No... otras profesoras están viendo que soy muy rápida en mis hechizos y que muchas veces les gano por la fuerza innata que poseo. A la única que todavía no he sido capaz de superar es Eloísa.

Todavía.

Y sí, ¡hechizos! Por fin han caído todos los velos. Nos han contado lo que ya averigüé en la biblioteca el otro día, nos instruyen en magia cada vez más complicada. Parece que, a las de esta clase, ya nos consideran unas neófitas.

—... hay muy pocas hechiceras que consigan ser Convocadoras de Portales —nos está contando Frederika—. Abrir una puerta a otra dimensión, a otro plano, es el ritual más complicado que existe. Normalmente hacen falta muchas hechiceras juntas pero, en rarísimos casos, una sola de gran poder puede hacerlo. Hoy en día solo hay cinco matronas que puedan hacerlo. Nuestra directora es una de ellas.

Noto cómo mis compañeras contienen la respiración para saber más. Son unas trepas e imagino que pertenecer a su escuela es todo un honor para ellas. Sonrío divertida. Si supieran que su ídolo me insinuó que yo misma podría serlo...

—Esto, señoritas, es más importante de lo que parece. Cuando tras las guerras nos vimos encerradas en otro plano, en un planeta donde escaseaban la vida y los recursos, que no era el nuestro, pensamos que jamás volveríamos. —Hace unos días que nos han contado eso. Yo ya lo sabía por mis incursiones en la biblioteca—. Por la maldición, nuestros días estaban contados. —La misteriosa maldición... no consigo

encontrar en los libros cuál fue exactamente; todos la citan como si fuera algo tan obvio que no hiciera falta explicarlo—. Pero señoritas, una no sobrevive dejándose llevar por la desesperación, la pena o la autocompasión. ¡Una lucha! Así que con magia volvimos fértil a la tierra en la que se nos había encerrado, domamos los elementos, las tormentas casi eternas que la devastaban. Y seguimos peleando. Cuando la primera generación que nació allí estaba llegando a la madurez, una de nosotras consiguió reunir suficiente poder dentro de sí, acumulándolo del mundo en el que estaba atrapada, como para descubrir el modo de abrir un portal. Ahora que sabíamos que era posible, estaba en nosotras averiguar cómo hacerlo. Vaya si lo hicimos. Ella, Igroné, la primera Convocadora de Portales, abrió un pórtico a un plano demoníaco inferior. Las criaturas que lo poblaban no eran muy inteligentes y nos atacaron nada más vernos. Pero lo hicieron en pequeños grupo y nuestros guerreros las redujeron. Las convertimos en sirvientes. Igroné intentaba hallar la Tierra pero no sabía cómo, su portal fue a un plano al azar. Con ayuda de los demonios, que estaban deseando ir a esta a destrozarla, la Convocadora consiguió abrir uno de vuelta a casa. Pero no entramos, estábamos débiles, debíamos reproducirnos y aumentar nuestras filas. Los Samuae ni se dieron cuenta de nuestra presencia en la Tierra. Igroné intentó pasar el conocimiento a sus compañeras; sin embargo, muy pocas lograron dominar el arte de abrir un portal. Por suerte fueron suficientes y desde entonces, aunque la longeva primera Convocadora lleva milenios muerta, podemos volver aquí cuando lo deseamos.

«¿Cuál es esa maldición?» es la pregunta que veo en los rostros de mis compañeras. Desean hacerla pero no se atreven. Yo tampoco la formularé, aunque en mi caso es porque sé que no me va a contestar más que con una evasiva. Aquí son así, la información, el conocimiento, es poder. Y el poder no se regala: se gana.

—Muy bien, señoritas —continúa la profesora ante nuestro silencio—, para mañana estudiaros las páginas de la doscientos treinta y cuatro a la doscientos treinta y seis. Y, señorita Escartín, espéreme un momento.

La miro intrigada mientras comienzo a recoger los lápices, el libro y el cuaderno. ¿Qué querrá de mí? Desde aquel día, el del escudo y su desmayo, me ha estado evitando; ni siquiera me ha sacado a la pizarra o pedido los deberes ni una sola vez. Para cuando acabo, todas mis compañeras se han ido ya. Con la misma lentitud con la que he guardado mis cosas, me acerco a la mesa de Frederika.

—¿Sí, profesora?

—Mira, lo que voy a decirte espero que no salga de aquí. —Se seca el sudor que está empezando a formarse en su frente con un pañuelo de tela—. Yo tenía una amiga cuando estudié en una academia Niven.

—¿Usted estudió en una de estas? —la interrumpí curiosa.

—Sí, en la alemana. —Su tono es reprobador; no le gusta que haya cortado su discurso pero, por otro lado, lo que está a punto de decirme me da poder sobre ella. ¿Por qué lo hará?—. Junto con Eloísa.

—¿Eloísa también? ¿Ella era una Samuae?

—Señorita, ¿quiere escucharlo o no?

—Disculpe...

Ni siquiera me molesto en sonar sincera y, pese a ello, Frederika sigue contándomelo. Vuelvo a preguntarme por qué lo hace. Y, sobre todo, me sorprende de que hasta la misma directora naciera como Samuae en vez de como Ashlae.

—Bien. El caso es que mi amiga competía mucho con Eloísa, las dos tenían mucho poder y deseaban ser la que se graduara con las mejores notas. Yo, por supuesto, apoyaba a mi amiga o al menos lo hice hasta que vi cómo se las gastaba su rival. Le avisé de que se conformara con el segundo puesto pero no lo hizo. En vez de eso, retó a Eloísa a un duelo nocturno, uno donde ellas mismas decidirían quién era la mejor porque, lo que era en clase, las dos sacaban siempre dieces. Yo no sé qué debió de suceder allí. —Sus ojos se apagan y estremecen con miedo al recordarlo—. Pero la noche crepitaba en poder y ruidos terroríficos, como de criaturas extraídas por la fuerza de otros planos, rasgaban el silencio, acompañados por los gritos de las dos neófitas. Al final, volvió Eloísa, ella sola. La directora alemana la esperaba sonriente y la felicitó. Al cabo de varios días, reuní el suficiente valor como para preguntarle por mi amiga. Ni me contestó. A día de hoy todavía no sé si está muerta o encerrada en algún plano sufriendo infinitas torturas.

—¿Por qué me cuenta esto? —atino a contestarle, helada como estoy por lo que me acaba de relatar.

—Porque a nuestra directora no le gustan las rivales. Busca a la mejor alumna para cubrirla de honores pero señorita, si usted se lo cree demasiado, si se atreve siquiera a pensar que puede ser mejor que ella, Eloísa le dará tal lección que jamás volverá a levantar cabeza.

Vale, ya sé por qué me lo dice, por qué me cuenta algo que puede ponerle en problemas: porque tiene miedo. Y porque de algún modo debo recordarle a su amiga.

¡Será estúpida!

—Bueno, nada de esto me preocupa. —Me encojo de hombros y simulo que no me importa, que yo no soy tan ambiciosa.

—No me engaña, Victoria. Tiene el potencial de una Convocadora de portales. Tenga cuidado, modere su ambición. Si ella cree que puede intentar derrocarla y quitarle la casa, créame, estará mejor muerta.

—¿Lo tengo? —Sonrío.

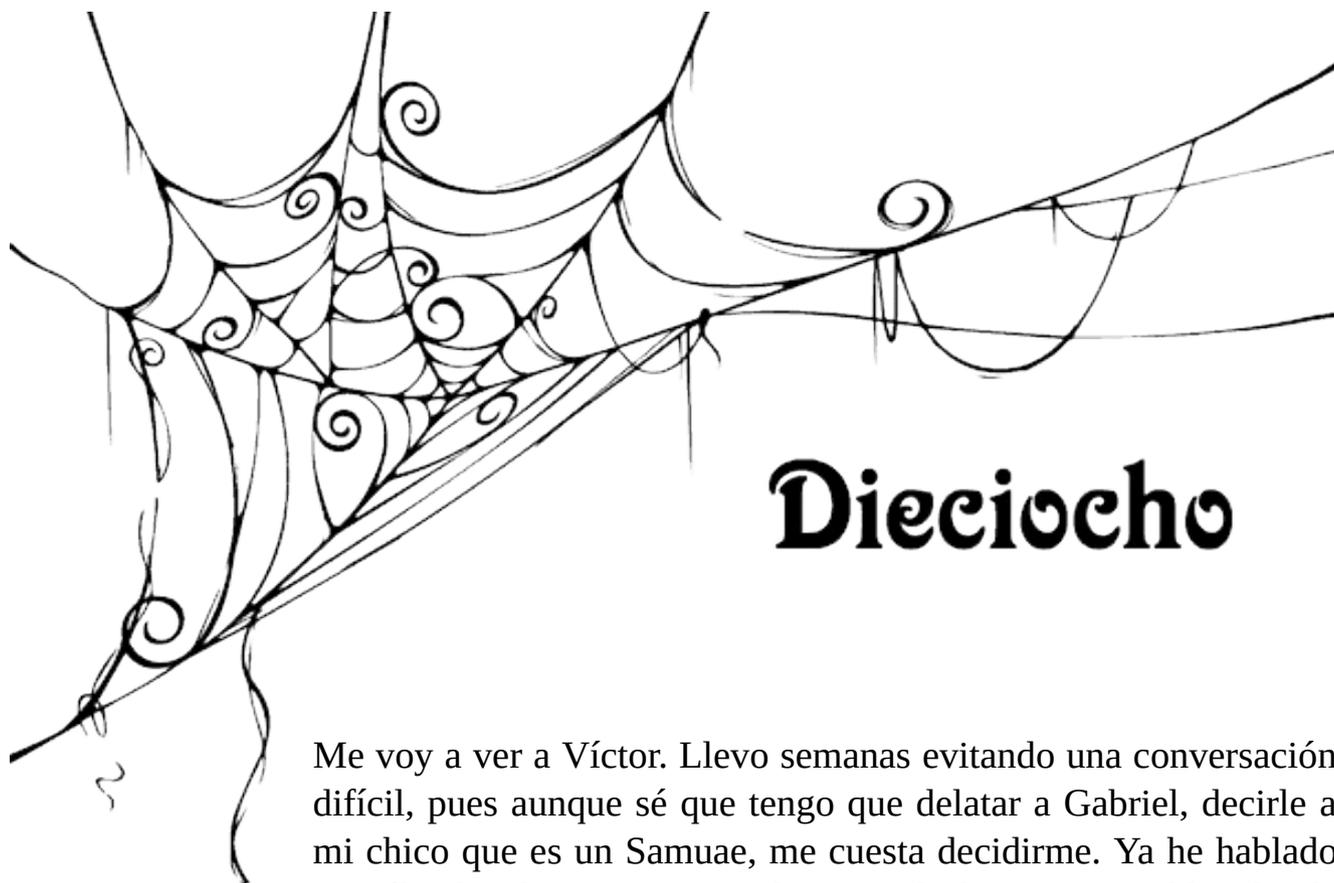
Esa confirmación es lo más interesante de toda su aburrida advertencia. Por mí como si oye en sueños los gritos agónicos de su amiga. Además, ¿para qué voy a querer quitarle su casa a Eloísa cuando, según he leído, puedo independizarme cuando me haya casado y fundar la mía propia?

—Muy bien, señorita, lo tiene. Que no se le suba demasiado.

Vuelve a secarse las gotas de sudor que perlan su frente y me indica con la mano que puedo irme. Me despido y así lo hago. En realidad, si lo pienso bien, no me ha

dicho nada que no supiera ya. Hay algo en este internado que me hace pensar en su dueña como si fuera una inmensa araña que lo ha poblado de cebos y trampas y que solo espera a recoger su presa. Ya sé que tengo que tener cuidado con ella, pero también es la madre de Víctor la cual, por ahora, no veo que repruebe nuestra relación. Así que, mientras siga teniendo en su hijo a un aliado, ¿por qué voy a temerla?

Sonríó. Las mismas paredes del moderno pasillo que estoy recorriendo parecen hacerlo conmigo.



Dieciocho

Me voy a ver a Víctor. Llevo semanas evitando una conversación difícil, pues aunque sé que tengo que delatar a Gabriel, decirle a mi chico que es un Samuae, me cuesta decidirme. Ya he hablado con él sobre las guerras; me ha contado historias terribles donde una magia tan poderosa que apenas logro concebirla arrasa ciudades (¡cómo me gustaría poder ser un día así de fuerte!). Confío en él, le cuento cualquier cosa que me pregunta sobre mis estudios, sobre mis gustos, y, sin embargo, callo en todo lo referente al hijo del presidente de la Banca del Ebro.

Como sé que ahora estará entrenando, voy al gimnasio: necesito verle. Frederika acaba de intentar darme un consejo y yo solo puedo pensar en besar a mi chico, en reafirmar mi poder y estatus a su lado. Porque él me vio antes que su madre, él me eligió. Me recomendó. Me acicateó, irritó y retó hasta que mi poder estalló y solo entonces fue dulce conmigo y me abrazó. Soy poderosa a su lado, me gusta estar con él y, además, está buenísimo... es el chico malo que me ha seducido y mostrado un mundo nuevo y, ¡qué caray, no soy idiota!: estoy encantada de aceptarlo y ser la mejor a su lado.

He llegado. El pasillo está vacío, las alumnas a estas horas están o en la sala común o en la biblioteca. Empujo la puerta con mi poder (me encanta usarlo) y entro. Repito el sello para que se cierre a mis espaldas. Entonces miro. Allí, en medio de la sala repleta de espejos está Víctor. Sostiene una espada con sus dos manos. Con una la sujeta y con otra la guía y voltea. Solo lleva unos pantalones bastante ajustados y unas deportivas. No es la primera vez que lo veo sin camiseta pero sí la primera que lo veo con los músculos marcados por el peso de la espada y el esfuerzo físico, con su cabello recogido con una goma a la altura de la nuca y, todos esos mechones que no tienen la longitud suficiente, apelmazados contra sus pómulos. ¡Joder! Y lo peor de todo es cómo se mueve. Cuando realiza ataques parece tener la fuerza de un león y la

rapidez de una serpiente mientras que, cuando defiende, lo hace con la gracia de una pantera negra. ¡Joder! Yo ya no sé a qué he venido. Me acercaría a abrazarlo si no llevara un arma. Exhalo el aire que, sin darme cuenta, estaba conteniendo. Él acaba una serie de tajos contra un enemigo imaginario, deja la espada apoyada contra uno de los espejos y me sonrío al tiempo que viene hacia mí.

—Tory, ¿disfrutando de las vistas?

—Y tanto que sí.

Hace meses me habría sonrojado y sido incapaz de contestar nada coherente. Ahora, aunque sigue siendo perfecto de un modo sublime, no tengo problemas en admitir mi deseo por él. Al fin y al cabo, está conmigo.

—Dime, preciosa. —Su voz se convierte en un susurro—. ¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Si te soy sincera, no sabría decirte. Tienes unos abdominales increíbles. —Acercó mi mano para acariciarlos con las uñas; puedo notar cómo se tensan—. Aunque me has dejado boquiabierta: no sabía que peleabas tan bien.

—Por estar aquí de visita no puedo relajar mis estudios como Astaquin. ¿Me demuestras eso de «boquiabierta»? Es que no te he podido ver bien...

Sonrío y entrebro los labios, a la vez que deslizo mis dedos hacia su pecho y su cuello. No necesita más invitación: se pega a mí y me besa. Siento al instante cómo la energía, la magia, el poder, se avivan en mí a medida que me excito y me dejo ir, me pierdo en el tacto de su piel. Cuando separa su boca, tras unos minutos que se me hacen demasiado escasos, su aliento sigue susurrándome aunque esta vez al oído.

—Tú también deberías aprender a luchar, al menos a defenderte. ¿Te animas?

Me encojo de hombros. ¿Por qué no?

Me besa en el cuello y después me guía hacia su espada. Me dice cómo sujetarla y me ayuda a realizar unos cuantos movimientos. He de reconocer que estoy más pendiente de su calor contra mi espalda y de sus manos sobre las mías que de otra cosa. Él me habla de cómo desarmar a un enemigo, de qué tipos básicos de golpes puedo dar; sin embargo yo solo escucho su respiración, agitada y cercana, pareja con la mía. Cuando me quiero dar cuenta, es casi hora de cenar y no le he dicho nada.

Mejor otro día. No quiero destruir un rato tan delicioso y perfecto hablando de otro chico, aunque sea para acusarlo.

—Es tarde... ¿y si dejamos esto para otro día? —le pregunto insinuante.

Es otra cosa que me encanta de Víctor: me mira como si yo fuera la chica más hermosa y deseable del mundo. No me extraña que mi autoestima haya subido tanto. Tengo el tiempo justo de decirle «me gustas mucho» antes de que sus labios me roben la facultad del habla.



Extracto del diario de Victoria Escartín:

Mmm... parece que tengo un dilema. Me encanta Víctor, me gusta tanto que cada vez que me besa me replanteo lo de seguir siendo virgen (inocente no: hace semanas que ya no lo soy). Pero, por otro lado, ¡uf! Es que Gabriel tiene un punto dulce que me también me gusta. Además, es más mayor y esos pocos años le dan una madurez muy provocadora. 19 contra... ¿16, 17? Lo cierto es que nunca le he preguntado a Víctor su edad, pero imagino que estará por allí.

¡Joder! Cuánto echo de menos a Ana y a María. Para una vez que estoy interesada por un chico (bueno, por dos), no tengo a quién contárselo. Pero es que si llamo a Ana estoy segura que se me escapará algo de la magia y no puedo, no puedo decir nada. Eso sí que no me lo perdonaría Eloísa.

Y aquí, como no sea Noelia, no tengo a nadie. Y esa boba... ¡por favor! Es una pusilánime y ni siquiera recuerda lo del examen. Y si cojo a alguna de las chicas que me «idolatrán», me dirán lo que yo quiero oír así que, para eso, me lo digo yo misma.

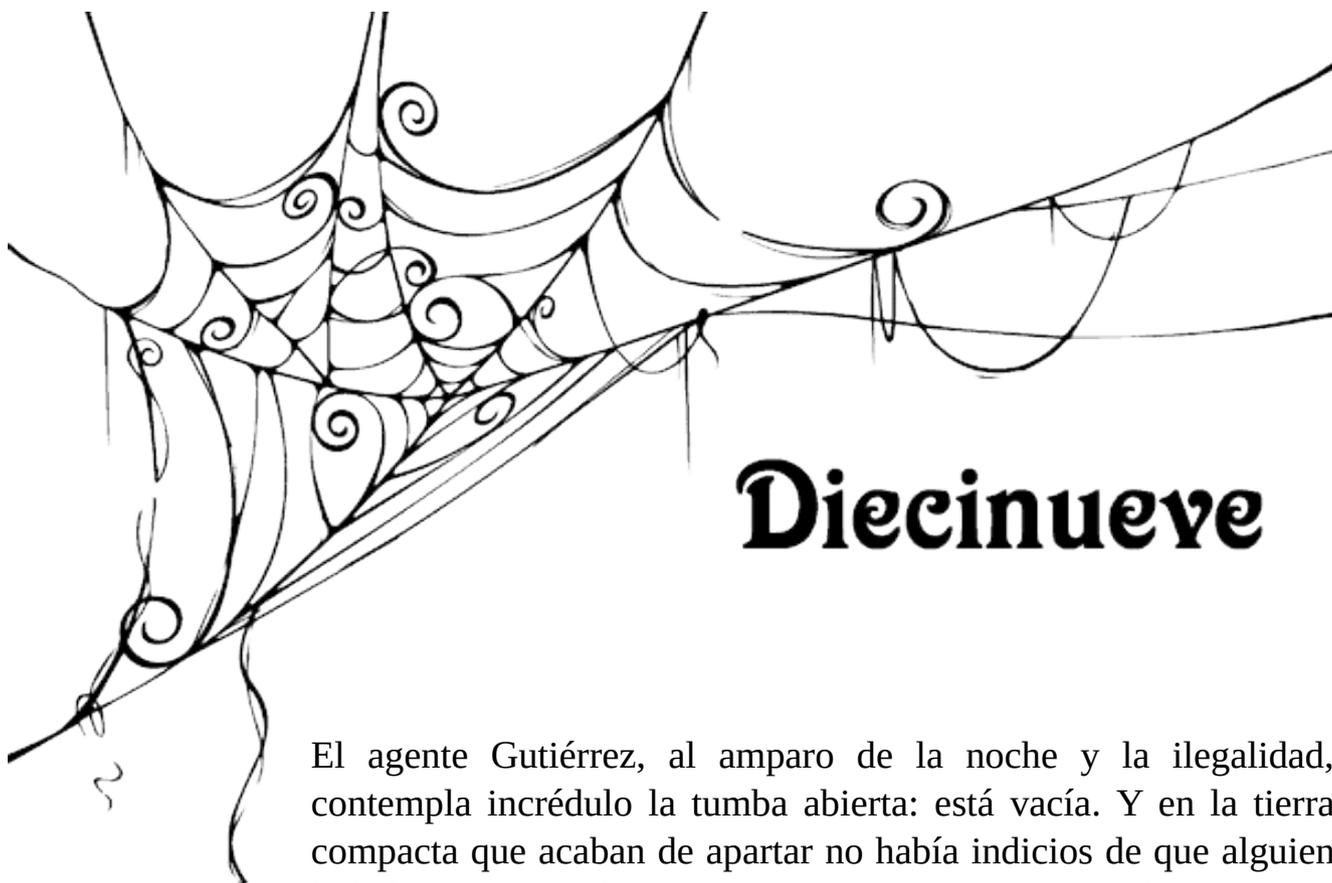
¿Ves, diario, por qué te escribo tanto? Si es que el triunfo es solitario...

Así pues, voy a ser sincera y decirme lo que deseo... hmm... quiero tener a Víctor y también a Gabriel. Ya está. Ya lo he escrito. Entonces mi dilema es cómo hacerlo sin que él se entere.

¡Joder! Que me parece mal, Víctor me ha elegido y no puedo hacerle esto pero... ¿acaso no es él el que me anima a ser mala? Aunque no en ese sentido, claro, sino en el del poder de abrazar la magia más oscura, la que aprendemos aquí, a utilizarla de un modo creativo y con malicia, como hice con Gema.

Uf, no sé, diario, no sé. Voy a hacer una cosa. Si en algún momento me reconcilio con Gabriel (porque sigo mosqueada con él) a lo mejor me dejo besar si lo intenta otra vez. ¿Que quiere matar a Víctor? Bueno, si me acuesto con el enemigo es un modo de espiarlo, ¿no? ;)

Sí, dejarme llevar... será lo mejor. Al fin y al cabo, una futura Convocadora de Portales solo se merece lo mejor.



Diecinueve

El agente Gutiérrez, al amparo de la noche y la ilegalidad, contempla incrédulo la tumba abierta: está vacía. Y en la tierra compacta que acaban de apartar no había indicios de que alguien la hubiera removido antes. Hace un gesto a sus ayudantes (tiene suerte de que algunos amigos le deban más de un favor) para volver a colocarla y se dirigen hacia otro de los sarcófagos de las jóvenes muertas en la academia Broto. También está vacía. Si esto sigue así, no va a tener nada para pasar a su contacto en el laboratorio forense de la universidad de medicina.

No les quedan demasiadas horas de oscuridad. Verá lo que pueden hacer en ese valioso tiempo.

Por suerte, el vigilante de esta noche es un antiguo colega suyo y ha modificado las cámaras para que no les graben. Se anota mentalmente, antes de seguir excavando, pedirle los vídeos de las últimas semanas para ver quién puede haber entrado a robar cadáveres.



Veinte

—Hola Víctor, antes de que digas nada, quiero que sepas lo sé todo.

Antes de que te gires y me quede embobada por tus rasgos perfectos y comience a desear besarte y vuelva a olvidarme de lo que quiero decirte.

La espalda de mi chico, que se mostraba relajada mientras él cambiaba el agua a sus halcones en lo alto de la torre, se tensa de repente. El tono acerado de su voz al contestarme me desconcierta; hasta ahora, había sonado burlón, arrogante o dulce pero nunca peligroso.

—¿Y qué sabes, Victoria?

Cuando me llama por mi nombre es que es algo serio. ¡Perfecto! No sé qué se creará que he descubierto pero, desde luego, hace semanas que tenía que haber sacado esta conversación. Avanzo un par de pasos y entro en la pequeña habitación, iluminada por la luz de un día soleado. Apenas queda ya nieve afuera. Cierro con magia la puerta a mis espaldas.

—Soy una Samuae con el poder de la diosa y este internado pretende reunir a las más poderosas de España para transformarnos en Ashlae. De ahí sus valores tan peculiares, como el individualismo frente al compañerismo: quieren volvernos hechiceras oscuras.

—Tú has visto el señor de los anillos y te encanta la elfa, ¿no?

No le oigo reír pero veo cómo su espalda, cubierta tan solo por una camiseta negra, se mueve como si estuviera partiéndose a carcajadas, al mismo tiempo que acaba de asear las jaulas. Exhalo el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta. No me gustaba ese tono; aunque su risa no me hace precisamente gracia, me alegro de que ya no esté como a la defensiva conmigo.

—No le veo la gracia, Víctor —me mosqueo un poco—. Yo solo quiero que sepas

que lo sé y que no me importa. Si volverme oscura es el precio del poder, de ser una hechicera, de hacer lo que quiera con mi vida, de estar contigo... entonces, por mí encantada.

—¿Y por qué no les pides asilo a los Samuae? —Se gira y su voz vuelve a sonar muy peligrosa—. Al fin y al cabo llevas su joya.

—¿Esto? —Me lo saco de debajo del jersey—. ¿Cómo sabes que me la han dado ellos?

—No has hecho del todo tus deberes en la biblioteca prohibida. ¿Para eso me molesto en llevarte, cosita? —Su leve desdén no oculta el tono acerado; ahora me habla despacio pero mi corazón late muy deprisa, como avisándome de que tenga cuidado—. Hay tan pocas cosas en el mundo que todos sabemos qué familias tienen cada piedra. Y la del aire, la que tú llevas, es propiedad de cazadores. Es digna de ti, lo admito, pero ¿es tuya?

No, no es mía. Nadie regala así como así algo tan valioso, Gabriel solo me la ha prestado. No entiendo muy bien por qué me pregunta eso, ¿sospechará quién me la ha dado y estará celoso?

—¿Cazadores?

Aparto mis remordimientos y frunzo el ceño esforzándome por recordar: esa palabra me suena.

—De hechiceras «oscuras», como tú las llamas.

Opssssss.

¡Joder!

—Entonces, si lo sabes, ¿por qué no lo matáis?

—¿A quién? —Se me acerca tanto que su energía comienza a reaccionar contra la mía, como obligándola a luchar o retirarse hacia mí. Hace lo segundo—. ¿Quién te lo dio?

—Nadie.

—¿Entonces es tuya?

Su poder me abrumba. Pese a ser inferior al mío, está muy concentrado, es como si fuera un arma dirigida contra mí. Y no entiendo a qué viene esa pregunta pero no pienso contarle que me la ha dado Gabriel. Aquí todos dicen que la información es poder, así que voy a guardarme esta por ahora. Además, no me gusta verlo así, tan frío.

—¿Tú qué crees?

—¡Mierda!

Se aparta bruscamente de mi lado y descarga un puñetazo contra la pared, como si estuviera muy frustrado. Los halcones chillan sobresaltados. He de confesar que la rabia y decepción que he notado en su voz me ha puesto los pelos de punta. No entiendo nada.

—¿Estás bien?

Ha apoyado su frente contra el mismo sitio donde hace unos segundos estaban sus

nudillos enrojecidos y raspados. Respira hondo, parece estar intentando calmarse. Me acerco con mucho cuidado. Observo que se sujeta la muñeca con la otra mano. ¿Se habrá hecho daño?

—¿Acaso te importa? —Su voz me llega amortiguada, como si la contuviera por medio de un gran esfuerzo de voluntad.

—Sí, ¿no ves que te lo estoy preguntando? ¿Qué te ocurre?

—¿Que he sido un idiota? —me contesta irónico.

—Si es por lo de pedir asilo a los Samuae... yo jamás lo haría, quiero estar aquí contigo.

Noto cómo se tensa. ¿Sería eso lo que le pasaba?, ¿que le daba miedo que yo me fuera con los otros hechiceros? No puedo evitar sonreír irracionalmente contenta. Sigo viendo absurdo y exagerado su comportamiento pero bueno... ¡como para entender a un tío!

Por fin me atrevo a posar mi mano en su espalda. No se mueve, se queda quieto; es como si no tuviera muy claro qué hacer ante el contacto amable de su chica que no busca nada más que confortarlo.

—¿De verdad quieres estar conmigo?

No se gira, ni separa su frente de la pared; pero su voz suena más calmada, más profunda, y su mano, con la que se sujetaba la muñeca, se estira y se apoya sobre la mía en una especie de caricia inmóvil. Si es su modo de decirme que agradece mi presencia, soy yo la que se siente complacida.

—Claro...

Nos quedamos un rato en silencio. Pasados unos minutos, en los cuales ni las aves parecen respirar demasiado fuerte, se da la vuelta sin soltar mi mano. Lo miro a los ojos. No parecen peligrosos ni les queda el más mínimo resto de rabia. Son como esos dos estanques helados que tantas veces he derretido con mis besos. Suspiro. Me encantaría hacerlo ahora, convencerle de algún modo que aunque sea una Samuae lo que yo quiero es estar a su lado y convertirme en una hechicera oscura. Lo hago.

—Me gustas tú, de verdad, Víctor. Deseo el poder, ser la mejor, por mí y también para demostrarte que estoy a tu altura.

Él me mira algo extrañado, por un momento vuelvo a ver latir ese brillo acerado en sus ojos. No lo entiendo, pero le estoy siendo totalmente sincera. En estos momentos, no hay nada que desee más que ser suya. Acabo de dejarle ver que todas esas vaciladas suyas sobre que yo era digna de él han hecho mella en mí. Porque es así. Él es el hijo de una de las matronas más importantes, no es de los que se conforman con cualquiera.

Sin apartar su mirada inquisitiva, como si estuviera analizando mis palabras y mis reacciones, aprieta un poco más su mano sobre la mía y por fin me dirige la palabra.

—A mí también me gustas tú, Victoria. —Su voz suena algo amarga, qué raro—. Disculpa, me pasado con mis preguntas; pero ten cuidado con esa gema que llevas. Ten en cuenta que los cazadores creen que deberíamos seguir encerrados en el plano

al que nos desterraron. Les jodió que nos escapáramos pero, por sus principios pacifistas, no pueden atacarnos sin un motivo y nosotros no les damos ninguno: ya no matamos humanos.

Así que por eso tanta preguntita sobre el colgante... sonrió algo aliviada. ¿Será verdad todo eso?, ¿debería tener cuidado con Gabriel o Víctor está exagerando?

—¿Os vigilan?

—Sí. Más que eso. Ha habido explosiones de gas, incendios, comidas en mal estado y otras desgracias similares en nuestras escuelas a lo largo de la historia. O al menos desde que, en la Edad Media, descubrieron que usábamos algunos conventos para reclutar neófitas. Pero nunca nos atacan directamente pues no desean involucrar al mundo humano en una guerra que nos desvelaría como lo que somos: hechiceros. Además, ya te he comentado que son tan estúpidamente rectos que se creen superiores por no atacarnos y masacrarnos sin más.

—¿Me estás diciendo que os espían para ver si hacemos algo que considere malo y entonces provocar una explosión y matarnos a todos, alumnas que no se enteran de nada incluidas? —me horrorizo.

—Algo así.

Su expresión es muy extraña, no sé cómo interpretarla. A lo mejor es que le duele el puño.

—Has venido a contarme que lo sabes todo, pero creo que hay algo que se te escapa —me dice al cabo de unos infinitos minutos, volviendo a su actitud burlona que tanto conozco y con la que me encuentro tan cómoda.

¡Menos mal! No tengo del todo claro qué le pasaba pero no me ha gustado nada. Me ha hecho sentir, no sé, como una extraña.

—¿El qué?

—Si mi madre recluta hechiceras es para buscarme una esposa.

—¡¿¡Qué!?!

Vale, ahora sí que estoy descolocada del todo. Lo confieso.

—Cosita... —Me acaricia la mano con sus dedos mientras le da a la palabra el tono jactancioso de cuando nos conocimos—. ¿Para qué crees si no que mi madre ha diseñado y hecho construir este internado? ¿Quieres ser tú la que se lleve el premio?

—¿De qué coño hablas, Víctor? ¡Te he dicho que me gustas, pero no pienso ser tu perrito faldero!

Me rodea la cintura con sus brazos en una caricia fuerte y delicada a la vez. ¡Señor, cómo me gusta este chico!, aun cuando vuelve a comportarse de manera odiosa es capaz de revolucionar mis hormonas con un solo roce.

—Además —continúo menos cabreada después de morirme de ganas de saborear sus labios—, yo pensaba que era para ampliar sus filas con chicas Samuae que tengan el poder de la diosa.

Acerca su boca a mi cuello, lo roza levemente con su aliento y me susurra al oído:

—¿Es que no has averiguado todavía cuál es la maldición?

—No. —Me muevo para capturar sus ojos con los míos y acerco mi mano a su mejilla, apoyándola en una suave caricia—. Dímelo, por favor.

Puedo ver cómo lucha contra sí mismo. Imagino que su madre lo ha aleccionado a no darme demasiadas ventajas sobre las demás o a que yo me busque la vida como todas o... ¡yo que sé! El caso es que al final gana la parte que me cuenta lo que tanto deseo saber.

—Los Samuae no querían mancharse las manos con nuestra sangre así que ellos, grandes hipócritas, nos desterraron y nos maldijeron con una esterilidad parcial: nuestras mujeres solo pueden tener hijos varones. Así, en un par de siglos, todos exterminados. Nos habían condenado a tener una última generación de hijos, todos varones, y extinguirnos. —Me sobresalta la rabia y el dolor que veo en su mirada; imagino que, aunque no lo haya vivido, lo tienen tan presente que lo transmiten con la leche materna. Espero que no me tenga en cuenta haber nacido como una de ellos—. No contaban con el poder de nuestras matronas, que comenzaron a investigar hechizos para prolongar su juventud y sus vidas. Ni con que, antes de que fuera demasiado tarde, una de ellas conseguiría abrir un portal.

—¿Me estás diciendo que, sin estas escuelas, sin nueva sangre con la que casar a vuestros hijos, os extinguiríais?

—Sí.

—Dios... por eso tú madre y otras profesoras fueron Samuae, porque todas las hechiceras han pasado por internados como este.

La revelación es tan fuerte que necesito sentarme. Víctor ve mi debilidad y me ayuda a deslizarme hacia el suelo, a apoyar mi espalda contra la pared con delicadeza. Observo que apenas usa la mano derecha, espero que no le duela mucho. A continuación se sienta a mi lado. Mis dedos, los que le habían estado acariciando la mejilla, se deslizan por su cuello y brazo hasta agarrar los suyos. Ahora mismo necesito sentirme confortada por su contacto, y sospecho que él también aunque jamás lo confesaría.

—Así es, cosita. —Suenan de un modo muy tierno esta vez; me resulta extraño—. Aquí las mejores sois convertidas a la magia más oscura si ese es vuestro deseo. La dueña de la escuela, que siempre es una matrona, elige a las que desea para su propia casa y las demás van a casas menores, que no tienen internados ni representación en este plano de la tierra.

—¿Nuestro deseo? Vamos, Víctor, que tu madre nos adoctrina, no lo niegues — medio bromeo.

—No lo niego. Y aún sabiéndolo dime: ¿deseas irte?

Me mira muy serio. Aprieta con fuerza su mano un instante antes de contestarle.

—No.

—La mejor, la que se gradúe con más honores, será mi esposa. Imagino que lo intuías pero ahora ya lo sabes. —Sus palabras, en un tono algo irónico, resuenan con poder en la estancia de tal manera que hasta los halcones dejan de aletear y se quedan

quietos—. Dime, Victoria, ¿te querrás casar conmigo?

¡¡Joder!! ¡No puede soltarme esto así! Mi corazón comienza a bombear a gran velocidad, como deseando rellenar el vacío que me ha atravesado cuando he escuchado sus palabras tan impactantes por inesperadas. ¡¿Que si quiero!?!

Me acerco a él y le beso, con todo mi poder desatado por la inmensa emoción que me está atravesando. Noto que se sorprende mucho ante tanta vehemencia pero enseguida me responde con la misma fiera pasión con la que lo estoy abrazando.

Acabamos en el suelo, él de espaldas y yo sobre su pecho. Cuando consigo controlarme un poco, borracha de euforia, separo mis labios y le contesto.

—¿Hace falta que te diga que sí o con esto basta?

Lo escucho reír, con esa risa suya tan franca y escasa. En esos momentos soy feliz. ¡Qué más me da si su madre pretende educarme, inculcarme su modo de ver el mundo para que yo me pase a la magia oscura! Da igual, porque es la única que deseo practicar ahora mismo. Sobre todo si empiezo por desnudarlo a él.

—Entonces, preciosa, yo pondré el mundo a tus pies. Mi madre es la regente de una de las casas más importantes y tú, como esposa de uno de sus tres hijos, tendrás un papel privilegiado en nuestro mundo. Dinero, magia, respeto...

No le dejo decir más, silencio su boca con la mía. Por supuesto que lo pondrá a mis pies, por algo es poderoso y yo también voy a serlo. Aunque, ahora mismo, no es hablar de ello lo que deseo.

Mientras sus manos se deslizan bajo mi ropa, el aroma de su piel inunda mis sentidos y mis dedos se hunden en su pelo, los halcones vuelven a aletear y chillar y mi último pensamiento coherente es para el edificio. Pues lo siento de un modo tan nítido como el día de aquel primer examen; si bien esta vez lo que me transmite no es expectación sino aprobación. Parece como si los mismos ladrillos aplaudieran nuestro compromiso.



Veintiuno

Carta de Victoria a Ana, arrugada y tirada a la papelera:

Ana... no sé cómo empezar esto. Apenas te llamo y, cuando lo hago, no te cuento nada... ¡pero es que tengo un secreto que no puedo desvelar! Lo sé, esto parece de culebrón. En fin...

Ayer se me declaró el chico más sexy del universo, el hijo de la directora (de él te acuerdas, estoy segura). Y uf... ni te digo lo que me hicieron sentir sus palabras, es algo que no esperaba y que provocó que la vida fuera más brillante. Por eso te escribo, para contártelo, aunque me gustaría que fuera cara a cara. Echo de menos a una amiga, poder hablar de todo como antes y también de chicos, porque ahora soy yo la que tiene uno y le está costando horrores aguantarse y no llegar hasta el final. No todavía. Y ni siquiera sé por qué no, total, mis padres no iban a enterarse y, sinceramente, tengo el suficiente poder como para eliminar cualquier posible «error» de mi vientre si se produjera.

¡¡Joder!! ¡Si es que no hablo contigo porque no puedo contarte que soy una hechicera poderosa, una futura Convocadora de Portales! Y ahora ya no sirve esta carta... ¿ves? Por eso apenas hablamos por teléfono: porque te lo contaría todo. Si ni siquiera por papel se estarme callada...

Te echo mucho de menos :(

Te prometo que cuando sea una Ashlae te lo contaré todo. Sé que no me traicionarás y, siendo una de ellas y encima casada con Víctor, a ver quién va a ser la guapa que me castigue por decírtelo. Hay humanos que lo saben, lo he leído en sus libros de historia, los de la biblioteca prohibida. Lo único que son pocos y bueno... o peones o familiares o amigos íntimos de las antiguas Samuae.

¿Puedes creértelo? ¡Víctor quiere casarse conmigo! Espero que no sea solo por mis poderes. Joder, si decía en serio todo este tiempo lo de que yo era digna de él.

Me siento increíblemente dichosa, Ana, como si fuera capaz de volar. ¡Pero si lo soy! XXD Ya no me acordaba que la otra noche volé en sueños. Un día de estos tengo que probarlo de verdad...

Ay cómo desvarío...

(Víctor quiere casarse conmigo. ¡Eso es que me quiere! ¿Tiene que serlo, no?).

<3

(Víctor quiere casarse conmigo Víctor quiere casarse conmigo).



Paula se levanta de su silla cuando Víctor está cerca de la puerta de salida del comedor. Durante la cena, el rumor que ha corrido como pólvora por todas las mesas es que el chico se ha peleado con alguien y se ha fisurado la muñeca. Incluso Victoria, a la que ella tiene que aguantar en todas las comidas, se ha quedado blanca al verlo aparecer con una venda. Esa tía... qué mal le cae. Seguro que tiene algo que ver, no le extrañaría nada que Víctor se hubiera peleado con el único otro chico de la escuela por ella. Como si mereciera la pena... no sabe qué puede ver semejante morenazo en una falsa como Tory. ¡Por favor!, si hace unos meses, antes de las becas, ella y sus dos amigas miraban a Paula con envidia y a sus espaldas la trataban de puta para arriba (se enteró más tarde, probando hechizos para ver el pasado) y ahora es muy probable que sea Victoria la que está con dos chicos a la vez. Algo que Paula jamás ha hecho por más que hayan volado las malas lenguas.

Acalla sus pensamientos y, con cuidado de no resultar demasiado evidente, alarga sus pasos y sale del comedor unos segundos después de que lo haya hecho el hijo de la directora. Después sigue acelerando hasta que, una vez en el pasillo vacío, se coloca a su lado.

—Hola, Víctor. —Se le acerca y le coge del brazo, obligándole a pararse—. ¿Estás bien?, ¿qué te ha pasado?

Sus dedos se aproximan a la venda, acariciantes, mientras junta su cuerpo al del chico. Si Victoria le ha engañado y él la ha pillado, es muy probable que ahora mismo esté «receptivo».

—¿Pero qué haces?, quita. —Se aparta con brusquedad, sus ojos brillan fríos—. Ya tengo perro.

Reanuda su paseo, exactamente a la misma velocidad a la que caminaba antes de

ser interrumpido. Por detrás de Paula se escuchan unos «será posible» y «qué corte, jaja, ¿has visto?».

Paula, humillada, se gira y ve a varias de las que antes eran sus seguidoras apoyadas en el umbral de la puerta. Por lo visto también han acabado de cenar y han llegado justo a tiempo para presenciar la escena. La alumna rubia las fulmina con la mirada, se da la vuelta y camina hacia su dormitorio necesitando toda su voluntad para no echar a correr. Eso ha sido, por decirlo con suavidad, una de las mayores mortificaciones y vergüenzas que ha pasado en su vida.



Veintidós

Marzo. Tras un invierno brutalmente frío (ahora veo ahí la mano de Eloísa), la primavera comienza a llegar haciendo que el verde de las montañas salga con renovadas fuerzas de su descanso forzado por la nieve. Y es precioso. Hoy en concreto ha estado lloviendo; he visto el agua caer, chocar contra las ventanas de clase, y después aparecer al sol más radiante. Por ello, nada más tocar el timbre me he abalanzado contra la salida presa de una alegría infantil. La naturaleza revive y yo, que saco mi poder de ella, me siento pletórica, feliz y llena.

No sabría explicar este cambio de mi humor, excepto porque este fin del invierno es como una droga.

Así que salgo a los jardines y voy corriendo hacia la fuente. No es muy digno de alguien con tanto poder como yo pero en estos momentos me da igual: corro como una cría. Me encanta. El aire, que es vivificante en vez de gélido, golpea mi rostro, mis brazos, se mete en los resquicios de mi pelo y lo vuela, azota mi espalda con una libertad salvaje que me hace reír a carcajadas. A la vez que mi risa se esparce, mis pies siguen impulsándome a toda velocidad hacia la cascada. El suelo parece responder a cada pisada que doy, haciendo que mis zancadas sean más fuertes y ligeras. El sol me calienta y el olor... ese olor a flores de aliagas, a manzanilla, tomillo y lavanda, me vuelve loca. Es vida. Su energía me llena y hace que desee gritar a los cuatro vientos que yo soy parte de esto. El colgante, que debe estar absorbiendo todo el poder que me desborda, se calienta tanto que comienza a quemarme. Sin aminorar mi carrera, me lo saco de debajo del vestido de tirantes que llevo y dejo que refleje la luz solar.

Lo hace y es precioso: rojo fulgurante sobre el negro de la tela de algodón que se me pega al cuerpo. Cuando acabo mi *sprint* al llegar a la cascada y meto mi cabeza bajo esta para refrescarme y quitarme el sudor, me lo quedo mirando fascinada. Es

muy hermoso; es como si los rayos del sol hicieran que esos reflejos rojos que parecen latir por dentro de la piedra cobraran vida, se animaran en formas espirales, proyectaran su fulgor hacia el negro de mi vestido. Complacida, me siento y recuesto contra una piedra, cierro los ojos y disfruto del calor que viene del cielo, de los cantos de los pájaros, los zumbidos de los insectos y todo el flujo de energía vibrante que me baña.

Sigo así, feliz y absorta, cuando escucho unos pasos masculinos pasada más de media hora. Sonrío, ¿será mi Víctor? Me recoloco de manera instintiva y entreabro los labios. Mmm ¡qué agradable sorpresa! Encontrarme a mi chico justo ahora que estoy tan a gusto...



Gabriel ha salido a dar un paseo. Su intención es recoger ciertas plantas que la profesora le ha pedido. Le gusta la botánica, eso es cierto. Lo que ya no soporta es tener que fingir que respeta a la profesora, a una Ashlae. El sol hace brillar su cabello con un tono casi platino, es agradable sentirlo después de un invierno tan frío. Dirige sus pasos hacia la cascada, pues allí se crían algunas de las flores que busca. Y cuál es su desconcierto cuando observa a una chica, cubierta por un vestido fino de algodón y muy ceñido, recostada contra unas piedras, con los ojos cerrados y los labios semiabiertos como esperando un beso. Es Victoria. Gabriel olvida de inmediato que está allí para coger unas plantas, pues en esos momentos en lo único que puede pensar es en que la chica que lo ha estado evitando y rechazado está allí, sola y expuesta, exudando vida por todos sus poros. Ella atrae la energía de un modo tan natural que resulta todo un placer para los ojos observarla. Parece una diosa, una de la naturaleza, brillando blanca y pura bajo el sol. Si él pudiera convencerla para que no se vuelva maldita... Desde que casi la besa aquel día, Gabriel se ha dado cuenta de que le gusta y mucho, de que quiere estar con ella. Ya no es tan solo alguien a quien utilizar para conseguir lo que su padre le ha pedido. Tiene que salvarla. Y si no le dice dónde está ese maldito lugar porque solo se lo cuentan a las Ashlae, ¡qué les den! Victoria merece más la pena.

—Perdóname... —susurra una voz masculina que no es la de Víctor contra su oído, a la vez que siente el tacto de unas manos suaves en sus hombros.

—¿Por qué? —pregunta todavía conectada a la naturaleza de un modo que la hace estar abierta y receptiva.

—Por esto...

Unos labios la besan, de un modo que comienza suave y dulce y que, tras proferir un sonido ahogado, se transforma en un ataque en toda regla contra su boca, tan apasionado que ella abre los ojos sobresaltada.

Victoria parece despertar de su estado de eufórica plenitud y se da cuenta de que

Gabriel la está besando con todas sus fuerzas, tumbado de medio lado contra la roca y con uno de sus brazos acariciando los suyos. Y lo peor de todo, que le está gustando. Le gusta porque no debe, porque tiene la atracción de lo prohibido ahora que Víctor ha dejado de serlo; le agrada porque el chico rubio llamó su atención desde el primer momento, haciéndola pensar que él estaba buenísimo; lo quiere porque, aunque se diga que está mal, estaba deseando hacerlo porque cuando está con Gabriel es como si su novio no existiera y, además, ella es poderosa y no debería tener remordimientos.



No sé qué cojones estoy haciendo. Estaba disfrutando del primer día primaveral y de repente Gabriel, con el que no me hablo, me está besando. Y me gusta... ya lo creo, escalofrío puro. Hmm... debería separarme, no es Víctor. No... este besa mejor, debe tener más experiencia y ahora mismo no puedo pensar en nada más. Debería enfadarme y separarme pero está muy bueno. Además, ¿no se supone que una hechicera poderosa puede tenerlo todo? Pues bien, yo deseo a Gabriel ahora mismo. A la mierda con los remordimientos: no me aportan nada y no me hacen juego con el vestido y las botas. Me centro en el chico del BMW Z4 y mordisqueo sus labios. La naturaleza sigue brindándome su energía pero yo la ignoro, es mucho más interesante paladear por fin a qué saben la boca del joven rubio.



—¿Sigues enfadada conmigo? —me pregunta un buen rato después.

Noto mis labios como si estuvieran enrojecidos e imagino que mis ojos deben brillar igual que lo hacen los suyos.

—No. ¿Debería?

Estoy sentada en su regazo. Gotitas que caen y rebotan de la cascada me refrescan en un delicioso y tonificante contraste con el calor de sus brazos.

—Bueno, me dijiste que no querías ni mi colgante ni ayudarme.

—Y sigo sin querer, pero eso no significa que vaya a seguir evitándote.

Me abraza más fuerte. Mmm, me encanta sentirme así de femenina y poderosa. Los dos chicos más interesantes y deseados que conozco estarían dispuestos a hacer lo que yo les pidiera. O, al menos, estoy bastante segura de ello.

—Gracias.

Me besa.

—Dime —le pregunto unos minutos después—, ¿qué diferencias hay entre un Samuae y un ser humano normal y corriente?

—Verás, en realidad tan solo somos un par de décadas más longevos, por eso

podemos pasar bastante desapercibidos, como gente que tiene la suerte de envejecer más tarde y de llegar a ser centenario. —Me acaricia la espalda con suavidad mientras me contesta. Me encanta su tacto—. También somos inmunes a muchas enfermedades. Sin embargo, las Ashlae, mediante su magia oscura consiguen prolongar su vida y juventud durante siglos y sus hijos nacen ya con esa misma longevidad y, encima, con un poder de regeneración y una fortaleza que los hace muy difíciles de matar. Si además se entrenan para ser Astaquin, bueno, entonces son muy, muy peligrosos.

—¿Sigues intentando matarlos?

La idea sigue sin gustarme pero ya no me provoca rechazo, al menos no mientras no asesine a nadie. Cómo voy a seguir evitándolo por lo que es si acabo de liarme con él y estoy tan a gusto en sus brazos...

—Son malos por naturaleza, Victoria. Han pervertido sus poderes con su ambición, practican magia negra. ¿Cómo no iba a intentarlo? Llevo entrenándome desde niño para esto, para esta misión. Es algo así como mi graduación para ser un Cazador.

—¿Y vosotros sois buenos, superiores? —No nota mi ironía.

—Nosotros matamos para proteger a los humanos.

—¿Por qué? Tu padre es presidente de un banco. ¿Me estás diciendo que no busca también poder e influencias?

—No —lo defiende con demasiada vehemencia—. Nosotros lo hacemos para ayudarles, para guiarles, para que no peleen entre ellos. Solo son humanos, Victoria; no provienen de una raza superior como nosotros, necesitan de nuestra guía.

—Ya...

¿Qué voy a decirle? ¿Que eso no me suena nada bien?

Porque no lo hace. Víctor estará educado por su madre pero Gabriel... tiene un bonito cuadro blanco lavado en su cerebro, imagino que por su padre. ¿Cómo le digo que no veo tan malos a sus enemigos ni, mucho menos, tan buenos a ellos? Y además, está lo de la magia: a mí no me parece que, porque a veces pueda incluir sangre, la hechicería Ashlae sea tan negra. La magia es neutra, su alineación depende de las intenciones y el corazón de quien la lanza. Si de algo me he dado cuenta estas semanas, es que tengo derecho a ser un poco cruel para impartir justicia o defenderme. Lo que me hicieron, aquella paliza, Paula y Gema se merecen cualquier cosa que les pase.

Por cómo me contesta, debe ver la dureza en mi mirada.

—Por favor, Victoria, no te conviertas en uno de ellos. Tú no.

Me observa de un modo tan profundo, mostrándome vulnerabilidad en sus preciosos ojos azul claro, que me estremezco. Me entran ganas de decirle que no lo haré pero no puedo. No pienso tirar por la borda mi futuro porque este chico se piense que ser una Ashlae sea ser poco menos que el diablo. Suelto una risita tonta para quitar hierro al asunto. Por cómo me mira, preocupado, veo que no lo consigo.

—Vamos, Gabriel, que no es para tanto.

—Sí lo es.

—Pero bueno, ¿ya has desistido de pedirme que te ayude con ese sitio misterioso?

—Sinceramente, prefiero que tú te salves.

Que no pueda decírselo porque no me convierta en Ashlae, que yo me salve... Mi conexión con la vida que me rodea, la calma, el bienestar, se rompe cuando comprendo.

Sus palabras me llegan hondo, me provocan un conflicto interno y comienzo a sentirme mal. Me separo de sus brazos y me quedo sentada, mirando el agua que cae, intentando volver a sentir la paz de la naturaleza. Él me abraza por detrás intentando confortarme. ¡Estúpido Gabriel! ¿Es que no ves que no soy una idiota pusilánime y que estoy destinada a mucho más que malgastar mis dones con un cazador como tú?

En estos momentos me entran ganas de largarme, de alejarme de él. Lo odio por hacerme sentirme mal, por recordarme a mis padres cuando me enseñaban a distinguir entre lo correcto y lo que no lo es.

—¿Sabes? —le comento con suavidad, si bien noto cómo se tensa al distinguir mi tono mordaz—, yo voy a ser una Ashlae, una muy poderosa, te guste o no.

No me contesta, se limita a apoyar su cabeza contra mi cuello. Como si con eso pudiera convencerme para que cambiara de idea...



Al final, con Gabriel, me he saltado la cena. ¡Qué hambre! Imagino que las profesoras no me dirán nada, pues no será la primera vez que alguna alumna lo hace porque esta absorbida en sus estudios (hacer hechizos tiene esos efectos, lo sé). Mientras Eloísa no pueda ver lo que sucede en la cascada... me estremezco de pensarlo. Pero yo creo que no, creo que solo es el edificio el que tiene bien vigilado, ya no sé si con cámaras o con magia. Me cojo un sándwich de jamón y queso en la máquina de la sala común y me lo como a grandes bocados mientras voy hacia mi cuarto. Abro la puerta, ignoro a Paula que está en su mesa escribiendo algo y voy a la papelería para tirar el celofán del bocadillo.

—Juegas con fuego, Victoria.

—¿Eh?

Me giro. La rubia me está mirando con algo que no sé si es envidia o reprobación en sus rasgos. ¡Lo que me faltaba! Con lo que me ha costado quitarme esa horrible sensación de lucha interna que me ha puesto Gabriel en la cascada y ahora esta me viene con ganas de juerga. Yo pensaba que había quedado bastante claro quién es la que manda de las dos.

—Os he visto: tú y el chico que está estudiando botánica. ¿Qué te crees que pasará si el hijo de la directora se entera de que le pones los cuernos?

¡¡¡Será zorra!!! Me acerco a ella con actitud amenazante. ¡Qué narices! Con ganas de estamparla contra la pared como siga intentando joderme.

—Tú, Paula, que no eres nada a mi lado, ni te atrevas a decírselo. Estoy deseando demostrarte lo creativa que puedo ser con mi magia. —Le sonrío torvamente—. Ya no pintas nada en este internado, nadie te sigue, solo Gema y no te engañes: no lo hace por lealtad a ti sino porque a mí me odia demasiado.

La garza se queda blanca. Agarra su lápiz con tanta fuerza que lo quiebra. Después, lo tira violentamente contra la mesa y se levanta para encararme. La niñita mimada ha perdido el control. Me da una pena...

—¡Eres una gilipollas! —me grita furiosa—. Me has quitado todo lo que es mío, me has robado mi vida. Te paseas por allí con tus ropas baratas, imitando de manera cutre mi propio estilo. ¡Eres patética! No entiendo cómo las demás te siguen. —Las lágrimas comienzan a resbalar por sus ojos—. No entiendo cómo no pueden ver lo ridícula y engreída que eres. ¡Te crees superior por haber aprobado el examen con honores y salvado a algunas chicas! Pero no eres más que una idiota: el tío más cañón que jamás he visto está colgado por ti y tú le pones los cuernos con el primero con el que te cruzas. ¡Joder!, yo jamás le haría eso si estuviera conmigo. Y las demás también tenemos potencial y poderes, ¿sabes? Yo también los tengo.

Me río. Con desdén. Esta tía es tonta.

—Si no te gusta no pintar una mierda, vete con tu mami a que te lama las heridas.

Por un momento pienso que me va a dar una bofetada y lo espero con ganas. ¡Cómo deseo ofrecerle una demostración de lo que puedo hacerle! Si estoy disfrutando ahora, humillarla y golpearla con mi magia tiene que ser muy satisfactorio. Y se lo debo, por lo de aquella paliza. Aunque todavía es más delicioso ver cómo se revuelve, cómo se contiene con miedo, pese a que la furia y la desesperación se reflejen en sus gestos. Me río con más ganas y ella se va.

—Eso es, largo, puta pija. Ve a que tu mami te compre amigos.

Ni siquiera cierra la puerta cuando sale. Lo hago yo con mi magia. Hmm, me siento genial. ¿Qué era eso que decían de la venganza?



Esta mañana, cuando me levanto, la habitación está vacía. Igual la garza se ha hecho un favor y se ha ido de verdad y todo. Sonrío. Todavía medio curvados por su mueca complacida, distiendo los labios en un bostezo mientras me estiro. Voy con calcetines; el suelo no está tan caliente como de costumbre pues con la primavera han quitado la calefacción por las mañanas. A continuación me dirijo hacia la ventana y la abro. El día pinta luminoso y despejado. Me visto, arreglo y me voy a clase.

Antes de comer, paso por mi habitación para dejar la chaqueta que he cogido. Hemos estado con los cristales abiertos toda la mañana, con el calor de un cielo

radiante y soleado llenándonos a todas de energía. Mi intención es aprovechar también para retocarme el maquillaje y entonces, justo cuando abro la puerta, no puedo evitar bufar con desdén: esa gilipollas no se ha ido, está tumbadita en su camita durmiendo. A saber lo que habrá hecho durante la noche... planear su venganza contra mí o llorar a su mami. Para lo que le va a servir...

Estoy a medio camino del armario cuando casi me caigo. He pisado algo que rueda. Miro al suelo y me agacho. Frunzo el ceño. ¿Qué cojones hace aquí un frasco de pastillas vacío? Pone que son somníferos.

¡Oh, señor!

Un presentimiento terrible me asalta y me abalanzo hacia la cama de la garza. La toco. Está fría. Me acerco a su rostro. No está respirando. La zarandeo, intentando despertarla. Es inútil: Paula está muerta.

MUERTA.

Como una zombi, incapaz de encajar lo que acaba de ocurrir, me dirijo de manera mecánica a mi armario para guardar la chaqueta. Es la rutina la que mueve a mi cuerpo, porque yo apenas puedo borrar el tacto de su piel sin vida de mis dedos. Al abrirlo, veo toda la ropa de la rubia pulcramente plegada y apilada en mis estantes, con una nota encima. Sintiendo que algo va terriblemente mal la cojo y la leo. El papel cae al suelo desde mis manos, así como la chaqueta. En cuanto a mí, voy a la cama de Paula, la miro, me siento a su lado y comienzo a llorar con amargura.

Sus cabellos rubios se derraman sobre la almohada; su silueta, envuelta en un ceñido vestido de punto negro, parece extrañamente desmadejada, como si no fuera más que una muñeca Barbie abandonada sobre una cama de juguete. Pero sus ojos, sus pupilas vacías y abiertas de par en par, se clavan en los míos acusadores, como cuervos de mal agüero, como vidriados heraldos de la muerte.

Me estremezco.

Mis lágrimas no parecen tener fin, sollozos ahogados se escapan de mi garganta y un abismo se ha abierto en la boca de mi estómago. Todo mi mundo se acaba de romper, de hacer añicos. He sido una ambiciosa, una engreída, he ido contra todos los valores en los que creía y ahora Paula está muerta. Por mi culpa.

Entra una brisa cálida y soleada por la ventana abierta. La nota, esa que había estado sobre la ropa, se mueve, se arrastra por el suelo. Aunque yo no necesito leerla otra vez para darme cuenta de que soy una mala persona.

«Puedes quedártela, te la regalo. Me lo has quitado todo. Así harás mejor de yo. Cuando te la pongas, ojalá te asfixie».

No hay suficiente vacío en el mundo para expresar cómo me siento.

Fin de la segunda parte

Nota de la Autora

Tu opinión es muy importante para mí. Si deseas dejar una reseña sincera en Amazon estaré encantada de leerla. Muchas gracias por haber llegado hasta aquí ;)



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

Despierta, dragón esqueleto, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.